

Palestina tiene nombre de mujer



Palestina tiene nombre de mujer

Palestina tiene nombre de mujer

**Isaías Barreñada, Juani Rishmawi,
Lidon Soriano, Teresa Aranguren, Leila Al-Safadi,
Khawla Al Azraq, Khitam Saafin, Lana Khalid,
María Rishamawi, Smad W.T. Aghbar, Ina'am Samara,
Khaleda Alratrout Jarrar, Naíma Shkeir, Andrea Lubbadeh**

Esta edición cuenta con el apoyo de



Fotografía de portada: Banksy
Ilustración de portada: César Marcos
Diseño: Tercera Prensa-Hirugarren Prentsa s.l.

© Mundubat
Sombrerería, 2- 3º 48005 Bilbao
Tel. 944 162 325
www.mundubat.org
© de esta edición:
TERCERA PRENSA-HIRUGARREN PRENTSA S.L.
Peña y Goñi, 13, 1º - 20002 Donostia-San Sebastián
e-mail: hiruga01@sarenet.es
www.gakoa.com

ISBN: 978-84-96993-03-7
Depósito Legal: SS-271-2008
Imprime: Michelena artes gráficas

Índice

Prólogo	
Arantxa Gurmendi	7
Introducción	
Rosa Temiño	11
Mujeres palestinas: protagonismo y relegación	
Isaías Barreñada	13
El conflicto desde mis ojos de mujer	
Juani Rishmawi	41
Existencia y resistencia: las luchas de las mujeres palestinas	
Lidon Soriano	57
Mujeres de Palestina	
Teresa Aranguren	73
Desde mi ventana de mujer	
Leila Al-Safadi	83
Activista por la vida	
Khawla Al Azraq	91
Nunca vi el rostro de mi abuelo	
Khitam Saafin	101

Educadas para la sumisión, la libertad nos espera.	
Lana Khalid	105
Nos han robado la juventud	
María Rishamawi	113
Mi fuga	
Smad W.T. Aghbar	119
Una familia contra la ocupación	
Khaleda Alratrout Jarrar	123
Mi vida es la Unión	
Ina'am Samara	127
Mi vida contra la ocupación y el patriarcado	
Naíma Shkeir	129
Mi doble identidad unidas en una palabra: libertad	
Andrea Lubbadah	133
Anexos	137

Prólogo

Arantxa Gurmendi¹

Mi querida Palestina: cuántos recuerdos en mi memoria de las numerosas visitas realizadas a esa tierra que tanto me impresionó y fascinó la primera vez, y que en cada ocasión me ha seguido impresionando y fascinando. Cómo olvidar una ciudad como Jerusalén, una de las más bellas del mundo, con su diversidad de gentes, credos, culturas, olores, olivares, callejuelas... ¿Por qué será que todos se la disputan? Y las mil anécdotas vividas... una sola como muestra: el chapuzón que recibimos de castigo por ir con pantalones, mi amiga judía Rachel y yo cuando paseábamos por Meha Sharif el barrio de los ultraortodoxos judíos. Cómo olvidar a tantos amigos y amigas, compañeros de trabajo palestinos y judíos, de Tel Aviv, Belén, Nazaret, Haifa, Tiberíades, o del propio Jerusalén. Cada noticia en radio, prensa o TV, se convierte en recordatorio y temor por la situación de todos ellos.

Pero si mucho me atrapó la belleza del lugar, tanto más me impactó siempre la militarización y el clima bélico que se respiraba en estos territorios, incluso en momentos considerados oficialmente de paz. Allí fui testigo-mudo casual, de largas hileras de tanques por la carretera, camino de El Líbano, era 1982 (fecha de la invasión); o de sacos de arena formando trincheras con ametralladoras dispuestas en el único paso fronterizo abierto con Jordania; o de jóvenes de ambos sexos de nacionalidad israelí alternando en un pub de Jerusalén al anochecer, vestidos de calle y con el fusil al hombro; o de perros rastreadores olisqueando bajo mis piernas mientras tomaba un refresco en una terraza, o de la furtiva visita

¹ Actriz

realizada a Gaza donde me encontré inmersa en un auténtico campo de refugiados con miles de desplazados hacinados en la pequeña franja costera, sin recursos pero llenos de orgullo patrio.

También coincidí con el ataque israelí a la OLP en 1985, con la primera intifada en 1987 y con la segunda en 2000. Y es que en realidad, una batalla tras otra han marcado la historia de este territorio: ocupaciones, repartos, ingerencias extranjeras. Pero mis amigos y amigas me hablaban siempre con esperanza de conseguir la paz. Recuerdo con cariño la felicidad y expectativas de aquel taxista que emocionado abrazaba a los policías palestinos el primer día de servicio de éstos a la entrada de Jericó en 1994, tras los acuerdos de Oslo. Poco le duró su felicidad: Al día siguiente, nuevamente los dos juntos, camino del aeropuerto, nos retuvieron dos horas en un control rutinario los soldados israelíes sin ningún motivo. Simplemente para hacer valer su autoridad.

Los poderosos han repartido siempre las tierras y siguen haciéndolo. La mayoría de las veces lo hacen mal, y otras muy mal. En Palestina fueron los británicos los que lo hicieron en 1948, cuando tras abandonar su protectorado y previo aval de la ONU crearon en territorio palestino un Estado Judío independiente y otro Palestino. Su frivolidad e irresponsabilidad interesada se convirtieron desde el principio en luchas y sufrimiento permanentes entre los pueblos afectados. En aquel momento la población de la zona estaba integrada por 1.100.000 árabes musulmanes, 145.000 árabes cristianos y 615.000 judíos. La guerra de los seis días, desatada y ganada por Israel en 1967, marcó el devenir de la historia reciente de la zona con la ocupación de nuevas tierras y aumentando el número de víctimas y desplazados en los territorios palestinos. La lucha con altibajos no ha cesado en todos estos años. La construcción del muro del apartheid por Israel, los derribos de viviendas, los ataques con misiles y bombas entre ambos bandos, los miles de detenidos, torturados y asesinados, los jóvenes suicidas (algunas de ellas mujeres con hijos), han llevado la situación a su punto más extremo y trágico.

Desde la distancia geográfica y al mismo tiempo desde la cercanía afectiva, contemplo todo ello con perplejidad, angustia, ho-

rror y profunda tristeza. Me pregunto a cada instante ¿qué solución puede tener este macro conflicto?

Por eso, conocer las experiencias y testimonios de mujeres tanto palestinas como israelíes afectadas directamente, saber que existe un colectivo plural de mujeres en lucha por la construcción de una cultura de paz, de mujeres que analizan y profundizan en las razones del conflicto, en las consecuencias de los asentamientos y la política de colonización, en el derecho de retorno para los desplazados y refugiados, mujeres que hacen propuestas con ideas y valores para luchar contra la guerra desde convicciones antimilitaristas y no violentas, y creyendo firmemente en que otro mundo es posible desde la ternura, la igualdad, el respeto y la participación en el ámbito público, me anima y ayuda a mantener la esperanza de una vida mejor y en paz para mis amigas y amigos de Israel y Palestina. Como mujer, me siento orgullosa de ellas y me solidarizo de todo corazón.

Introducción

Rosa Temiño¹

El movimiento de los derechos de la mujer en Palestina se distingue por tener una larga historia. Tuvo un papel importante en la lucha por el derecho a la autodeterminación en los territorios ocupados, y a menudo se enfrentó a alternativas estratégicas difíciles sobre la manera de mantener el equilibrio entre el compromiso por la lucha nacional y el compromiso por la lucha social, cultural y de derechos. Tras la primera Intifada y los acuerdos de Oslo, el movimiento femenino se centró sobre la reivindicación de la igualdad entre sexos, en las nuevas instituciones palestinas así como en las nuevas leyes que de ellas manaban siendo parte la Autoridad Nacional Palestina.

Hoy en día es necesario confirmar que bajo la ocupación, y la ausencia de estabilidad política, la situación económica y la vida cotidiana (tan difícil en la actualidad), es una paradoja enorme el hablar de los derechos de las mujeres palestinas a la vida cuando siguen cayendo muertas en manos de los soldados israelíes. Se habla del derecho de las mujeres a moverse libremente, mientras se ven obligadas a cruzar decenas de controles todos los días. Se habla de sus derechos a recibir una educación, mientras que el sistema educativo se privatiza por culpa de impedimentos fácticos como el muro de la separación. De hecho, ha aumentado el abandono escolar, motivado por el cierre de los territorios ocupados y los check point (controles) israelíes, así como por el miedo de las familias a que sus hijas sufran acosos sexuales por parte de los soldados de la ocupación, como por la paupérrima situación económica de las familias que no pueden cubrir los gastos preuniversitarios y universitarios.

¹ Presidenta del centro vasco-palestino Biladi

Se considera que el derecho a la educación es uno de los fundamentales, de los más importantes como parte del Derecho Económico, Social y Cultural, y también se puede considerar como un derecho civil y político. La educación tiene un lugar muy importante en relación al resto de derechos que posee el ser humano. Es el apoyo y el vínculo de unión entre todos los derechos. El derecho a la educación tiene tres niveles de deberes que son: el respeto, la protección y la gestión.

El deber del respeto nos obliga a no adoptar normas que podrían complicar o impedir el derecho a la educación. El derecho a la protección impide la inmiscuidad de un tercero en el derecho a recibir una educación, en cambio el deber de gestión obliga a tomar medidas eficaces que faciliten tanto a grupos como individuos disfrutar de su derecho a la educación.

El hecho de que las chicas jóvenes abandonen sus estudios para casarse, anima a los chicos adolescentes a hacer lo mismo, para trabajar y conseguir un dinero extra. Esto ocurre sobre todo en los momentos de la acentuación de la pobreza y el paro, como en el caso de la segunda Intifada.

Es por todo esto por lo que en la actualidad la lucha de las mujeres palestinas por todos los derechos, incluyendo el derecho a la vida, cuenta si cabe, con una mayor validez, ya que estamos hablando de la supervivencia no sólo de los derechos de una parte de la población, estamos hablando de los derechos de un país a decidir su futuro y las relaciones que éste quiera tener. Nosotras hemos de respetar lo que estas mujeres decidan con su lucha cotidiana, no sólo la lucha contra un país invasor, sino con la lucha diaria ante su compañero, padre, hermano, marido... Estamos hablando de la construcción de una nueva sociedad, en las situaciones más difíciles de supervivencia.

Esta lucha, es la lucha de todas, ya que sentimos como nuestra cualquier lucha que libere a las personas de los yugos, sentimos como nuestra cualquier lucha que dé esperanza de un mundo mejor y una relación más justa entre las personas, donde las relaciones de igualdad sustituyan a las de obediencia y sumisión, ya sean éstas entre pueblos, entre Estados, o entre personas, ante la ley o las tradiciones.

Mujeres palestinas: protagonismo y relegación¹

Isaías Barreñada ²

Las mujeres palestinas han desempeñado un papel relativamente activo en el movimiento de liberación nacional y han acumulado una rica experiencia organizativa, tanto en los territorios ocupados como en la diáspora y en el sector árabe de Israel. Sin embargo, estos últimos años marcados por el proceso de paz han confirmado su relegación en la escena pública. Hoy se encuentran con los mismos problemas que sus vecinas: marginación política, resistencias de los grupos de poder y discriminación legalizada.

Al igual que en otros países que han vivido procesos revolucionarios o de luchas anticoloniales, en Palestina los movimientos de mujeres han estado ligados a la lucha por la liberación nacional. Si bien en los inicios de estos movimientos primó lo político, pronto fueron conscientes de que la liberación nacional tenía que ir acompañada de liberación social y de democratización, y progresivamente se fueron abriendo espacio las demandas de transformación social: la superación de obstáculos de la sociedad tradicional, la igualdad y la no discriminación.

Hasta hace poco la sociedad palestina ha sido una sociedad rural. La estructura social y familiar estaba muy jerarquizada y seguía pautas patriarcales. La mujer apenas salía del ámbito doméstico sin apenas participación ni influencia política o social. Con el final del período otomano y el Mandato británico (1917-

¹ Este texto fue publicado en *Nación Árabe* n° 44

² Es politólogo, experto en mundo árabe.

1948) se produjo una crisis en ese mundo tradicional (inmigración judía, desruralización, primeros focos de industrialización) que también afectó a la mujer (cambios en los lazos familiares, elevación de los niveles de educación). La primera participación sociopolítica de las mujeres en Palestina y la creación de las primeras asociaciones de mujeres tuvo lugar en un contexto de lucha nacionalista contra la inmigración sionista.

Desde principios de siglo se articuló un militantismo femenino tradicional desarrollando asociaciones caritativas. Entre 1903 y 1948 se pusieron en marcha las primeras asociaciones de carácter asistencial, a iniciativa de las mujeres de las clases más favorecidas y urbanas³.

Las mujeres participaron activamente en las manifestaciones políticas de 1920 y 1921, en la gran huelga y en el levantamiento árabe armado de 1936. En 1921 se creó en Jerusalén una primera Unión de Mujeres Palestinas. En octubre de 1926 se organizó en Jerusalén el primer Congreso de la mujer palestina, con una agenda política nacionalista (contra la colonización judía y la apropiación de tierras), del que nació la Asociación de Mujeres Árabes, AMA, que en 1944 tomó la denominación de Unión de Mujeres Árabes Palestinas.

Durante la primera mitad del siglo la implicación de las mujeres fue multiforme; entre 1936 y 1948 se crearon más de 200 asociaciones asistenciales y reivindicativas. Sin embargo se adoleció de estructuras organizativas estables; generalmente a los momentos de crisis seguía la desmovilización popular.

Entre 1948 y 1986 las asociaciones de mujeres se adaptaron a la situación generada por la creación del Estado de Israel y la dispersión del pueblo palestino. La dispersión afectó a las asociaciones. La AMA siguió funcionando en Palestina y en el exilio. Gran parte de sus actividades se dirigió a atender a la población refugiada. En Cisjordania, entre 1949 y 1967, se siguió extendiendo el asociacionismo femenino tradicional asistencial.

³ Jad, Islah: «Les femmes palestiniennes, 1919-1939: des salons aux comités populaires», *Revue d'Études Palestiniennes*, 51, 1994, pp.41-58.

En los años 50 y 60 surgió una nueva generación de mujeres, formadas en las escuelas de la UNRWA, que se politizaron y organizaron sin pasar por las asociaciones tradicionales de mujeres. Muchas se unirían a las organizaciones políticas (partido comunista, nacionalismo árabe, y más tarde Fatah).

Con la aparición de la OLP en 1964, se fundó la Unión General de las Mujeres Palestinas (GUPW en sus siglas en inglés) que permitió la integración de la mujer en el nuevo movimiento nacionalista de resistencia. Su primera conferencia general tuvo lugar en Jerusalén en 1965. La GUPW era una de las organizaciones de masas de la OLP; abrió secciones en diversos países, pero siempre tuvo un carácter subalterno y auxiliar en la lucha, pues la condición de la mujer no formaba parte de las prioridades.

La ocupación israelí de Cisjordania y Gaza introdujo numerosos cambios (control y represión, proletarización de la mano de obra, politización de la población...) y las organizaciones de mujeres reorientaron su actuación en este nuevo contexto: asistir a los grupos más desfavorecidos y promover la participación de la mujer en la actividad política. La GUPW no podía actuar abiertamente, aunque siguió promoviendo el trabajo asistencial y la movilización de las mujeres a través de las organizaciones existentes. A pesar de las condiciones impuestas por la ocupación, algunas organizaciones de mujeres lograron desarrollar su trabajo asistencial; fue el caso de *In 'Ash al-Usra* (Asociación de apoyo a la familia), creada en 1965 y dirigida por Samiha Jalil en la localidad de el-Bireh.

A lo largo de los años 70 la OLP fue prestando más atención a los territorios ocupados. En esos años empezó a destacar la participación de las mujeres en el asociacionismo estudiantil universitario y en el movimiento sindical. En 1976 las mujeres palestinas votaron por primera vez en las primeras elecciones municipales, comicios que ganaron los candidatos próximos a la OLP.

A finales de la década y principios de los 80 tuvo lugar una eclosión de los comités populares de mujeres que, al igual que el movimiento sindical, se operó en un momento de expansión de los movimientos sociales vinculados al movimiento nacional palestino. Grupos de activistas políticas, generalmente estudian-

tes y obreras, crearon pequeños comités de mujeres sustancialmente distintos a las asociaciones asistenciales tradicionales⁴. Su objetivo era abrir nuevos espacios de participación con nuevos contenidos: entre intelectuales, en el medio obrero, rural y de refugiados. Así, a iniciativa de organizaciones políticas, se crearon comités de mujeres de nuevo cuño, cuyas actividades eran organizar, sensibilizar y formar a las mujeres, además de llevar a cabo proyectos generadores de ingresos.

En 1978 se creó en Ramallah la Unión Palestina de Comités del Trabajo de Mujeres (*Lijan al-Amal al-Nisa'i*, conocida por Palestinian Union of Women's Work Committees, PUWWC) que se fraccionó a principios de los ochenta en distintos comités ligados a diferentes organizaciones políticas: la Federación Palestina de Comités de Acción de las Mujeres (Palestinian Federation of Women's Action Committees, PFWAC) ligada al FDLP; los Comités de Mujeres Trabajadoras, *Lijan al-Mar'a al-'Amila* (Union of Palestinian Working Women's Committees, UPWWC, vinculados al Partido del Pueblo Palestino -partido comunista), creados en 1980; los Comités de Mujeres Palestinas, *Lijan al-Mar'a al-Falastiniyya* (Union of Palestinian Women's Committees, UPWC) vinculados al FPLP (1981); los Comités de Mujeres para el Trabajo Social, *Lijan al-Mar'a li-l-Amal al-Ijtima'i* (Union of Palestinian Women's Committees for Social Work, WCSW) ligados al Fatah (1981).

Estos comités populares de mujeres se coordinaban entre sí. En 1988 se creó el Alto Consejo de las Mujeres (*Higher Women's Council*) que reunía a las cuatro organizaciones. Asimismo actuaban en coordinación con los comités populares de trabajo agrícola o salud, o las organizaciones de derechos humanos políticamente afines⁵.

⁴ Hiltermann, Joost R.: *Behind the Intifada. Labor and women's movements in the Occupied Territories*. Princeton University Press, Princeton, NJ, 1991.

⁵ Robinson, Glenn E.: «The role of the professional middle class in the mobilization of Palestinian society: the medical and agricultural committees», *International Journal of Middle East Studies*, 25:2, 1993.

Mujer e Intifada

La Intifada, el levantamiento popular iniciado a finales de 1987 y que duró hasta 1991, potenció el desarrollo de las organizaciones de base de mujeres y que éstas se implicaran en el encuadramiento social y económico. En los primeros años de la Intifada las mujeres desempeñaron un papel relevante en el seno de los comités populares contra la ocupación. El Mando Nacional Unificado del Levantamiento hizo varios llamamientos específicos a las mujeres para que se sublevaran y se movilizaran.

Lo más singular fue que la *Intifada* forzó a muchas mujeres a salir del ámbito familiar privado, asumiendo tareas en el ámbito público, sea porque debían trabajar para atender a su familia cuando faltaba el varón, sea en el trabajo comunitario, sea directamente en la desobediencia civil y la resistencia (manifestaciones...). La *Intifada* potenció unos cambios sociales que la ocupación ya había activado (especialmente el trabajo femenino fuera de casa) y, sobre todo en los primeros años del levantamiento, propició el desarrollo de nuevos espacios organizativos. Sin embargo a partir de 1990 el endurecimiento de la represión y el deterioro de las condiciones de vida provocado por la guerra del Golfo (retorno de emigrantes, cese de remesas financieras de la emigración) repercutieron duramente en los hogares y las mujeres tuvieron que retornar a las estructuras tradicionales (redes familiares) en busca de mecanismos de supervivencia.

Este nuevo contexto fue aprovechado por el islamismo. Como nuevo fenómeno social y político, el islamismo implicaba por un lado a las mujeres en el trabajo social comunitario (lo que venían haciendo los Hermanos Musulmanes) y por otro reivindicaba el retorno a prácticas tradicionales para la mujer (segregación, división sexual de tareas, etc.). El islamismo buscó intimidar y coaccionar a las mujeres militantes laicas de los comités populares; algunas renunciaron a su activismo, aunque de manera general el efecto producido fue el contrario: las organizaciones de mujeres empezaron a plantear abiertamente temas como el carácter discriminatorio de ciertas tradiciones, la violencia doméstica, la discriminación dentro de los partidos y de la familia.

Globalmente la *Intifada* supuso un desarrollo de la conciencia crítica de género sobre las diversas formas de opresión, fuera esta nacional (con la ocupación), económica (en el mercado), social o familiar. Esta conciencia crítica sirvió de trampolín para su movilización, posibilitándoles un protagonismo de nuevo tipo y una nueva forma de participación en la vida pública. Su implicación y participación masiva en todos los escenarios supuso un punto de inflexión en la historia del movimiento de las mujeres, y acarrió un reconocimiento social del papel de la mujer más allá de los roles que tradicionalmente se le habían asignado.

Por otro lado, la *Intifada* supuso una maduración de las organizaciones de mujeres. Los movimientos de mujeres palestinas adquirieron su forma moderna en la década de los 80 y principios de los 90. Nacidos de las organizaciones de base ligadas a los partidos políticos (los comités populares de mujeres), ampliaron su actividad y ganaron visibilidad y protagonismo, y a partir de ahí buscaron dar a su trabajo un contenido social y de género, modificando sus prácticas y buscando nuevas formas de intervención. Sin embargo, estos cambios incidieron poco en las estructuras y las mentalidades dominantes y después de la Intifada se percibió un importante retroceso de algunas conquistas logradas⁶.

A partir de la Conferencia de Madrid (1991) las organizaciones de mujeres pensaron poder desempeñar un papel activo en la construcción de las instituciones estatales y en la puesta en marcha de la democracia palestina. Sus esperanzas fueron rápidamente defraudadas.

El proceso de paz y la instalación de la Autoridad Nacional Palestina (ANP) en 1994 crearon además un nuevo marco político que conllevó un reajuste en las actividades y formas organizativas de las asociaciones de mujeres. Unas han profundizado su labor asistencial y de promoción del desarrollo, dado el deterioro de las condiciones de vida; otras han reorientado su trabajo de movilización política, ampliando su agenda de lucha contra la ocupación con la presión sobre la ANP.

⁶ Malki, Majdi: «Some social effects of the Intifada in Jalazon refugee camp: women, marriage, family», *News from Within*, XI:6, 1995, pp.16-20, y XI:7, pp.22-27.

Globalmente el proceso de paz ha supuesto un cierto retroceso para los avances de las mujeres, pues se han vuelto a anteponer los intereses nacionales a la agenda de género. A ello contribuyó el hecho de que la mayor parte de los comités de mujeres estaban ligados a grupos políticos opuestos a los acuerdos de Oslo que entraron en crisis ante la falta de alternativas y de estrategias claras en el nuevo contexto.

Las organizaciones de mujeres en los territorios palestinos

Para entender la actual situación de las organizaciones de mujeres en Palestina y sus actuaciones se han de tener en cuenta varias cuestiones de distinto orden:

— en una sociedad tradicional el asociacionismo acarrea siempre tensiones con el medio familiar y social tradicional, y con las instancias de poder que reproducen los esquemas, jerarquías y valores patriarcales. La militancia de la mujer es vista como un abandono del espacio privado familiar y la exposición del honor de la familia a la que pertenece. A pesar de la larga trayectoria asociativa, en una sociedad conservadora como es la palestina, el movimiento de mujeres constituye todavía un factor que genera tensiones.

— durante mucho tiempo el asociacionismo femenino tuvo un carácter subsidiario y dependiente de las organizaciones mayoritariamente masculinas. En la última década algunos grupos han generado espacios autónomos, recuperando y desarrollando un protagonismo propio.

— las experiencias acumuladas por las distintas organizaciones y las activistas feministas han permitido que temas como la violencia doméstica, los derechos políticos o la discriminación laboral se aborden de manera más abierta en la opinión pública. Aunque muchas veces se trate de un debate y de demandas de una minoría de mujeres urbanas, profesionales y de clase media, en un contexto de sociedad tradicional todavía poco permeable.

— la maduración de las organizaciones de mujeres, la Intifada y la creación de la ANP han incidido en una redefinición de las

agendas. Después de haber postergado sus reivindicaciones durante años para dar prioridad a la lucha nacional por la creación del Estado palestino, las mujeres palestinas de los Territorios autónomos se resisten a continuar aplazando la lucha por sus derechos. Hoy hay una conciencia cada vez más extendida de que las reivindicaciones nacionales deben compatibilizarse con una agenda específica sobre la mujer, y que esto contribuye a la creación de un Estado palestino democrático y a un desarrollo económico y social justo.

— el factor islamista es un componente ineludible de la actual escenario social y político palestino. Junto a su agenda política, uno de sus componentes es la recuperación de valores musulmanes y la moralización de la sociedad, en el que, por ejemplo, incluyen una mayor segregación de sexos. Esto afecta al papel de la mujer, aunque no supone un alejamiento total de lo comunitario o de la participación política. Una dimensión que ha pasado desapercibida cuando se trata el fenómeno islamista, es que, como movimiento reformista moderno, no impide sino que reorienta la actuación pública de las mujeres. Las redes de asociaciones asistenciales y de ayuda mutua islamistas dan a muchas mujeres la posibilidad de hacer un trabajo comunitario aunque acotado a ciertos campos. En cambio el factor islamista supone una importante traba en las reformas legislativas de carácter liberal o laico que afectan a las mujeres, o a la hora de llevar a cabo programas de planificación familiar, participación política y protagonismo social de la mujer.

— finalmente hay que tener en cuenta que existen importantes diferencias políticas, socioeconómicas y culturales entre Cisjordania y Gaza. En Gaza hay una alta densidad de población, el porcentaje de refugiados alcanza al 75% de la población, las expectativas de trabajo son más limitadas (empleo en Israel o en la administración pública), las posibilidades de movilidad y de emigración son menores, la sociedad es más tradicional, los grupos políticos conservadores (Fatah e islamistas) tienen mayor arraigo e implantación, y los movimientos asociativos han tenido más dificultades para estructurarse.

Gaza y Cisjordania: el mundo asociativo de las mujeres

En la actualidad, tanto en Cisjordania como en Gaza, existe una gran variedad de asociaciones de mujeres, que interactúan entre sí y con los demás actores gubernamentales y no gubernamentales. Tienen en común una serie de características: buscan integrar a la mujer en el proceso de desarrollo y propiciar su independencia financiera; apoyan la participación de la mujer en la toma de decisiones; promueven la organización de las mujeres y el desarrollo institucional de sus estructuras; algunas de ellas han consolidado estructuras permanentes y participan en redes locales, regionales e internacionales de ONG y de organizaciones de mujeres. Esquemáticamente se podrían agrupar como sigue.

a) Las asociaciones tradicionales de mujeres, en su modalidad asistencial (*charitable societies*) siguen existiendo y hoy se cuentan en más de 80. Generalmente están promovidas por mujeres de la burguesía o de familias notables y son de implantación local o regional. Algunas son confesionales (cristianas o musulmanas), otras forman parte de la red de la Unión de Mujeres Árabes Palestinas. Sus actividades se dirigen a los sectores más vulnerables y necesitados y suelen ser de carácter asistencial (ayuda a viudas, a familias necesitadas, guarderías), formativo (para el empleo), educativo (alfabetización, salud preventiva, salud materno infantil) y cultural.

b) Las secciones femeninas de las organizaciones políticas y sindicales. Al igual que en el resto de los países árabes, en Palestina existe una organización nacional de mujeres con pretensiones de representación de todas las sensibilidades. La GUPW, forma parte del Consejo Nacional Palestino, el parlamento de la OLP, se mantuvo y desarrolló en el exterior desde 1967. Con el inicio del proceso de paz y con el retorno de muchos cuadros de la OLP a Palestina, en 1994 se reconstituyó la GUPW en Cisjordania y Gaza. Formalmente en ella participan todas las corrientes políticas. Cuenta con presencia en todas las regiones del país. Actualmente la GUPW se encuentra en un momento de transición, y aunque ha tenido algunas pretensiones de hegemonía, últimamente ha em-

pezado a coordinarse con otras asociaciones y participa en las iniciativas conjuntas de mujeres. Por su vinculación a la OLP y su «representatividad nacional» suele ser la organización que la ANP asocia en las delegaciones palestinas a eventos internacionales.

Todos los partidos políticos palestinos tienen secretarías o departamentos de la mujer. Sin embargo se trata de estructuras poco activas, supeditadas a la actividad de la organización. Muy pocas mujeres alcanzan puestos de responsabilidad en estas organizaciones.

En los años 70 y 80, las obreras jugaron un papel importante en el movimiento sindical palestino, especialmente en sectores como el textil. Hoy la organización sindical unitaria palestina, la Federación General de Sindicatos Palestinos (PGFTU) presta una escasa atención a la cuestión de la mujer y es el prototipo de estructura masculina y tradicional.

c) Los comités populares de mujeres que se desarrollaron en los años 80 y que alcanzaron su mayor desarrollo durante la Intifada siguen actuando. Han tenido una gran capacidad de intervención tanto en materia de movilización política como de promoción socio económica; pero han adolecido de varios problemas, entre ellos su actuación a nivel local y puntual, y el condicionante de sus afiliaciones políticas que les han llevado a competir y duplicar esfuerzos. Por su carácter militante y voluntario, los comités populares han sufrido directamente el desánimo y la frustración generada por el proceso de paz y la desmovilización popular. Algunos se han transformado en asociaciones (*societies*). Y por otro lado, dada su vinculación directa a las organizaciones políticas, también han sufrido del colapso y de la crisis de los partidos. Tras Oslo, los comités han reevaluado su relación con los partidos políticos y reforzado su agenda de género (trabajando sobre cuestiones como la violencia doméstica, las reformas legales o la participación política).

d) Las asociaciones islámicas. El movimiento de los Hermanos Musulmanes desarrolló desde antes de la ocupación un trabajo de asistencia, promoción social, educación y prédica a través de un vasto entramado de asociaciones. Este activismo social ha

sido la base de *Hamas* y de otros grupos políticos islamistas. En este marco existen asociaciones islámicas de mujeres que prestan servicios sociales y comunitarios (alfabetización y educación de mujeres jóvenes, clínicas, bibliotecas...).

e) Los centros de investigación y de promoción de la mujer. Ligados a los comités populares y a las universidades, con un papel destacado de mujeres profesionales independientes y contando generalmente con apoyo externo, se han creado desde principios de los años 90 centros de promoción de la mujer, cuyas actividades suelen ser la capacitación, la asesoría legal, la sensibilización, la formación de líderes y la realización de estudios sobre la situación de la mujer. Estos centros han desempeñado una labor muy importante en materia de revisión de la legislación vigente, la asesoría y ayuda legal y psicológica, la generación de debates, etc., y juegan un papel determinante en las plataformas de cabildeo. Entre ellos están: el Women's Studies Center (Jerusalén, 1989) creado a iniciativa de un comité de mujeres; el Women's Studies Program de la Universidad de Bir Zeit (1994); el Women's Studies Committee, en el seno del Bisan Center for Research and Development, de Ramallah; el Shu'un al-Mar'a (Women's Affairs Center, Centro para asuntos de la mujer) en Nablus (1987) y Gaza (1991); el Women Center for Legal Aid and Counselling (WCLAC) en Jerusalén (1991); el Jerusalem Center for Women (Jerusalén), que inició sus actividades en 1989 aunque se estructuró en 1994, promueve la discusión de temas relativos a la mujer y el diálogo con organizaciones de mujeres israelíes; y la asociación *Mashriqiyat*, en Gaza (1998).

f) Las redes. Las organizaciones de mujeres participan en las principales redes de ONG, pero desde la Intifada han desarrollado otras específicas de coordinación entre ellas.

Después de una experiencia de trabajo conjunto llevado a cabo desde 1990 por varios comités de mujeres, la puesta en marcha del proceso de paz propició una coalición de nuevo tipo. Las mujeres se quejaron de su escasa participación en los comités técnicos de apoyo a las negociaciones tras la Conferencia de Madrid (1991)⁷; la OLP sólo nombró a 6 mujeres entre las 300 personas

designadas para los comités. En agosto de 1992 varios grupos de mujeres crearon el *Women's Affairs Technical Committee* (WATC), cuyo objetivo era hacer aportes a las comisiones técnicas que participaban en las negociaciones israelo-palestinas. Con ello se elevó su número en 60 más. Tras Oslo el WATC prosiguió luego sus actividades de capacitación, trabajo con medios de información, y sobre todo de cabildeo ante las instituciones. Hoy reúne a activistas de seis organizaciones políticas y a independientes

Otra iniciativa fue, entre 1996 y 1998, el Parlamento Modelo de Palestina (PMP, *Palestine Model Parliament-Women and Legislation*), una iniciativa del *Women's Center for Legal Aid and Counseling* (WCLAC), de carácter amplio (implicando a 16 grupos de diferentes posiciones políticas, activistas de todas las organizaciones de mujeres, defensores de los derechos humanos y personalidades palestinas, juristas y especialistas en cuestiones de género) y mixto (de mujeres y hombres). Su objetivo era hacer presión sobre la ANP y el Consejo Legislativo Palestino, sensibilizar a la opinión pública sobre las reformas legales necesarias y promover el debate social sobre cuestiones que afectan a las mujeres y para proponer reformas. Este Parlamento paralelo se estableció a imagen del CLP, con 88 escaños aunque la mitad está compuesta por mujeres, y fue apoyado por algunos diputados. A lo largo de tres años (1996-1998) provocó, a través de talleres y seminarios, un proceso de debate en las regiones del país en torno a ciertos temas que luego eran debatidos en las sesiones de un «Parlamento» alternativo. La experiencia desató un importante debate público y provocó una contracampaña de los sectores conservadores e islamistas (folletos, sermones en mezquitas) que reivindicaban el monopolio del debate sobre las cuestiones de la Ley de la familia.

El PMP elaboró propuestas de ley para proteger a la mujer en un futuro Estado palestino y para luchar contra la discriminación. En particular fue muy activo en la denuncia de los delitos de san-

⁷ Tras la Conferencia de Madrid (1991) a iniciativa de la delegación palestina en las negociaciones, se crearon comités técnicos sectoriales de asesoramiento; esta iniciativa respondía a la voluntad de fortalecer la posición y las propuestas del «interior» frente a la OLP del «exterior».

gre «para salvar el honor de la familia» y la poligamia autorizados por las cortes musulmanas, exigiendo la igualdad en materia de divorcio y de herencia, y la fijación de una edad mínima para el matrimonio. La experiencia del PMP ha servido para diseñar un proyecto de coalición de fuerzas políticas, ONG y grupos de mujeres para demandar la reformas de ciertas leyes (Estatuto personal, Ley de la familia...).

Estas redes han ganado protagonismo desde el inicio del proceso de paz y se han convertido en piezas claves a la hora de hacer presión política sobre la ANP.

Las mujeres palestinas refugiadas y en Israel

La población palestina está dispersa en varios países y vive situaciones muy diferentes entre sí. Por ello también varía la situación de las mujeres y son diferentes sus modalidades de organización.

De los 3,5 millones de refugiados palestinos registrados por la UNRWA, cerca de 2,2 millones viven en Jordania, Líbano y Siria. A pesar de las dificultades en que se encuentran los refugiados en Líbano (control, limitaciones de movilidad, restricciones profesionales), es sin duda en este país donde más se ha desarrollado el movimiento asociativo palestino (esencialmente asistencial y de promoción), propiciado por las organizaciones político militares palestinas y por la propia sociedad civil libanesa. En este marco también se han creado asociaciones de mujeres; de entre ellas ha de destacarse sin duda la asociación de mujeres *Najdeh*.

Una faceta menos conocida de la realidad palestina tiene lugar en Israel. A partir de 1967, la politización creciente de los palestinos con ciudadanía israelí también se tradujo en una mayor participación de la mujer en la vida política y asociativa de todo tipo, articulándose desde entonces un movimiento de mujeres plural. Una parte de él corresponde a organizaciones mixtas judeoárabes (asociaciones de promoción, educativas, sindicales, juveniles), en las que generalmente la iniciativa organizativa recae en el componente judío (caso de la asociación de mujeres *Na'amat*). Otra parte es específicamente árabe y en ella se pueden distinguir las aso-

ciaciones ligadas a organizaciones políticas, las asociaciones de promoción y las nuevas organizaciones feministas.

Por un lado, los partidos árabes han tenido departamentos para la mujer (*Tandi*, la sección del partido comunista *Rakah*; los nacionalistas *Abna' al-Balad* también han tenido una sección para las mujeres: el Comité de Mujeres Árabes Progresistas); aunque se ha supeditado la agenda de la mujer a la lucha más general de la minoría árabe por los derechos civiles en Israel.

Junto a esto se han desarrollado numerosas asociaciones asistenciales, de promoción educativa, de trabajo con algunos grupos específicos (como las mujeres beduinas). Las ONG más activas del sector árabe israelí, sean de salud o derechos humanos, han desarrollado programas específicos sobre necesidades y derechos de la mujer.

Ante la falta de espacios para un trabajo de género en el seno de las anteriores organizaciones, algunas activistas crearon las primeras asociaciones feministas. Su común denominador es que asumen un trabajo dirigido a combatir la doble discriminación (por ser mujer y árabe palestina). Entre ellas destaca *al-Fanar*, creada en 1991 en Haifa⁸, que ha desarrollado una importante actividad en cuestiones como los crímenes por honor familiar, la revisión del estatuto personal (el derecho religioso que se aplica a cuestiones de matrimonio, divorcio y herencia), la defensa legal y la lucha por la igualdad.

En los últimos años, algunos temas defendidos por las organizaciones feministas han alcanzado bastante eco y se han traducido en experiencias de coordinación entre organizaciones. En 1994 se creó *al-Badil* (Alternativa), coalición contra los crímenes de honor, con sede en Nazaret, que agrupa a diversas asociaciones que trabajan contra esta práctica tradicional, mediante actividades de denuncia, sensibilización, cabildeo, protección legal... Asimismo las plataformas de organizaciones de mujeres han llevado a cabo denuncias colectivas sobre la situación de la mujer árabe en Israel, tanto ante las instancias del gobierno como en foros internacionales⁹.

⁸ Ver <http://nodo50.ix.apc.org/mujeresred/pal-alfanar.htm>

La dispersión de los palestinos y la heterogeneidad de sus organizaciones ha propiciado la creación de redes palestinas y árabes de mujeres:

— Aunque siempre hubo contactos entre las organizaciones palestinas del interior (Territorios ocupados e Israel) y del exterior (diáspora y refugiados), sea en el marco de la OLP o a través de otras estructuras puntuales, en lo que se refiere a las organizaciones de mujeres es a partir de los años noventa que se crean los primeros espacios propios de encuentro y de coordinación entre mujeres palestinas (de las zonas ocupadas, de Israel y de la diáspora).

— El Foro de Mujeres Árabes *Aisha*, creado en 1992, reúne organizaciones de mujeres de doce países árabes y promueve el intercambio de experiencias, lleva a cabo campañas comunes y presta una atención especial a las reformas legislativas que afectan a las mujeres. Una docena de grupos de mujeres palestinas participa en esta red y el WCLAC coordina ese foro. A estas redes se suman otras iniciativas puntuales de coordinación de asociaciones de mujeres árabes en torno a temas concretos (violencia contra las mujeres, participación política...), iniciativas todas ellas desarrolladas en la última década.

— Además existen alianzas con organizaciones de mujeres israelíes. Desde antes del inicio del proceso de paz, al igual que algunos grupos políticos palestinos y organizaciones de derechos humanos, algunas organizaciones de mujeres tenían contactos con asociaciones israelíes. Estas relaciones se ampliaron y diversificaron con la *Intifada*, aunque solían ser puntuales, para proyectos concretos y campañas determinadas. En otros casos se trataba de relaciones basadas en afinidades políticas (por ejemplo entre los comités de mujeres ligados a los partidos comunistas de Israel y Palestina). Desde principios de los 90 existen algunas estructuras permanentes, como el *Jerusalem Link-Coordination of Palestinian and Israeli Women's Organizations*, una estructura de coordina-

⁹ Ver The status of Palestinian women citizens of Israel. Report submitted to the United Nations Committee on the Elimination of Discrimination Against Women (CEDAW), submitted by The working group on the status of Palestinian women in Israel, July 1997.

ción entre el *Jerusalem Center for Women* y la organización israelí *Bat Shalom*. La existencia de programas internacionales que facilitan recursos financieros a proyectos conjuntos ha estimulado acercamientos y colaboraciones.

La mujer palestina y el proceso de paz

La OLP, al igual que otros regímenes nacionalistas árabes socializantes, siempre tuvo posiciones liberales en cuanto a los derechos de la mujer. Así incorporó en sus textos oficiales declaraciones a favor de la no discriminación y la igualdad. Por ejemplo la Declaración de independencia palestina (Argel, nov. 1988) reza «...el gobierno se basará en principios de justicia social, igualdad y no discriminación en materia de derechos entre hombres y mujeres...». Sin embargo, en el discurso nacional palestino la mujer siempre fue representada mediante fórmulas tradicionales (madre de luchadores y de héroes, conservadora y reproductora de las tradiciones y de la identidad nacional, identificada a la patria). La tierra era feminizada mientras que la ciudadanía política era identificada a lo masculino¹⁰.

Las organizaciones palestinas de mujeres fueron muy pronto conscientes de que la liberación nacional no era necesariamente sinónimo de liberación social. En otros movimientos de liberación nacional el protagonismo político alcanzado por las mujeres durante la guerra o la resistencia pronto dejó paso a una involución, retornándose a prácticas tradicionales que las han relegado a un segundo plano, cuando no a una posición subsidiaria o marginal.

La puesta en marcha del proceso de paz en Oriente Medio y su concreción en los acuerdos de Oslo han creado una nueva situación política en Palestina. Si bien todavía no se ha alcanzado un acuerdo definitivo, ni se ha llevado a cabo una retirada total de las fuerzas israelíes de ocupación, ni se ha materializado todavía la entidad palestina independiente y soberana sobre un territorio definido, durante este período transitorio se está edificando *de facto* un Estado palestino sobre una parte de Cisjordania y Gaza. Desde

¹⁰ Algunos autores han establecido incluso el paralelismo entre *al-ard* (la tierra) y *al-ird* (el honor).

mayo de 1994 funciona, a modo de gobierno, la Autoridad Nacional Palestina (ANP) con competencias en la mayor parte de los asuntos civiles y que afectan a más del 90% de la población palestina. Asimismo se creó una instancia legislativa, el Consejo Legislativo Palestino, y se ha iniciado la promulgación de nuevas leyes que sustituirán a las que están actualmente en vigor (sean otomanas, británicas, jordanas o egipcias, o israelíes).

La existencia de un gobierno palestino y la progresiva creación de un nuevo marco legal, configuran un nuevo contexto para la actuación de las organizaciones de mujeres. Varios ministerios tienen competencias directas en asuntos que atañen a las mujeres, y otras instancias gubernamentales tienen departamentos o han diseñado programas específicos dirigidos a las mujeres; en algunos casos, para ello cuentan con apoyos específicos de organismos internacionales. Se ha creado una instancia en la ANP para coordinar las relaciones con las organizaciones no gubernamentales, con objeto de asociar a los diversos actores a las mismas estrategias y consensuar prioridades y actuaciones, supervisar la canalización de ayuda externa, etc. Además, en el plano legislativo, el CLP ha trabajado sobre diversos textos que tienen una especial significación para las mujeres, y la presidencia de la ANP ha designado un comité consultivo para reformar ciertos textos que afectan a la mujer y a la familia.

En cuanto se creó la ANP, las organizaciones de mujeres entendieron que se abría un período clave para influir ante las autoridades, en la elaboración de leyes y en el diseño de las políticas, y plantearon sus demandas de iguales derechos y oportunidades y la creación de un marco legal acorde con ello. Sin embargo esto se ha visto condicionado por la dinámica del proceso de paz y las resistencias de los sectores conservadores palestinos¹¹.

¹¹ La dinámica del proceso de paz ha condicionado el normal desarrollo de la construcción institucional palestina y de los procedimientos democráticos. Las elecciones municipales previstas inicialmente para julio de 1996 no han tenido lugar y han sido pospuestas sine die, muy pocos textos legales elaborados por el CLP han sido ratificados por la presidencia, la ANP ha dado reiteradas muestras de autoritarismo, etc. Todo ello ha limitado una plena incorporación de la mujer a la actividad política.

Una de las reivindicaciones permanentes ha sido un mayor acceso a responsabilidades políticas y administrativas. Tras Oslo algunas organizaciones de mujeres pidieron la instauración de cuotas en las instituciones palestinas. Aunque la propuesta de cuotas fue objetada por los partidos, en el primer gobierno de la ANP (1994), 2 de las 24 carteras fueron confiadas a mujeres: Asuntos Sociales (Intissar al-Wazir, viuda del dirigente histórico Abu-Jihad) y Educación Superior (la universitaria Hanan Ashrawi, que dimitió a los pocos meses por diferencia política)¹². También se designaron varias directoras generales (22 sobre 185, un 12%) y varias decenas de mujeres fueron designadas con cargos en los consejos locales y las municipalidades. A modo de demostración simbólica, una de las primeras decisiones de la ANP confirmó en su cargo a una juez y a una fiscal que, por razones de sexo, iban a ser alejadas de la carrera por el resto de la judicatura.

En el terreno de la participación política pronto se pusieron en marcha distintas iniciativas (sensibilización, educación cívica, etc.) para hacer oír la voz de la mujer y para promover su participación en las elecciones. Sin embargo las elecciones legislativas y presidenciales de enero de 1996 fueron una experiencia frustrante para las mujeres, pues la mayor parte de los partidos las relegaron a un segundo plano.

Las mujeres suponían el 48,9% del cuerpo electoral. Hubo 28 candidatas al CLP sobre 691 (4% del total); 9 incluidas en listas de partidos y el resto independientes. Algunos distritos no tuvieron ninguna candidata mujer; mientras que otros, como Jerusalén Este, vieron cómo varias candidatas se restaron mutuamente posibilidades. Además muchas de las mujeres dirigentes más conocidas pertenecían a grupos políticos de la izquierda laica que no concurren a las elecciones. El 43% del voto efectivo fue de las mujeres. El 30% de las mujeres que votó, reconoció que lo hizo influida por una tercera persona. De los 88 diputados electos, cinco fueron mujeres (5,6%, un porcentaje similar o incluso superior al que se da en países árabes vecinos)¹³.

¹²Bamieh Abbassi, Mayada: «Palestiniennes sur deux fronts», *Confluences Méditerranée*, 17, 1996, pp.109-116.

En suma, la baja representación femenina en el CLP se debió al menos a tres factores. En primer lugar al diseño de las circunscripciones (con 1 ó 2 escaños) que, a diferencia de haberse dado un distrito único, favoreció a los candidatos oficiales y varones y redujo las posibilidades de éxito de las candidatas. A la prevalencia de un comportamiento electoral marcado por relaciones clientelares y fidelidades clánicas. Y a la falta de candidatas, dado que los partidos políticos marginaron a las mujeres en la confección de las listas, discriminación que fue denunciada por las organizaciones de mujeres. En todo caso hay que señalar que las mujeres electas lo fueron por su carisma, más que por contar con el apoyo de sus formaciones políticas, muestra de ello fue que la única contrincante a Yasser Arafat en las elecciones presidenciales de la ANP fue una mujer, Samiha Jalil¹⁴, que obtuvo el 9,6% de los votos.

La agenda de las mujeres y la ANP

Al igual que la OLP, por lo general la ANP ha mantenido un discurso modernizador, abierto a las reformas aunque luego tenga dificultades en ponerlo en práctica. La ANP condena las prácticas discriminatorias y defiende la protección a las mujeres en situación de vulnerabilidad (víctimas de la violencia, jefas de hogar solas...). Se muestra partidaria de hacer participar a la mujer en la vida económica y política, en la administración, incluidas las fuerzas de seguridad, aunque es más remisa a modificar la legislación que afecta el ámbito privado y familiar.

Sin que sea ajena a ello la presión de las ONG y de los organismos internacionales, la ANP ha orientado la creación de departamentos específicos en varios ministerios (Asuntos Sociales, Planificación y Cooperación Internacional, Educación, Salud...). Su puesta en marcha ha resultado ser un proceso lento y complejo que se ha concretado en unos pocos casos. La Oficina palestina de

¹³ De las 5 diputadas, 3 están ligadas a Fatah y 2 son independientes; 3 son de Gaza, 1 de Jerusalén y 1 de Nablus.

¹⁴ Samiha Jalil, independiente, había sido fundadora y dirigente de una conocida asociación de mujeres desde los años 60.

estadísticas (*Palestinian Central Bureau of Statistics, PCBS*) ha producido estudios que proporcionan datos actualizados y desagregados e indicadores sobre la situación de la mujer, especialmente después del primer censo palestino realizado en diciembre de 1997¹⁵. Por su parte la presidencia de la ANP cuenta con una consejera para asuntos de la mujer (Fatmah Rabah, miembro de Fatah).

La coordinación en la materia entre las instituciones es muy débil, a pesar de que existe un Comité de coordinación interministerial para el Avance de la Mujer. En junio de 1997 este Comité y la GUPW elaboraron una «Estrategia nacional para la promoción de la mujer palestina» que pretende servir para la aplicación de la Plataforma de trabajo de Beijin 1995¹⁶ que fijó objetivos y líneas generales (derechos a garantizar y reformas legales en materia de igualdad de género a llevar a cabo). Las organizaciones de mujeres han propuesto la creación de un Alto Consejo para Asuntos de la Mujer, ligado a la presidencia de la ANP y con representación del movimiento de mujeres, que se encargue de promover acciones de promoción de la mujer e implique a todas las instancias públicas.

El movimiento asociativo palestino ha desempeñado un papel destacado para promover un debate y sensibilizar la opinión pública sobre los problemas que afectan a la mujer. La experiencia del PMP sirvió para definir posturas e identificar los principales problemas. Sin embargo, aunque en estos dos últimos años los grandes ejes que han movilizado a las asociaciones han sido las reformas legales y la lucha contra la violencia doméstica, es difícil hablar de una agenda de género consensuada o que exprese las demandas de la mayoría de las mujeres.

Si nos atenemos a las organizaciones de mujeres más activas podríamos señalar que todas ellas plantean: la necesidad de continuar asociando lucha nacional (contra la ocupación) y lucha por los derechos de las mujeres; la importancia del empoderamiento de la mujeres para ayudarlas a mejorar sus capacidades de liderazgo

¹⁵ *Women and men in Palestine. Trends and statistics*. PCBS, Ramallah, 1998.

¹⁶ <http://planning.pna.net/gender/index.htm>

y hacer efectiva su participación en las esferas económica, social y política; la introducción de reformas en la legislación que aseguren la igualdad, el cese de la discriminación, la protección contra la violencia familiar; y la necesaria articulación en una red de las asociaciones y demás instituciones democráticas.

Según las organizaciones de mujeres, a pesar de que las autoridades palestinas sostienen un discurso genérico en el que se reconoce la situación de la mujer y sus problemas, y dicen defender la mayor parte de las reivindicaciones de las organizaciones de las mujeres, la práctica concreta es bastante ambivalente. La agenda de género de la ANP es muy superficial, y la que existe es debida sobre todo a la presión de los donantes internacionales, ni es coherente ni está realmente comprometida con un cambio.

A la hora de hacer un balance de lo ocurrido en estos cinco años, hay que tener presente que la actuación del gobierno palestino ha estado condicionada por dos factores: la propia naturaleza de la ANP y sus limitaciones.

La ANP está dominada por una alianza entre los sectores conservadores de la OLP-exterior y los grupos de poder tradicionalistas del interior. En lo referido a las mujeres, esta colusión se traduce en la postergación de las reformas legales, tímidos avances en los fallos judiciales, la falta de iniciativa para contrarrestar la presión social de los sectores conservadores y la reproducción de prácticas tradicionales (es el caso de la coerción social para el uso del velo en Gaza) además de una cierta pasividad de la policía ante la violencia doméstica. Por otro lado, la falta de consenso entre las organizaciones de mujeres (progresistas, feministas, conservadoras, religiosas) ha dado argumentos a la ANP para posponer decisiones o para inhibirse, lo que satisface a las posiciones tradicionales. Dado que la principal oposición política a la ANP es islamista, la agenda de género corre el peligro de ser instrumentalizada para la confrontación. En momentos de entente entre la ANP y los islamistas la agenda de género puede ser pospuesta o darse una involución; mientras que en momentos de tensiones puede ser esgrimida por las partes para descalificar al adversario. Además hay que señalar que las cuestiones de género no están asumidas plenamente por importantes sectores conservadores en

el seno de la OLP que en un momento dado pueden alinearse con la oposición islamista.

En segundo lugar la ANP está sujeta a restricciones marcadas por los acuerdos de Oslo y dependencia financiera externa. A su vez el propio CLP, limitado en sus funciones por lo establecido en los acuerdos de Oslo, ha intentado ganarse legitimidad haciéndose eco de las demandas de la sociedad civil y el mediador entre la ANP y la ciudadanía.

La práctica concreta de la ANP en estos años (respuesta a problemas específicos, prioridades en la asignación de recursos, reformas legislativas, actuación judicial, protección) ha demostrado estar subordinada a la alianza, estratégica en este momento de transición, que mantiene con sectores conservadores e islamistas. La ANP ha sido muy tímida al tratar asuntos relativos a las viejas pautas tradicionales familiares (por ejemplo al mediar en casos de oposición a matrimonios forzados). Especialmente grave ha sido la falta de un marco legal propicio y la falta de protección legal de la mujer ante ciertas prácticas tradicionales (repudio, falta de asistencia a divorciadas, crímenes de honor familiar, acceso a la propiedad...). Por ejemplo, la ley jordana, vigente en Cisjordania, prevé penas ligeras a los culpables de asesinatos por honor familiar.

El marco legal

Si bien una parte de las prácticas sociales discriminatorias contra las mujeres son fruto de la tradición y la costumbre y deben ser abordadas mediante la educación y la sensibilización, otras tienen un referente legal o están apoyadas por disposiciones legales. La creación de la nueva entidad estatal palestina debe suponer también la unificación, reforma y promulgación de nueva legislación.

El marco legal palestino refleja la historia del país. A raíz de la partición de Palestina en 1948, del paso de Cisjordania y Gaza bajo administración jordana y egipcia respectivamente, y con la siguiente ocupación israelí, se creó una situación de acumulación de legislación. De esta forma, actualmente en Cisjordania, Gaza y Jerusalén Este están vigentes diferentes cuerpos legales (otomanos, británicos, jordanos y egipcios, israelíes y palestinos). En Gaza

algunas leyes otomanas y británicas fueron enmendadas por leyes egipcias. En Cisjordania se introdujeron leyes jordanas, sin que éstas, desde 1967, fueran modernizadas¹⁷. Después de la anexión unilateral de Jerusalén por Israel, en la ciudad se aplicaron leyes israelíes; mientras que en Cisjordania y Gaza se impusieron ordenanzas militares.

Ante la creación de las instituciones palestinas, la próxima declaración de independencia y la promulgación de una constitución palestina, los grupos progresistas han tenido por objetivo garantizar una legislación democrática que reconociera la plena igualdad de hombres y mujeres ante la ley, que abordara la cuestión de la violencia, los beneficios sociales, etc.

Las organizaciones de mujeres y de derechos humanos confiaron que la Ley básica (*Basic law*, una ley constitucional prevista en los Acuerdos de Oslo que debería haber servido durante el período interino y que por una conjunción de motivos nunca vería la luz) recogiera sus demandas de iguales derechos. Sus primeros borradores (diciembre 1993, abril 1994) apenas hacían una breve referencia a la no discriminación por sexos, para su sorpresa consideraban a la *shari'a* la principal fuente de legislación.

Esta situación propició un debate sobre los derechos de la mujer y las necesarias reformas legales (tanto de las leyes del ámbito público como privado). En septiembre de 1994 se publicó una Carta de las mujeres (*Palestinian Women's charter*) o Declaración de principios sobre los derechos de las mujeres. Esta declaración recogía las demandas de las mujeres; afirmaba la igualdad y los derechos de la mujer en materia económica, política y en la vida social; formulaba propuestas de legislación laboral, penal y del estatuto personal (aunque, según las asociaciones de mujeres, fue muy tímida en cuanto a la ley de la familia); planteaba la necesidad de que los principios de igualdad jurídica, social y económica se

¹⁷ Por ejemplo en materia de legislación laboral estuvo vigente la ley jordana del Trabajo (1960) con todas sus restricciones (no aplicación en empresas de menos de cinco trabajadores, ni empresas familiares ni en la agricultura). En cuanto a la vida pública, las disposiciones incluían una discriminación de la mujer en el acceso al trabajo en la administración pública y en materia de participación política (voto masculino y censatario), derecho a dar ciudadanía a terceros...

plasmaran en la futura constitución palestina, y de que las leyes interinas respetaran las convenciones internacionales como la Convención sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra las mujeres (CEDAW, 1979)¹⁸. La Declaración fue apoyada por un amplio espectro de grupos, incluida la GUPW y fue presentada a la ANP, sin que surtiera demasiados efectos; ni siquiera el CLP la ha tenido en cuenta ni ha sido capaz de recoger sus contenidos.

Las mujeres en la esfera pública

Fruto de la presión de las organizaciones de mujeres, se han introducido algunas modificaciones en reglamentos y borradores de ley (Ley sobre el estatuto civil, Ley sobre la Administración civil, Ley electoral...). Hay un consenso extendido, incluso entre sectores conservadores e islamistas, sobre los derechos de la mujer en la esfera pública (empleo, participación política, educación...); pero aunque hay una mayor conciencia entre las mujeres, ésta todavía no ha permeado en las instituciones, en los partidos, ni en amplias capas de la población; hoy por hoy muchas de las demandas provienen de una élite.

Desde 1994 algunas de las reformas introducidas han sido las siguientes: ya no se requiere que las mujeres tengan una autorización masculina –de su esposo o tutor– para obtener un pasaporte o documento de viaje; las viudas pueden obtener pasaportes para sus hijos sin el permiso de la familia paterna; una mujer que se case con un no palestino puede conservar su ciudadanía; las mujeres casadas pueden conservar su apellido de soltera; ya no están obligadas a estar acompañadas mientras aprenden a conducir automóviles; pueden abrir cuentas bancarias a nombre de sus hijos (lo que algunos bancos locales reservaban solamente a los hombres); según la nueva Ley de administración civil las mujeres tienen derecho a la baja por maternidad, por un período de tres meses, y de una hora diaria para la lactancia.

Es obvio que estos pequeños logros se han dado en un contexto de mejoras en la situación de las mujeres (por ejemplo en mate-

¹⁸ Ver texto en *Revue d'Études Palestiniennes*, dic.1994.

ria de educación) pero condicionado por las limitaciones del proceso de paz y por el deterioro de las condiciones de vida que ha repercutido de manera particular en las mujeres. El período inmediatamente posterior a los acuerdos de Oslo ha visto un grave empeoramiento de la situación económica en las zonas palestinas (descenso del PIB per cápita en un 40%). En ese contexto el factor «amortiguador» que ha jugado la mujer ha sido clave; ha crecido el empleo femenino, aunque en puestos subsidiarios y en el sector informal. Pero si bien el Ministerio de Trabajo ha producido cifras desagregadas sobre mujer y mercado de trabajo, todavía no existe una política específica de promoción del empleo femenino, y apenas ha habido intervenciones legales para proteger a las mujeres.

Las mujeres y la esfera privada

Una dimensión de especial importancia es la reforma de la Ley del Estatuto personal y la Ley de la familia. Al igual que en Israel y en los países arabo-musulmanes vecinos, en Palestina está vigente el sistema otomano de los *milleh*, por el cual todos los asuntos relativos al Estatuto personal (matrimonio, divorcio, herencia, custodia...) se rigen de manera exclusiva por la legislación religiosa (a cada persona se le aplica la jurisdicción de su comunidad religiosa) y cada comunidad religiosa tiene autonomía jurídica, con tribunales religiosos propios para tratarlos. Esto dificulta las relaciones mixtas y plantea problemas a los no religiosos. Numerosos grupos exigen la adopción de un código civil laico o al menos una adaptación de la justicia religiosa (por ejemplo, para los musulmanes, una interpretación más abierta de la *Shari'a*).

Para la población musulmana, están vigentes diferentes formas de Estatuto personal, todas ellas basadas en el texto otomano de 1917. En Gaza sigue vigente la ley egipcia de Derechos de la familia (1954) pero, debido a la ocupación israelí de 1967, aquella no fue modificada por las reformas posteriores que se dieron en Egipto (1979, 1985...). En cambio en Cisjordania está vigente la Ley del Estatuto personal (1976) que reemplazó la Ley de Derechos de la Familia (1951). Según Welchman¹⁹, en distintas cues-

ciones la ley del Estatuto personal para los musulmanes, tal como es aplicada en los territorios palestinos, provee de menor protección a las mujeres que en otros países árabes: no ha introducido los cambios que se han dado en los últimos 20 años en los textos egipcios y jordanos, otorga mayor discrecionalidad a los jueces, discrimina a la mujer en materia de divorcio (*talaq*), matrimonio, custodia, herencia y mantenimiento.

También en materia del Estatuto personal, la ANP se enfrenta con la urgente tarea de unificar las leyes, lo que ha empezado a hacer desde 1994 el nuevo juez principal de los tribunales religiosos musulmanes (tribunales de la *shari'a*), uno de cuyos primeros objetivos ha sido establecer una única edad mínima de matrimonio.

En este momento de transición y de revisión legislativa, las organizaciones de mujeres han propiciado un importante debate público sobre el tipo de ley del Estatuto personal que se necesita. Diversos grupos han avanzado algunas propuestas igualitarias –ya planteadas en el Parlamento paralelo–, edad mínima de matrimonio a los 18 años, prohibición de la poligamia, divorcio de mutuo acuerdo o posibilidad de divorcio unilateral femenino... Sin embargo el debate de las leyes que tocan lo privado crean controversia por cuestionar el papel de la *shari'a*. Las organizaciones de mujeres quieren que la nueva ley no sólo se base en la *shari'a* sino que tome también como referentes las convenciones internacionales.

La reforma del Estatuto personal se ha convertido hoy en el principal tema de debate de las organizaciones de mujeres. Aunque no hay fecha fijada para su discusión en el CLP, los conservadores quieren que la ley se haga rápidamente, evitando que la relación de fuerzas cambie en detrimento suyo. Por su parte, las organizaciones de mujeres se están organizando para preparar sus propuestas, pero ven necesario un debate público que promueva la participación de la población. En abril de 1999 el presidente Arafat nombró un Comité consultivo (masculino y conservador, en el que participa el muftí de Jerusalén) que debe elaborar recomendaciones para la redacción de un borrador de ley

¹⁹Welchman, Lynn: Islamic family law. Text and practice in Palestine. WCLAC, Jerusalem, 1999.

Como en otros países árabo-musulmanes las constituciones derivan de dos fuentes principales: los postulados del nacionalismo árabe y los preceptos islámicos. El patriarcado está más ligado a las costumbres árabes que a lo islámico. Por ello hay que señalar que en la sociedad civil palestina y en las filas de las asociaciones de mujeres no hay unanimidad y existen diferentes posturas:

— Las feministas laicas demandan una alternativa civil a la Ley del Estatuto personal o al menos una ley no discriminatoria. Una ley civil que afecte por igual a todos los ciudadanos, independientemente de su confesión, no sea discriminatoria e incorpore las términos de las convenciones internacionales.

— Las mujeres nacionalistas árabes ponen por delante los intereses nacionales, y aunque comparten los principios de igualdad de derechos y oportunidades, no son partidarias de reformas precipitadas o de iniciativas que puedan debilitar la identidad árabe y la autenticidad cultural.

— Las feministas musulmanas, piden una reforma modernizadora de la *shari'a*. Sostienen una postura mixta, de modernización aunque teniendo en cuenta la tradición musulmana como principal referente, pero diversificando las fuentes a leyes civiles palestinas, resoluciones internacionales, etc.

— Las mujeres conservadoras religiosas e islamistas, reclaman el respeto estricto de la *shari'a* y de la tradición musulmana.

A lo largo de la última década muchas mujeres palestinas han constatado que sus expectativas de no discriminación e igualdad de oportunidades no se realizarían de inmediato y que su lucha deberá proseguir en un nuevo contexto. Hoy la agenda de las mujeres en Palestina, no sólo sigue ligada a la lucha contra la ocupación²⁰ y por los derechos nacionales palestinos, además está indisolublemente ligada a la lucha por la democracia en las zonas palestinas.

²⁰ Las organizaciones de mujeres han sido muy activas en la denuncia del régimen de aislamiento y las torturas a las que son sometidas las presas palestinas en cárceles israelíes. Recientemente los medios de comunicación dieron una amplia difusión a la violenta represión contra una manifestación de mujeres que, en Ramallah en marzo de 2001, denunciaba los cierres de localidades palestinas.

El conflicto desde mis ojos de mujer

Juani Rishmawi¹

Desde que en octubre de 1984 pisé por primera vez Palestina, han sido 23 años de larga experiencia en un país con contradicciones, conflictos, y una carga especial de sentimientos mezclados. Todo ello es el resultado del testimonio de la lucha por la libertad de un pueblo que no consigue la fórmula ideal para resolver los problemas que, según van pasando los años, se van agravando y enco-

nando. La manipulación de esta causa con más de sesenta años en el candelero ha hecho que actualmente se mezclen víctimas y verdugos con una facilidad tan espantosa que hay personas que no logran aclararse quién es quién en cada punto. Los medios todopoderosos de comunicación revelan hechos momentáneos pero sin explicar en detalle las razones y, por supuesto, no siendo parciales según los intereses que éstos puedan tener.

La comunidad internacional, desde la llegada al poder de políticos neoliberales que defienden una política económica globalizada según intereses estratégicos, económicos y sociales, ha causado la división en dos partes al mundo confrontándolas de manera que harán falta generaciones enteras para poder llegar a entenderse. Nunca he comprendido del todo bien ese *Oriente y Occidente* tan nombrado, como si el mundo estuviera dividido en dos, o unos fueran de otro planeta. Es inexplicable que de un mundo dividido en los años cincuenta y sesenta, con la guerra fría de dos superpotencias compitiendo por imponer sus respectivos ideales

¹ Coordinadora de proyectos en Español en Health Work Committees.

políticos, y resuelto (después del derrumbe de la URSS) este enfrentamiento del modo más suave, ahora se haya convertido al Islamismo en un poder maligno que llega a puntos de auténtica histeria que sobrepasan lo que en realidad ocultan: pobreza, falta de derechos humanos, humillaciones, hambre, millones de seres humanos que son tratados como esclavos, apoyos a gobiernos dictatoriales que aplastan sin contemplaciones cualquier intento de mejorar su modo de vida. Esto ha causado tanto resentimiento y odio que jóvenes que deberían estar pensando en formar un futuro con ilusión y fuerza se ven abocados a una autodestrucción de sus personalidades, llevados bajo unas fuerzas aniquiladoras que destruyen todo lo que deberían ser, personas de bien. A este punto actualmente está llegando todo Oriente Medio, la guerra, la represión y la falta de oportunidades y democracia están causando una cadena de despropósitos destruyendo todo lo bueno construido durante generaciones.

No podemos de dejar de comentar estos puntos importantes porque en realidad son la causa principal de que a pesar de ser uno de los conflictos más largos de la historia, no consiga, por intereses de las grandes potencias, resolver la vida de personas que siguen errantes y sin identidad.

Identidad y nacionalismo

Cuando hablamos de falta de identidad parece que es algo irreal, pero cuando se conocen las consecuencias reales de no saber realmente quién y a quién perteneces es una herida profunda dolorosa y difícil de saturar. Para poder ser más claros expondré un recuerdo de mi propia experiencia que hará entender este problema, que es una de las causas que más se defiende en este conflicto. En octubre de 1986 nació mi hija. En esa época los israelíes no me habían concedido la residencia a pesar de presentar varias veces la solicitud, por lo que estaba obligada a viajar cada tres meses, cuando se acababa el visado turístico que me concedían. Cuando nació mi hija fuimos a presentar los papeles para poder sacar su partida de nacimiento. No sólo se lo negaron sino que mi marido fue amenazado con ir a la cárcel si su esposa, recién dada a luz, no salía

del país inmediatamente, ya que estaba ilegal (mi tiempo de visado había concluido), pero como estaba a punto de dar a luz mi marido se negó a que viajara en esas condiciones y esperó a que nuestra pequeña estuviera en condiciones de realizar el viaje. En todo caso, al final, después de que él se negara a que yo viajara inmediatamente argumentado que el parto había sido muy duro y estaba bastante débil, me dieron un mes más, pero a cambio de ello mi marido firmó un documento por el que si no salía del país después con la niña, sería detenido y condenado a 10 años de cárcel. Por supuesto, al mes ella y yo salimos sin dudarlo, pero lo peor aún estaba por llegar. Cuando llegué a España, me fui con mi padre a declarar el nacimiento de mi hija para poderle sacar su partida de nacimiento y que fuera española. Con la terrible sorpresa de que en la comisaría de policía me dijeron que yo residía en el extranjero y la niña no había nacido en España, vamos que no sabían si eso era posible. A mí esa noticia me conmocionó tanto que me puse a llorar desconsoladamente delante de ellos. Ni en Palestina ni en España era reconocida, qué iba a hacer, no tenía identidad, ni era reconocida como ciudadana de ningún país... el policía al que yo presenté los documentos me vio tan angustiada que sintió que debía hacer algo, así que me calmó y prometió que intentaría mirar el asunto, que no me preocupara. Me dijo que volviera al día siguiente y así sabríamos qué podríamos hacer. Iba a consultarlo con los especialistas.

Creo que en mi vida he pasado por peores momentos de incertidumbre y pánico, y eso que en todos estos años he pasado por muchos, pero esto era diferente, mi hija, su vida futura ¿cómo podría salir adelante si no se la consideraba ciudadana de ningún país? Fue terrible, al día siguiente cuando fui estaba temblando pero con la esperanza de que me dieran alguna solución. La persona que me había atendido el día anterior me sonreía con una alegría tan grande que parecía que lo que había hecho era algo personal para él. Se había tomado el asunto muy en serio, realizando gestiones, me dijo que hacía escasamente tres meses se había aprobado una nueva ley en la que decía que las mujeres españolas que tuvieran hijos fuera de España tendrían automáticamente la nacionalidad. Casi me dió un sock, un golpe de suerte o simple-

mente que, por fin, algo bueno tenía que tener. El caso es que mi hija, por cosas del destino y la vida pudo ser nacionalizada, ahora, gracias a la paciencia y muchas vicisitudes, es española y palestina. Esto es relativo porque Palestina aún no está reconocido como país, por lo tanto es importante aclararlo ya que esto lleva a confusiones, ésta es una de las grandes reivindicaciones que tiene el pueblo palestino. Ya hablaremos más adelante de ello. Para información de los lectores y lectoras, a mí me concedieron la residencia palestina, después de viajar nueve veces entrando y saliendo continuamente, en febrero de 1990, una semana después de nacer mi segundo hijo, un regalo por su nacimiento, que sirvió para afianzar mi vida y vivir con un poco de paz y tranquilidad.

Desde el comienzo de la segunda *Intifada* las autoridades israelíes no han vuelto a conceder residencia a palestinos que quieren volver o a mujeres extranjeras que se casan con palestinos, por ello hay mas de 40.000 personas actualmente que no tienen ningún documento. Si fueran descubiertos serían expulsados automáticamente. Ésta es una de las reivindicaciones a que también aspiran los palestinos, tener a estas personas sin identidad ni seguridad de saber de dónde eres ni a dónde puedes ir. Tengo el caso de una de mis mejores amigas, que llegó de invitada a Palestina con su marido desde Siria, donde nació y vivió toda su vida (sus padres son refugiados de 1948 en Siria). Llegaron tras los acuerdos de Oslo y se quedaron. Ella y su marido no tienen ningún documento, no se pueden ir porque tienen su vida en Cisjordania, pero si los cogieran serían expulsados y ¿a dónde irían? Con el dolor de que lleva doce años sin volver a Siria para ir a ver a su familia, especialmente a su madre. Puede parecer sencillo pero si no se explicaran estos detalles sería muy difícil comprender la realidad de los padecimientos de este pueblo que soporta cada día unas condiciones de vida que serían impensables e inaceptables en cualquier otro país.

Sin embargo, a pesar de todo, el pueblo palestino ha desarrollado paralelamente una identidad particular gracias a la cabezonería y esperanza de que algún día serán reconocidos sus derechos. Lo más importante: ellos están presentes, siguen viviendo

en sus tierras a pesar de las continuas trabas a que son sometidos y a la larga piensan les será compensado su sufrimiento con la resolución de este eterno conflicto.

Los primeros años de la autonomía

No necesitamos mirar muy atrás en el tiempo, basaremos nuestro análisis más importante en los últimos diez años, quizás los más duros para toda la población palestina e israelí. Para mí, como muchas opiniones que se escuchan en los territorios sobre este conflicto, el verdadero declive de la lucha palestina comenzó en el momento en que se firmaron los acuerdos de Oslo, fue el principio del fin de unas reivindicaciones que fueron la base de la lucha, un engaño, una estafa a un pueblo que ha dado más de 8.000 vidas (muertos entre las dos *intifadas*), casi 100.000 heridos, miles de discapacitados de por vida, todo desde el comienzo del conflicto en 1948, así como más de 600.000 palestinos han estado en cárceles israelíes durante estos casi 60 años de lucha. Aparte de 6.000.000 millones de refugiados en todo el mundo.

Así como la pérdida de casi todo el territorio. Actualmente, de la Palestina histórica queda sólo un 12 % de la tierra donde viven los palestinos. En este escaso espacio está concentrada casi toda la población, 1.200.000 en Gaza y 2.300.000 en Cisjordania. La confiscación de miles de hectáreas de cultivo, destrucción de la economía, especialmente la agricultura (fuente de vida de los palestinos), la lucha por los pozos del agua, el muro ilegal, 750 Km. de longitud que ha dividido y aislado a la población, sufrimientos, muerte de enfermos diariamente en las fronteras por no ser atendidos en los hospitales, más de 40 mujeres muertas en las fronteras de parto. Este inmenso sacrificio no compensa a la población por la lucha para su libertad e identidad, especialmente cuando la clase política no ha respondido a las necesidades y luchas del pueblo, la decepción en todos los aspectos es patente.

Para muchas de las personas que conozco, que lucharon tantos años con la ilusión de encontrar la paz, esto ha sido simplemente el principio del fin. Y lo peor todavía está por llegar, ya que aún se

les sigue exigiendo más sacrificios, bajando aún más las peticiones de sus reivindicaciones.

El pueblo palestino ha tenido siempre como principios la defensa de los cuatro puntos más importantes que tenían que haber sido la auténtica base de un Estado en toda regla: reconocimiento mundial y por parte de Israel de Palestina y de un estado palestino; aceptación de las fronteras delimitadas de los territorios conquistados en 1967, en Gaza y Cisjordania, con la obligación de crear un pasillo de comunicación entre las dos partes, de manera de asegurar una continuidad del territorio palestino; el estatuto de los refugiados, uno de los puntos más conflictivos en su resolución, ya que obliga a dar derechos a más de 6.000.000 de palestinos que viven fuera de su país y especialmente los que viven en condiciones terribles en algunos países árabes, todos los cuales tienen necesidad de una identidad; declaración de Jerusalén Este como capital de Palestina.

En realidad, Oslo socavó las ilusiones, se firmaron unos acuerdos disparatados de Autonomía territorial basado en la división de territorios y especialmente para la protección de las colonias judías, que cada día crecen más. La Autoridad Palestina, dirigida en esos primeros años por un Yasser Arafat que no pudo domar a un pueblo que esperaba una justa resolución, acabó pagando las consecuencias y en su injusta muerte (aun no esclarecida) muchos pensaron que al negarse a firmar algunas de las principales resoluciones, especialmente el estatuto de los refugiados, la decisión de resistir le costó la vida. Éste ahora es un asunto oscuro que nadie se atreve a comentar. En su momento Arafat llegó a ser ninguneado y presionado por todos los lados, tanto en Palestina como por la comunidad internacional, especialmente por Israel que siempre ha mirado solamente sus intereses. Le declararon terrorista por apoyar la segunda *Intifada* y curiosamente, al partido que dirigía se le llegó a calificar de terrorista. Actualmente esto ha cambiado a partir de unas elecciones que han vuelto a cambiar el rumbo de esta larga lucha. Pero dejemos que la historia y la verdad acaben por salir a la luz con el tiempo.

Las reivindicaciones reales que esperaba este pueblo eran tan sencillas como luego fueron complicándose. En lo único que la

AP tenía gobernabilidad era en sanidad, educación, seguridad interior, recogida de impuestos. Ningún poder para decidir cuestiones importantes. Israel siempre aduce su *seguridad*, el resto no les merece ni el más mínimo pensamiento. Las violaciones de derechos humanos son continuas, incluso para israelíes que apoyan la causa palestina, ya que son acusados de traición, humillados, aislados, ésa es la democracia israelí. En estos momentos el pueblo israelí mira con indiferencia a sus vecinos, esperando que esta espina que tanto les molesta acabe de una vez. Se puede decir sin complejos que un 90 % de la población israelí da el apoyo a su gobierno en lo concerniente a la política hacia los palestinos; es una pena que no comprendan los derechos palestinos ni lo intenten, porque cuanto más represión menos seguros estarán nunca. La paz da la vida, y hasta que no reconozcan esto nunca estarán en paz ni con ellos mismos.

La difícil vida diaria bajo la ocupación

Durante todos los años desde que llegó la AP al gobierno y comenzó la retirada de tropas en las ciudades árabes más pobladas, el pueblo pensó que había una oportunidad que aprovechar y decidió darse un respiro e intentar la construcción, vía ayudas de los países occidentales de las infraestructuras más urgentes y necesarias, aeropuerto en Gaza, puerto en Gaza, equipos médicos en los hospitales, renovaciones en las escuelas del gobierno... En honor a la verdad, la nueva autoridad dio un papel preponderante e importantísimo a la educación, tanto a niños como niñas. Con orgullo se puede decir que en Oriente Medio, los palestinos son el pueblo árabe con la población más culta de todos. El 93 % de niños están escolarizados, terminando como mínimo los estudios superiores y con un índice de un 53 % de estudiantes en las universidades (tanto chicos como chicas). El índice de fracaso escolar es escaso, a pesar de las dificultades que siempre han tenido, especialmente en las zonas rurales en que los niños tienen que hacer largas caminatas y pasar por controles israelíes que muchas veces les dificultan ir a sus colegios. Esto no les ha amilanado, aunque por desgracia muchos de estos pequeños tienen proble-

mas graves psicológicos a causa de las humillaciones que tienen que soportar, teniendo reacciones violentas con sus familias y en el colegio, rechazo a sus mayores a los que consideran inútiles por no saberles proteger de esta presión que sufren continuamente. Estudios realizados durante años de varias organizaciones, tanto pertenecientes a Naciones Unidas como otras particulares, han demostrado el grado de sufrimiento especialmente en los más pequeños. Sentirse desprotegidos, humillados, impotentes ante esta barbarie hace que tengan retrasos, vuelvan a ser bebés que se aferran a sus madres, muestren comportamientos agresivos y sobre todo, la impotencia de poder explicar con palabras todo lo que tienen dentro. Por eso, últimamente, además de los numerosos problemas que enfrentamos en la sociedad palestina, otra lucha diaria es cómo recuperar a nuestros niños, nuestro futuro, qué vida les espera a estos pequeños que son testigos diarios de tanta violencia y represión.

Yo misma, que trabajo en una clínica que está al lado de un colegio, observo estos comportamientos diarios, peleas entre los muchachos por las cosas más tontas. Cuántas veces hemos de curar en nuestra clínica el resultado de estas peleas o comportamientos de prepotencia ante los mayores. Te insultan cuando les riñen porque consideran que es una manera de protegerse ellos, no tienen ningún respeto ni miedo a nada ni a nadie, les da sencillamente lo mismo. Es una actitud peligrosa y que cada día va a más, generando un desconcierto social, por una razón muy simple: estas sociedades árabes son patriarcales y muy conservadoras, los mayores son los que dictan las leyes y son respetados y venerados, por su sabiduría y como jefes de clanes. Esto ahora está cambiando, vemos un declive en la sociedad, los jóvenes no tienen ninguna confianza en sus mayores, toman decisiones sin consultar y si cometen errores no les importa las consecuencias. Por eso la división en la sociedad es cada día más profunda. Poco a poco ese hilo fuerte que sustentaba la sociedad palestina está resquebrajándose. Todo está tomando un camino de descontrol que va a necesitar muchísimos años de paz continua para cerrar heridas y construir de nuevo esta sociedad que se está viniendo abajo.

Por eso, siguiendo el rumbo de la política internacional que influye tanto en nuestro problema, es una pena que hayamos llegado a un punto en que es difícil de controlar las profundas diferencias que esto está ocasionando en el mundo, interfiriendo en la política de una manera que creíamos ya habíamos superado, el integrismo religioso de las tres religiones monoteístas. Las tres religiones dominan la vida de las personas centrándose en el apoyo, cada día más manipulado por cada una de sus posturas. Ninguna de las tres religiones puede echarse en cara sus propios despropósitos, cada días más radicalizadas, más extremistas; las tres religiones se están imponiendo en su versión más radical como si hubiéramos retrocedido en el tiempo a la época de las cruzadas, marcando la vida de la población. Siempre he pensado que la destrucción y la falta de apoyo al laicismo en los países árabes, al que igual la falta de apoyo a las organizaciones que defienden los derechos humanos en Oriente Medio, ha sido algo a propósito para llegar al punto donde hemos llegado.

Análisis de urgencia

Yo no soy ninguna analista política y mis opiniones pueden ser más o menos discutibles, pero sí soy una testigo que sufre diariamente con las personas con las que he decidido vivir, por una decisión personal, en este país. Me siento honrada con ello y por eso lucho con los medios que puedo y expongo, para que se conozca, una parte aunque sea mínima de todo lo que está pasando a éste mi pueblo. Ahora, en los países árabes y después de muchas reivindicaciones realizadas para pedir ayuda a la comunidad internacional por las continuas injusticias que se cometen en esta parte del mundo (dictaduras amparadas por potencias occidentales, violación de los derechos de las mujeres comenzando con Palestina, siguiendo con Irak –país laico destrozado prácticamente–, y con Líbano, la presión sobre Siria y teniendo a Irán bajo sospecha), no vamos por buen camino. Al contrario, vamos hacia una destrucción de todo lo que se haya podido conseguir, especialmente en cuestión de derechos humanos. Por lo visto, un Occidente prepotente, y en particular Estados Unidos con su vitola

militarista, creen que los problemas de nuestra región se arreglan a cañonazos, mejor dicho a puro bombardeo.

Este tema es muy debatido últimamente en Palestina, especialmente desde las últimas elecciones, que dieron como resultado un gobierno que no gustó para nada en Europa. Lo digo porque los palestinos han mirado con esperanza a Europa para resolver su conflicto y lo que nunca esperaron es el boicot de los resultados electorales y, sobre todo, la paralización de las ayudas a la población, lo que ha costado el desplome total de la economía en los territorios y una carencia de medios que nunca había pasado en todos los años de larga lucha. La amargura que ahora siente la población ante el aislamiento y desolación que esto ha ocasionado es tremenda, ya no confían prácticamente en nadie. Las promesas incumplidas y el apoyo que casi todos los países han dado a Israel, a pesar de los asesinatos selectivos e incursiones constantes en los pueblos árabes, la construcción de más asentamientos y el aumento de la política de represión en todos los territorios, ha sumido al pueblo palestino en la perplejidad. El pueblo no entiende el por qué, se pregunta desolado qué ha hecho mal, qué es lo que realmente está pasando.

Recientemente leí un artículo conmovedor de una chica palestina nacida en Estados Unidos y que vive allí, denunciando las condiciones de vida que hay en Gaza, a resultas del embargo. Algo que todos deberíamos leer y saber, algo que debería hacernos sentir vergüenza de nuestra propia incompetencia. Pero no es raro, yo he vivido mis primeros seis años en Gaza y sé cómo sienten y piensan estas personas, sé lo que ha cambiado su vida, la soledad en que se sienten, la vida se les va sin comprender qué está pasando. Las condiciones de vida que tiene la población, sin trabajo, sin futuro es una auténtica bomba de relojería que si no se pone límite puede hacer saltar hasta los cielos todo Oriente Medio. Hay que parar este genocidio, porque no sólo se llama genocidio a una matanza mecánica de miles de personas, sino también a una muerte lenta y dolorosa, sobre todo de la infancia. La escasez de medicinas, las dificultades para poder conseguir los medios para curarse es uno de los problemas más graves, ni siquiera el contrabando que tienen en Rafah, entrando ilegalmente

medicinas, puede paliar las necesidades que tienen allí. En Cisjordania es menor pero no menos peligroso.

Tras las últimas elecciones legales, en enero de 2006, el boicot europeo e israelí a todo el pueblo palestino confiscando los fondos de la AP para pagar a los casi 100.000 funcionarios, fue un golpe bajo que ha tenido consecuencias terribles. En el marco de las últimas negociaciones el gobierno israelí, descaradamente, le devolvió a la ANP parte de los impuestos que cobra para poder realizar algunos pagos de los salarios pendientes. Pero esto no ha impedido que la pobreza y enfermedades sean más críticas que nunca. Jamás en todos estos años desde que vivo aquí he visto una situación tan precaria y difícil como ahora.

Familias endeudadas y una emigración en los últimos tres años de más de 45.000 familias a USA, América Latina (Chile, Honduras, El Salvador etc...), e incluso a trabajar en algunos países árabes (países del Golfo, preferentemente). Lo que no logró la presión militar israelí lo ha logrado el hambre y la pobreza. Yo misma puedo incluirme, mi marido y yo estamos empujando a mis hijos para vivan en España y tengan una vida mejor y no sufran como nosotros aquí, sin hacer nada más que trabajar y sobrevivir a todo lo que quieran hacer con nosotros. Por primera vez me siento pesimista y triste, no lucho como antes, la desesperanza empieza a minar el optimismo.

Una se pregunta cómo la comunidad internacional puede permitir semejante despropósito; es una incógnita que ni yo misma soy capaz de explicar ni entender.

Ahora, gracias a estas y otras acciones, *Occidente* es visto como un enemigo del Islam. La cruzada personal que dirige el presidente actual de USA hacia los países musulmanes, es una tremenda equivocación. Apoya a los países más radicales del mundo, siendo Arabia Saudí y Pakistán los auténticos pilares de la cuna del terrorismo actual en el mundo. ¿Cómo entender este entramado? Simplemente debe ser por intereses económicos. Hay petróleo en Irak e Irán, gas en Afganistán y agua (el futuro oro) en Siria y Líbano. No tiene más explicación. El poder influir en la explotación de estos tres poderes garantiza el poder en la Tierra. Aunque con ello se eliminen vidas, se destrocen países y se cambien fronteras.

El apoyo incondicional de USA a Israel es un componente que ha dejado una huella de odio en los árabes y que será muy difícil de reparar. Una vez oí a una mujer estadounidense decir por qué nos odian. ¿Aún no conocen el por qué? Sólo tienen que mirar el resultado de su política internacional para poder entender el resentimiento que han creado, la falta de respeto a ese poderoso país es una de las consecuencias.

Influencia del conflicto en la mujer

En Palestina, como en todos los países del mundo que tienen un conflicto, la influencia de la violencia siempre revierte negativamente en la mujer. Aparte, no podemos ignorar que en los países más desarrollados todavía hay una fuerte lucha por lograr la absoluta libertad e igualdad en los derechos de la mujer. Por eso es aún más complicado en los países que sufren conflictos de guerra o tienen un nivel de subdesarrollo muy alto como los países africanos, y eso que he comprobado que en los países en desarrollo, sin la mujer, la sociedad estaría totalmente derrumbada.

La mujer como catalizador de fuerza y sacrificio siempre antepone su bienestar al de los suyos, sean cuales sean sus consecuencias. A pesar de todas las catástrofes, sean por mano del hombre o por la naturaleza, la mujer es la que ha sacado fuerzas y ha mantenido la entereza para salir adelante, con todo el sacrificio que eso conlleva y la inteligencia siempre presente en estas mujeres, que en su sociedad son menospreciadas, pero que sin ellas no sería nada. Hemos de cambiar las cosas, las fuerzas han de ser iguales y hemos de compartir problemas y sacar adelante a la familia u otros menesteres en igualdad.

Pero sigamos con nuestro tema sobre la mujer Palestina. La lucha por los derechos de la mujer en Palestina es una lucha paralela a la que se da en todas las naciones, pero aquí las cosas se diferencian en que ha quedado relegada ante la magnitud de los problemas que tiene todo el pueblo.

Lo que siempre he criticado es que en los conflictos o luchas de los pueblos las mujeres siempre tienen un papel preponderante en igualdad de condiciones que los hombres, unos y otros ama-

rran el hombro y se duplican para luchar juntos por la libertad del país. Pero cuando llega el momento de la verdad, cuando la paz da paso a crear unas leyes iguales y justas, ahí siempre el hombre retrasa las mejoras en las libertades para la mujer, ya no las necesitan como luchadoras, ahora las necesitan como madre y repobladora después de ver cómo la demografía es importante para recomponer un país. Eso siempre hace retroceder el proceso de modernización y conlleva una discriminación. Por lo tanto son relegadas a los puestos de madres, esposas, hijas, intentando convencerlas que ese papel es primordial y necesario; es verdad que es importante y necesario pero no como lo ven los hombres, sino como un modo de relegarlas a la condición que ellos quieren.

El mejor modo de explicar este proceso es explicar cómo yo he sido testigo de este medio retroceso por así llamarlo. Curiosamente, en otras cuestiones no ha sido así, aunque en Europa están empeñados en ver las cosas como en realidad no son. La mujer palestina tiene un papel imprescindible no sólo como mujer sino como luchadora para la mejora de sus propias libertades. Podemos nombrar a muchas mujeres que han tenido y siguen teniendo una influencia en las grandes decisiones, pero cuando más ha despegado este poder ha sido curiosamente en las elecciones tanto de Ayuntamientos como en las elecciones generales. Por primera vez en la historia de un país árabe, y con el condicionante añadido de ser un país ocupado, cuarenta mujeres han sido elegidas concejales, aparte de tres alcaldesas, entre ellas la de Ramallah, capital administrativa de Palestina. Esto es un paso que en Europa no ha sido mencionado, y yo me pregunto por qué. Siete mujeres han salido elegidas para el Parlamento palestino, lo que es un gran logro en un país tan conservador y con una tendencia cada día mayor al integrismo religioso, como reflejo del resto de países árabes. Cada ciudad, pueblo, aldea tiene una asociación de mujeres, sea del tipo que sea, agrícola, textil, reuniones para hablar de sus problemas. La Unión de Mujeres Palestinas es una de las organizaciones más poderosas en Palestina, que abarca desde apoyo legal a consejos administrativos para realizar negocios por mujeres. La UMP dirige más de 28 guarderías infantiles en todos los territorios. Esto puede dar una ligera idea de qué dimensiones tie-

nen las actividades de esta organización y su poder de convocatorias. En la UMP hay mujeres de todas las escalas sociales y de todas las ideologías, incluidas las más religiosas, que tienen elecciones cada cuatro años, siendo su presidenta actual la Sra. Maha Nassar, una mujer que pasó ocho años de cárcel en la época activa de la *Intifada* ligada a un partido político y luchadora incansable como tantas mujeres por los derechos de la mujer.

Ante la nueva situación de caos que atraviesa ahora la población, los temas de género se han ido posponiendo, pero no dejados en el olvido. La situación de emergencia del país ante el boicot de Europa a los palestinos por el resultado de las elecciones ha marcado ahora las posibles mejoras de las mujeres que iban consiguiendo a pequeños pasos. Esto ahora ha pasado a otro lugar, las mujeres son una fuente de mano de obra más fuerte, pero es una mano de obra negra, no está estadísticamente demostrada por ser unos trabajos duros, difíciles y poco remunerados. Pero están ahí. En la organización en la que trabajo, de 280 personas que trabajamos 166 somos mujeres, esto da una idea de la capacidad de empuje que tiene la mujer. Los demás trabajos a los que se dedican las mujeres son la limpieza, agricultura, industrias textiles pequeñas, enfermeras, médicos, ingenieros, abogados, farmacéuticas, etc. Esto da una idea de cómo cada vez es más cualificada y eficiente.

Hay un pequeño detalle que es importante resaltar. Hace unos años muchas mujeres por cuestiones de discriminación, y a veces económicas, eran relegadas a estudios superiores solamente y luego se casaban con 17 ó 18 años, en zonas rurales. Había novias de hasta 15 años, ante la situación tan difícil y falta de empleo de calidad, muchas que se casaron y viendo que no salían de la pobreza sin estar ellas preparadas han decidido acabar sus estudios universitarios. Ahora buscan trabajo bien remunerado. En nuestra organización hay ahora 7 mujeres que han solicitado ayuda para terminar sus estudios para tener mejoras salariales en el futuro y se les ha concedido. La organización considera una buena inversión apoyar a sus trabajadoras para mejorar la calidad de sus labores.

Aunque hay pocas empresas u organizaciones esperemos que esta línea de trabajo avance. Las familias, padres y maridos van comprendiendo que esto es mejor y revierte en el bienestar para

lograr un hogar con comodidades y sin escasez de las necesidades primordiales. También en campañas que se realizan gradualmente se está concienciando a las mujeres para que tengan menos hijos y éstos tengan más oportunidades de estudios. Antes, cuando eran muchos los hijos, siempre se sacrificaba la educación a las mujeres y a algunos de los hijos para que otros tuvieran un diplomado. Esto ha cambiado y ahora todos aspiran a conseguir un diploma y estudios superiores, incluidos magisterios y doctorados.

La otra cara de la moneda es la realidad de una sociedad cada día más violenta. Esto se ha podido comprobar de una manera más real al abrirse por primera vez un centro para protección de mujeres maltratadas, financiado por el gobierno italiano, que se ha inaugurado a finales del año 2006. Es el único de esta índole en todo Oriente Medio; puede dar protección a más de 35 mujeres y sus hijos si es necesario. Las personas que trabajan en este centro han podido comprobar algo que nunca se hubiera imaginado, por lo menos no de tanta magnitud, pero que está presente continuamente: la violencia y el maltrato a la mujer es gratuita e implacable. Es raro que se llegue al asesinato, porque intervienen varios componentes. Uno y el principal la familia, especialmente la de ella que la intenta convencer de que ella es desobediente y que él tiene razón si se le va la mano, porque está en su derecho. Cosa que estamos intentando cambiar haciéndolas ver que ningún hombre por muy padre, hermano o esposo que sea tiene derecho a ponerles la mano encima. Esto es difícil en la cultura musulmana. Es un escollo pero muy lentamente va calando una nueva conciencia. Tenemos que poner en la otra balanza la situación de violencia anexa que sufre la población, el paro de más de un 65 %, y otras situaciones han hecho que haya un problema que se muerde la cola. Ellos sufren violencia y represión y ellos la reproducen en sus hogares, no sólo con las esposas, también en muchos casos las madres e hijas. Pero por supuesto no es una excusa. Por lo tanto el problema está ahí. En una sociedad patriarcal y machista, una sociedad muy conservadora que va dando pasos lentos. Las mujeres por otro lado son muy fuertes y tienen un sentido de la responsabilidad muy acentuado; esto da como consecuencia que la columna vertebral de la sociedad palestina recaiga en ellas. Yo creo que

actualmente ellas dan lo más de sí mismas y mantienen a la familia. Trabajos esporádicos o fijos, la casa, varios hijos, cuidado de ancianos, aquí los mayores pasan al cuidado de los hijos, por lo tanto en la familia recae otra responsabilidad. La falta de apoyo a esta parte de la sociedad que cada día sufre más las consecuencias de la depresión es también importante, pues las mujeres son las que hacen de enfermeras, cuidadoras y protectoras de los ancianos.

Con todo esto deseo añadir que es tanto el peso de responsabilidad que tienen, que muchas están sufriendo enfermedades que llegan a la muerte. En el año 2007 hemos padecido una especie de plaga de muertes de mujeres bastante jóvenes -entre los 19 a los 50 años- de cáncer de pecho, cerviz, pulmón y tumores craneales o leucemias fulminantes. Es más, se han detectado unos casos misteriosos de los que aún no se saben las causas. A varias jóvenes menores de 20 años de una aldea próxima a Belén, les han detectado un cáncer de huesos raro y de difícil curación; es algo que está desbordando a los médicos. En las últimas campañas que hacemos en nuestra organización (HWC) se están realizando gratuitamente análisis como el del papa nicolau (detecta cáncer de cerviz) y en Hebrón donde tiene una estadística altísima según las últimas investigaciones, además de mamografías por este altísimo índice de mortalidad en la mujer que hay ahora en Palestina.

Aparte, hay mala nutrición por la mala alimentación que soporta la mujer y el trabajo duro que realiza. Anemias, enfermedades respiratorias, muchas mujeres en ciudades en las que hay incursiones israelíes donde los aviones tiran bombas de gas que ocasionan aborto instantáneo. Más de 40 mujeres han fallecido de parto en los controles o fronteras por no dejar pasar la ambulancia para ir al hospital más próximo. Este cúmulo de problemas, tanto de salud como psíquicos, está creando mucha inquietud y preocupación. La verdad es que todas las mujeres estamos cada vez más preocupadas del porqué de esta escalada tan sospechosa de muerte de mujeres jóvenes. Extrañamente mueren muchas de infarto de miocardio producido por las fuertes presiones a las que son sometidas en muchos casos por sus propias familias.

Existencia y resistencia: las luchas de las mujeres palestinas

Lidon Soriano¹

La primera Intifada hizo visibles a las mujeres palestinas. Los grandes medios de comunicación occidentales «descubrieron» a las mujeres palestinas: mujeres tirando piedras a los tanques, mujeres con la única y maravillosa fuerza de sus cuerpos, de sus almas, enfrentándose al quinto ejercito más poderoso y mejor armado del mundo, mujeres manifestándose por los derechos de su pueblo, largamente agredido, ignorado, humillado. En occidente las descubrimos en 1987, pero ellas llevaban varias décadas luchando, primero contra el colonialismo británico, después contra el proceso colonial y colonialista del movimiento sionista y su política de limpieza étnica.

Las mujeres palestinas imponen. Todo en ellas es superlativo, su dolor, su fuerza, su sufrimiento, su alegría, su rabia, su belleza, pero sobre todo, su dignidad. Mujeres con hijab, mujeres descubiertas, mujeres con pantalones, mujeres con faldas, mujeres estudiando, mujeres cocinando, mujeres abogadas, mujeres presas, mujeres bailando, mujeres debatiendo, mujeres doctoras, mujeres campesinas, mujeres pariendo hijos. Todas ellas con una particularidad: vivir bajo ocupación. Todas ellas con un objetivo común: resistir. Todas ellas resistiendo, con esa resistencia silenciosa, «de baja intensidad», la que no sale en los medios de comunicación,

¹ Profesora de Ciencias de la Educación Física y el Deporte de la Universidad Camilo José Cela en Madrid. Miembro de Komite Internazionalistak y coordinadora de las Brigadas a Palestina desde el año 2004

pero la que más daño hace. La resistencia que está basada en la mera existencia, la mera permanencia en esas tierras que les pertenece y que pretenden arrebatarles por la fuerza de las armas, contra la legislación internacional y con la connivencia y apoyo de los países occidentales y el mutismo y pasividad del resto del mundo.

Las mujeres palestinas imponen

Su expresividad te cautiva. Las oyes hablar, aumentando el tono a medida que van articulando su discurso. Las ves gesticular, las manos al cielo, las manos al pecho, las manos a la cara, los puños cerrados agitados al viento. No entiendes su idioma, pero tampoco hace falta, miras a tu alrededor, ruinas, destrucción, barbarie y enseguida comprendes sus palabras, su mensaje. Un mensaje de rabia, de dolor, pero a la vez de coraje y resistencia. Y sobre todo, dignidad. Cuando conoces el conflicto en primera persona empiezas a entender a esas mujeres que tanto sorprenden y que tanto llegas a admirar, cuando conoces su historia lo acabas de entender.

Históricamente las mujeres palestinas han constituido un eje central en la vida de una población acostumbrada a no tener Estado y por tanto a no tener unas estructuras que garanticen unos servicios sociales básicos. Las mujeres palestinas, en ese contexto, han sido las transmisoras de la cultura, las educadoras en valores, las aseguradoras de un sustento diario, las luchadoras por la supervivencia como familia, como clan, como grupo social, como pueblo.

La realidad de las mujeres palestinas es tan compleja como lo pueda ser la realidad de las mujeres de cualquier otra parte del mundo, probablemente sea su marco político lo que las diferencia de las demás, haciéndolas a todas luces especiales. Aunque las mujeres han estado discriminadas debido al sistema tradicional, tribal y patriarcal de la sociedad palestina, desde principios del siglo XX, en un contexto de organización social cuasi feudal, las mujeres palestinas comenzaron a organizarse creando grupos con fines diversos. Este asociacionismo se agudizó en 1922, con el

inicio del protectorado británico y el aumento de la inmigración sionista, incentivada tras la declaración Balfour. Algunas organizaciones se creaban con el objetivo de cubrir las necesidades básicas en el grupo social, en el poblado, en la comunidad, creando centros de beneficencia, de ayuda, de apoyo a los presos, guarderías. Otras se planteaban la lucha por el reconocimiento de los derechos de las mujeres. Estos grupos normalmente estaban conformados por mujeres de clase media y media-alta que habían tenido acceso a estudios superiores, en algunos casos realizados en el extranjero. Otras apoyaban los recientes movimientos de resistencia a la colonización británica en diferentes formas, recaudando fondos, pasando información, organizando protestas formales ante las autoridades británicas, promoviendo campañas de boicot a los productos británicos y buscando alternativas a dichos productos. Estos grupos estaban formados por mujeres pertenecientes a clases y contextos completamente diferentes.

Por un lado estaban las mujeres pertenecientes a la élite palestina, como Matiel Moghannam, líder feminista de un grupo protestante palestino que organizó protestas formales ante el Alto Comisionado Británico por la represión de los cuerpos de seguridad británicos tras las revueltas palestinas de 1929. Reseñar, que en ese mismo año tuvo lugar en Jerusalén el Primer Congreso de Mujeres Árabes Palestinas con la participación de más de 300 delegadas de todo el país. Lo que supone una clara muestra del nivel organizativo de las mujeres palestinas ya en aquella época. Por otro lado, en la lucha de apoyo a la resistencia palestina estaban también las mujeres campesinas, que sin constituir grupos organizados y habiendo estado alejadas de cualquier fuente de adoctrinamiento político, pronto comprendieron la situación de opresión, represión e injusticia a la que se estaba enfrentando su pueblo y decidieron tomar parte ayudando a los resistentes, dándoles cobijo, avisando de movimientos del ejército británico, sirviendo de enlace, cosiendo ropa, preparando víveres.

Al Naqba, «el desastre», es decir la creación del estado de Israel el 14 de mayo de 1948 marcó un antes y un después en la vida de la población palestina en general y de las mujeres en particular. Desde noviembre de 1947 a enero de 1949 aproximadamente 417

pueblos y aldeas de un total de 550 fueron total o parcialmente destruidas por los grupos armados sionistas, un 80% de la población palestina fue expulsada de sus casas, de sus tierras, perdiéndolo todo y convirtiéndose en refugiados y un 78% de la tierra palestina fue arrebatada por la fuerza de las armas. La activista y feminista palestina Reem Alnuweiri describió el impacto de la expulsión en las mujeres:

«La mujer palestina también se convirtió en refugiada y su misión crítica fue mantener intacta la identidad palestina. Ella tuvo que curar los dolores, reunificar las familias, asegurar la comida en la mesa junto a su compañero y, sobre todo, conservar la memoria».

«La guerra de los seis días» en junio de 1967 marcó otro punto de inflexión en la vida de los y las palestinas. Se destruyeron esos pequeños reductos de «libertad» frente al ocupante sionista: Cisjordania fue arrebatada a los jordanos y la franja de Gaza a los egipcios, toda Palestina cayó bajo el control sionista, bajo el control del Estado de Israel. La ocupación supuso un retroceso virulento en la calidad de vida y un menoscabo casi absoluto del reconocimiento de los derechos de la población ocupada, afectando con especial relevancia y crueldad a la vida de las mujeres. Tanto los británicos como los sionistas utilizaron las mismas estrategias de ocupación, de hecho podríamos decir que son estrategias universales, sólo que los israelíes las utilizaron y continúan utilizándolas en mayor medida y sofisticación y con, prácticamente, absoluta impunidad, a pesar de contravenir constantemente la IV Convención de Ginebra, los tratados de Derechos Humanos y las Resoluciones de Naciones Unidas.

Los castigos colectivos aplicados por Israel contra la población civil, violan el Derecho Internacional y se consideran por tanto crímenes de guerra. Estas formas de represalia afectan indudablemente la vida de toda la población a todos los niveles, de hecho según el Banco Mundial, 2006 ha sido el peor año para la economía palestina. Las mujeres, debido a su posición social y la generalizada forma de vida tradicional palestina, los sufren especialmente.

Los checkpoints o puntos de control militares

En ellos la principal arma del ejército no son los M16, ni las granadas de mano, ni siquiera los tanques Merkava, la principal arma del ejército israelí es la humillación. Así mismo, el principal objetivo no es garantizar la seguridad del estado de Israel, su principal objetivo es la paralización y el bloqueo de la vida diaria de la población palestina. Según datos de la ONU en la actualidad existen 546 obstáculos a la movilidad, de ellos 68 son checkpoints fijos y 160 móviles, lo que nos puede hacer una idea de la dificultad o imposibilidad de movimiento que sufre la población palestina. En ellos, al impedir los soldados el paso de las ambulancias, han muerto más de un centenar de mujeres, la mayoría desangradas, así como una treintena de bebés, por problemas relacionados con el parto o por obligarlas a parir en el coche o en el suelo del punto de control.

Cuando al principio de la II Intifada, en algunos puntos de control comenzaron a obligar a las mujeres a levantarse la ropa para «comprobar» que no llevaban cinturones bomba, muchas mujeres por decisión propia o de sus familias, decidieron no atravesar ningún checkpoint para no sufrir semejante vejación por parte de las fuerzas de ocupación. Esto se tradujo en un enclaustramiento permanente en la ciudad, el pueblo o el barrio. Y ello, a la vez, supuso para muchas mujeres, entre otras cosas, perder el empleo que tenían en la localidad vecina y a la que acudían atravesando un checkpoint, o la paralización de los estudios, pues la mayoría de mujeres de los pueblos tienen que pasar todos los días varios controles militares para ir a las grandes ciudades como Nablus o Ramallah y acudir a la universidad.

Todas estas mujeres perdieron el contacto con un mundo diverso y fueron obligadas por las sibilinas estrategias de la ocupación, que aprovechan, y con estas medidas refuerzan, los tradicionales códigos de familia, a recluirse en un ámbito estrictamente familiar y vecinal, cortando sus posibilidades de progresión, educación, relación social y desarrollo personal.

La destrucción de casas

Esta medida supone para las mujeres la destrucción, no sólo del hogar, sino la destrucción de su realidad más inmediata, más íntima, de su armazón protector. Esa pérdida les hace sentir más vulnerables y les hace cargar con la sensación (una realidad de hecho) de que no pueden proteger a su familia, de que nada pueden hacer por proteger a sus hijos e hijas. Y lo peor de todo, es que los hijos e hijas sienten lo mismo. Sienten una indefensión y una falta de seguridad total y absolutamente aterradora. No existe ese regazo en el que de niña sientes que nada malo te puede ocurrir, no existe ese espacio seguro bajo tu cama en el que cobijarte. La ocupación, destruyendo tu casa, te lo arrebató todo. Y este doble sentimiento de los progenitores y de los hijos resulta, a todas luces, terrible e increíblemente cruel y desolador.

Según el Centro de Derechos Humanos de Gaza desde septiembre de 2000 el ejército israelí ha destruido parcial o totalmente unas 4.150 casas, dejando a miles de personas sin hogar.

El encarcelamiento

La posibilidad de encarcelamiento y el conocimiento de las prácticas brutales e ilegales de las fuerzas de ocupación sobre la población palestina durante los interrogatorios y posterior condena, con vejaciones sexuales, abusos, violaciones, a veces incluso delante de los hombres de la familia, llevó a muchas mujeres a no relacionarse con actividad política alguna e incluso a alejarse de actividades sociales organizadas por determinados grupos y partidos políticos, aunque éstas fueran completamente apolíticas, restringiendo su movilidad y sus relaciones dentro de la sociedad. Según la asociación de presos Addameer en la actualidad hay en las cárceles israelíes 9.477 presos, incluyendo 122 mujeres (una de ellas fue obligada a parir dentro de la celda y esposada al parto) y 342 niños y niñas de entre 18 a 12 años de edad, 850 se encuentran bajo arresto administrativo, sin cargos, ni juicio. Todos ellos, sin atención médica, alimentación insuficiente y sometidos todo tipo de malos tratos y vejaciones.

Los arrestos colectivos

Normalmente este tipo de medidas son ejercidas sobre los hombres de entre 16 y 45 años. Junto a los asesinatos selectivos o indiscriminados de palestinos por parte del ejército israelí (más de 4.000 en los últimos 6 años) estas estrategias han convertido a las mujeres en «cabezas de familia» de forma repentina y en un ambiente realmente difícil, de ocupación militar más involución social debido a las propias condiciones que provoca la ocupación. En otros casos, sobre todo en la década de los 50 y 60, las mujeres palestinas se encontraron en situación de cabeza de familia porque muchos hombres tuvieron que emigrar a otros países para poder trabajar y así mantener la economía familiar. En todos estos casos, las mujeres, una gran mayoría de ellas sin trabajo remunerado, tienen que sacar adelante a familias nucleares de unos 5,8 miembros de media, siendo ésta superior en la franja de Gaza. Habitualmente esto les lleva a depender de la gran familia del marido, en la que pasan a ocupar un papel de doble servidumbre, para su propia familia nuclear y para la familia del marido. En el supuesto de que la mujer mantenga su trabajo su carga es tremenda, debiendo compatibilizar su ingente carga familiar con su ocupación laboral en un contexto de ocupación inhumana.

La situación de discriminación social de las mujeres debido al sistema tradicional y patriarcal palestino, habiendo sido una de las menos generalizadas y estrictas dentro del mundo árabe, ha aumentado significativamente en los últimos años, debido al recrudecimiento de la ocupación israelí durante la segunda Intifada. En este periodo, se ha producido una involución social de considerable magnitud y la comunidad ha ido cerrándose en sí misma, agudizando una inercia que en los últimos años ha fomentado actitudes proteccionistas y está devolviendo a las mujeres a un contexto tradicional y tribal del que muchas ya se habían liberado.

Esta situación hace que las mujeres tengan que doblar y redoblar sus esfuerzos para poder luchar por sus derechos en un sistema tradicional, patriarcal y de ocupación. Aunque estas tremendas dificultades han hecho que algunas mujeres decidan no involucrarse en temas sociales y políticos, otras muchas conti-

núan trabajando y en su diversidad y en su complejidad han entendido la lucha feminista de diferentes formas. Sin embargo, entre esa diversidad existe un denominador común: la lucha por la liberación nacional.

Issam Abdul Hadi, histórica líder de los movimientos de las mujeres en Palestina afirma que: «La mujer palestina debe continuar su lucha por sus derechos políticos y sociales, venciendo los obstáculos que tienen frente a ellas, el más serio de los cuales es la ocupación de su tierra»

La Doctora Ghada Hashem Talhami acuñó el término de «feminismo nacional», definiéndolo como un movimiento que se centra no tanto en los conflictos de género o de clase, sino en los conflictos de las mujeres y las condiciones de opresión, debidas principalmente a la ocupación israelí. Es decir, la Dra. Ghada explica que el movimiento feminista en Palestina sólo puede entenderse en el contexto de la lucha de liberación nacional.

Las mujeres palestinas de las organizaciones de izquierda explican que sus luchas son varias, contra el patriarcado y sus tradiciones, contra la intromisión de la religión en la esencia del Estado y contra la ocupación. Aunque, obviamente, lo ideal sería llevarlas a un mismo nivel la realidad obliga a establecer prioridades.

La Dra. Ismat, presidenta del Comité de Mujeres Palestinas de Nablus reflexiona en voz alta cuando con una mezcla de dolor y fuerza dice: «Cuando han encarcelado a tu marido, te han matado a un hijo, han destruido la casa de tus vecinas, no puedes pensar, ni actuar en clave feminista, no puedes anteponer las exigencias sociales a las nacionales».

Paradójicamente, este contexto tan brutal que supone la ocupación también ha permitido a las mujeres ocupar espacios que antes les estaban restringidos o vetados, como espacios políticos o cargos públicos. De hecho, en el periodo comprendido entre 1992 y 2003 las mujeres con cargos profesionales y técnicos, supusieron en Gaza y Cisjordania un 34 % del total de la población y las mujeres legisladoras, altas funcionarias y directivas un 12 % de la población que ocupaba ese tipo de puestos.

Esta situación, también en momentos concretos, ha propiciado la participación de las mujeres en acciones de calle o incluso en la

lucha armada. Maha Nassar lo expresa claramente de la siguiente forma: «La mujer palestina ha conseguido muchas conquistas gracias a la Intifada. Participar en la Intifada nos ha abierto un montón de espacios». «Desde fuera puede parecer que la Intifada es cosa de hombres, pero las mujeres siempre hemos formado parte de ella: organizando comités de socorro, visitando las áreas bajo asedio, rompiendo los toques de queda para abastecer a la gente de alimentos y medicinas, protagonizando manifestaciones en los puntos de control militares..., pero allá nunca han estado los medios de comunicación. Ésta era la forma tradicional de confrontar la ocupación y ahora tenemos también la lucha armada.»

Las mujeres de Hamas y otros grupos islamistas también tienen potentes organizaciones de mujeres que luchan por la liberación nacional desde las diferentes perspectivas del feminismo islámico y del rol que el Islam les concede en la sociedad. En general, no buscan la igualdad con los hombres, ni su equiparación, buscan los derechos que les corresponden desde la complementariedad que establece el Coran y a través de esa concepción y en esa coyuntura llevan a cabo su participación en la lucha.

Algunos de estos grupos defienden que el Coran no justifica el patriarcado sino que han sido precisamente las interpretaciones del libro sagrado que han hecho los hombres, las que han dado como resultado la estructura patriarcal de muchas de las sociedades musulmanas y por tanto luchan por cambiar esas interpretaciones y poder conseguir en el contexto del Islam la igualdad de derechos.

Mujeres e inmolación

Tras estas pinceladas sobre las luchas de las mujeres en Palestina, me gustaría centrar este artículo en un tema tan conflictivo, como delicado: Las mujeres y la inmolación.

Soy consciente de los problemas que puede acarrear tratar este tema, sin embargo mi objetivo no es herir ninguna sensibilidad, ni provocar susceptibilidades sino, sencillamente, aportar otra perspectiva para, comprendiendo la situación, finalmente encontrar el mejor camino para la construcción de un futuro en paz.

Sinceramente, creo que éste es un tema harto significativo y que su estudio, análisis y reflexión nos puede llevar a entender las verdaderas dimensiones del conflicto israelo-palestino, la balanza de fuerzas entre las dos partes en conflicto y los comportamientos y actitudes resultantes de esa relación. Este conocimiento es la base necesaria para afrontar la situación y encontrar ese anhelado camino para la paz, que debe estar basado, indiscutiblemente en una solución justa que se ciña al criterio de la legalidad internacional.

Despojándonos de muchas ideas preconcebidas y muchos prejuicios, nos encontramos con que la inmolación de una mujer supone la contraposición, la confrontación de dos simbologías: las mujeres como fuente de vida y la inmolación como acto de muerte. ¿Cómo puede darse esta conjunción? ¿Qué puede llevar a una mujer a inmolarse? Con mis reflexiones y experiencias espero aportar alguna luz, por pequeña que sea, a tan importante cuestión.

Desde occidente la feminista Andrea Dworkin afirmaba en un artículo publicado en 2002: «Las bombas humanas suicidas son una reacción a la violación y a la violencia sexual que las mujeres han sufrido en una sociedad que odia a la mujer».

Desde Oriente, Leila Khaled, militante y ex combatiente del Frente Popular para la Liberación de Palestina escribe: «No hay bombas humanas suicidas sino que hay luchadoras por la libertad»

La diferente percepción de un mismo hecho, es claramente abismal y creo que representa fielmente la diferencia entre dos realidades, mostrando a un occidente intelectual, teórico, acomodado y prepotente, que acostumbrado a estar en posesión de la verdad absoluta, incluso en materia de moral y ética, valora y se atreve a enjuiciar con unas claves, a todas luces descontextualizadas y por tanto inapropiadas y erróneas, acciones y actos que suceden en lugares lejanos, con culturas y circunstancias en ocasiones muy diferentes a las nuestras, y tan terribles que ni siquiera las podemos llegar a imaginar.

Cuando escuché en las noticias que una mujer se había inmolado en un mercado de la calle Jaffa de Jerusalén, no lo podía creer. ¡Una mujer!, ¡las creadoras de vida!, ¡las protectoras!, ¡las prácticas!, ¡las sumisas!, ¡las dóciles! ¡las luchadoras ante cualquier adversidad! No lo podía entender. Estaba anonadada. Y como

yo, creo que todo el mundo. Como dijo Maha Nasser: «El hecho de que una mujer se inmole en Palestina, es una bofetada en la cara del mundo árabe, es como decirles: las mujeres están dando la cara por la liberación de Palestina mientras vosotros miráis desde casa.»

Recuerdo la primera vez que en 2002 vi en Belén la foto de esa primera mujer: Wafa Idris. Tenía unos ojos grandes, claros, llenos de vida, una tez clara, unas facciones suaves, redondeadas que le conferían un aire angelical. Miraba su retrato intentado entender qué le había llevado a hacer semejante acto, habría sufrido una enajenación mental transitoria, le habrían convencido por medio algún fundamentalista religioso,...

Pensaba y pensaba, mientras miraba su dulce cara enmarcada en un pañuelo azul celeste, pero no podía comprender con mis claves occidentales basadas en teorías y experiencias incruentas, qué podría haber llevado a Wafa a inmolarsse.

Fui indagando sobre su vida y cuantas más cosas averiguaba de Wafa, menos entendía. Wafa tenía 27 años y vivía en el campo de refugiados de Al-Am'ari, cerca de Ramallah. Estaba casada y separada por no haber podido tener descendencia. Colaboraba como voluntaria en la Media Luna Roja (el Creciente Rojo) y había estudiado enfermería. Pertenecía a una clase social media, y no era especialmente religiosa, de hecho, aunque en la foto que vi llevaba el hijab, según me dijeron posteriormente no solía llevar la cabeza cubierta. Militaba o simpatizaba con el partido Al Fatah (centro-derecha) en el que también militaba su hermano Khalil, quien, por esa razón, estuvo preso durante ocho años, tiempo en el que Wafa cada vez que pudo fue a visitarle. La misma Wafa había sido herida en varias ocasiones por el ejército israelí cuando estaba atendiendo a gente herida durante las incursiones militares.

Aunque gente cercana afirma que su divorcio le marcó, su familia asegura que su carácter comenzó realmente a cambiar durante el primer año de la segunda Intifada. En esas fechas Wafa acudió a diferentes escenarios, escenarios macabros, en donde tuvo que atender a mujeres que se desangraban en la ambulancia después de parir porque los soldados no les permitían pasar el checkpoint, a ancianos a los que se había disparado en los pies

para hacerles mas difícil su ya costosa marcha y que no pudieran huir de los tanques y los helicópteros apache. Recogió cuerpos de hombres sin las extremidades y un niño de apenas tres años de edad murió en sus brazos con un tiro en la cabeza que le había reventado el cerebro.

Desesperanza. Ésa es la palabra, ésa es la causa. La inmola-ción no puede valorarse con unas claves occidentales, es total y absolutamente imposible. La inmola-ción sólo puede valorarse en un determinado contexto y con unas determinadas circunstancias y hasta que no las conoces, y hasta que no las vives y las compartes con sus verdaderos y únicos actores principales, en este caso el pueblo palestino, no puedes, no voy a decir justificarlo, ni siquiera, entenderlo. Cuando descubres ese contexto, cuando vives esas circunstancias, cuando conoces a los actores y actrices de esa película en la que nunca quisieron participar y en la que siendo las víctimas se les viste de culpables, lo empiezas a entender.

Supongo que un acto de semejante calibre debe responder a una necesidad perentoria, urgente, vital de hacer algo ante tanta injusticia injustificable, de aportar tu pequeño granito de arena a la lucha por la liberación de tu pueblo. Tiene que ser un sentimiento de impotencia absoluto y total, una sensación de que te han arrebatado todo: la sonrisa, las lágrimas, las ganas de luchar, la fuerza para vivir, la esperanza.

Y cuando se pierde la esperanza, se pierde todo. Tiene que ser un vacío tan grande, un dolor tan inexpresable y una necesidad de luchar tan ilimitada que finalmente te conduce a ese camino de no retorno, te conduce a dar tu propia vida por la causa de liberación nacional, te lleva a luchar con lo único que posees y todavía no te han arrebatado: tu cuerpo.

En occidente podemos entender e incluso justificar un suicidio. También se puede entender e incluso justificar la eutanasia. Morir matando, cuando se lleva a cabo en un contexto de guerra y con unas determinadas armas también se comprende. Si además esas masacres se llevan a cabo con misiles teledirigidos, con aviones sin pilotos, creando guerras que se convierten en un espectáculo de luces y colores en nuestras pantallas del televisor, unas guerras sin sangre, ni vísceras, todavía resulta más aséptico y por

tanto más tolerable. Pero cuando una mujer palestina decide inmolarse, en vez de entenderse como una falta total y absoluta de medios para la lucha, unida a una desesperación rotunda y fatal, en vez de entenderse como una llamada al mundo de que algo va terriblemente mal, se entiende como un acto de barbarie y fundamentalismo, sin más reflexión y sin el menor atisbo de posible autocrítica o probable responsabilidad.

Por muy duro que esto pueda resultar para nuestras conciencias occidentales, tras varios años compartiendo experiencias con hombres y mujeres palestinas, experiencias de alegría, de dolor, cotidianas, extraordinarias, terribles, he llegado a entender la inmolación de una mujer en Palestina, como un acto de solidaridad para con su pueblo, se podría concebir, incluso, como la más dramática expresión de generosidad y amor: «Doy lo único que tengo, lo único que me habéis dejado y con ello, luchó». Wafa se dedicaba a salvar vidas, ésa fue su elección profesional y a ello se habría dedicado si no hubiera tenido que vivir todas las terribles experiencias de una vida bajo ocupación con ataques permanentes y desproporcionados contra población civil. Wafa como enfermera, eligió cuidar enfermos, salvar vidas, curar heridas, sin embargo el mundo, la inoperancia de los organismos internacionales, la connivencia de los gobiernos occidentales, por supuesto, las políticas israelo-norteamericanas, pero también nosotros y nosotras, la pasividad de las personas, de las buenas gentes, nuestra indolencia, la llevó a cometer un acto tan terrible y condenable como difícil de entender.

Estoy segura de que en otras condiciones, incluso de conflicto armado, pero con un mínimo equilibrio entre los contendientes y un mínimo de justicia, la inmolación nunca hubiera sido la elección de Wafa, pero no le dejaron, no le dejamos otra salida. Ella, al menos, así lo sintió.

Kamikaze

«Setenta huríes esperan en el cielo musulmán
para hacer las delicias de los hombres.

¿Cuántos hombres vírgenes esperan a una mujer?

Wafa no piensa en eso, no lleva velo.

... Wafa no es una iluminada,
sólo un rayo de sol para ancianos y enfermos
en AL Amari, el campo de refugiados;
bajo la Media Luna Roja
ha sido testigo en Jenin, en Nablus, en Ramallah de lo peor:...
... Wafa le ha hecho transfusiones y preguntas al sol.
Los espejos pronuncian la palabra: shahida.
Flores sacrificadas.
Asqueada por la indiferencia del mundo
Wafa Idris se desespera
Y coloca en su frente la corona de espinas,
Un bebe de fuego sobre su vientre.
Una muchacha de cabellos rojos,
ojos claros y un cinto de explosivos
entra en la calle Jaffa
(ella que amaba tanto la vida).»

Extractos de un poema de Ángel Petisme del libro «Insomnio de Ramallah»

El 23 de noviembre de 2006 escuché que otra mujer se había inmolado, me volví a sorprender, no porque no entendiera sus posibles motivaciones, ahora ya las entiendo, sino por las características de esa mujer: Fátima Omar Mahmud era una mujer de 57 años, madre de nueve hijos y abuela de cuarenta y un nietos, una verdadera creadora de vida, que había decidido acabar con la suya propia. La razón, una vez más: la desesperación, la impotencia, la solidaridad. La impotencia ante la barbarie israelí y la necesidad de hacer algo, de no quedarse con los brazos cruzados. Fátima se inmoló como respuesta al brutal bombardeo de una casa ocupada exclusivamente por civiles palestinos en Beit Hanoun, nordeste de Gaza, llevada a cabo por el ejército israelí el 8 de noviembre de 2006. En dicho ataque 19 personas resultaron asesinadas, 17 pertenecían a la misma familia.

¿Podemos hacernos una idea del dolor que eso debe suponer? No, definitivamente no. Una vez más, no podemos ni imaginarlo. Fátima no tuvo que imaginarlo, lo había vivido ya demasiadas

veces. Ésa fue la gota que colmó el vaso, por eso, fue la última. Se adhirió unos explosivos a su cuerpo y se acercó a un punto de control militar israelí cercano al campo de refugiados de Jabalia, una de las zonas de mayor densidad poblacional del planeta que está siendo obligada a vivir en condiciones de extrema pobreza (según UNRWA un 70% de la población vive bajo el umbral de la pobreza).

Como si sólo quisiera gritarle al mundo su dolor cual mujer clamando al cielo en el Guernica de Picasso, como si sólo quisiera expresar su rabia, su indignación por tanta injusticia, Fátima accionó el detonador lejos de los soldados, como si ni siquiera quisiera hacerles daño, de hecho sólo tres sufrieron heridas leves.

Nosotras, en occidente, no podemos entenderlo, pero ellas lo saben bien, Fátima sabía perfectamente que hay situaciones peores que la muerte y que hay condiciones de vida, en que no merece la pena vivir. Fátima accionó su cinturón como una forma de demostrar su solidaridad, su fuerza, su amor y su dignidad.

Dignidad, esa palabra tantas veces utilizada y muy a menudo tan a la ligera y de forma tan banal: «Llevaba el vestido con porte y dignidad». El pueblo palestino me enseñó el sentido de la palabra dignidad y especialmente sus mujeres, mujeres fuertes, mujeres de tierra y fuego, mujeres que resisten, mujeres que luchan de muchas formas, mujeres que con su mirada nos dicen que por lo menos tengamos la decencia de no enjuiciarlas y condenarlas, porque ellas son las legítimas dueñas de su tierra y ellas seguirán legítimamente luchando por ella.

Epílogo

Me gustaría acabar este artículo que pretende ser un sincero homenaje a las mujeres palestinas, mujeres llenas de coraje, amor y dignidad, haciendo mías las palabras de Sahar Califa, escritora feminista palestina que ostenta el orgullo de ser la escritora más traducida después de Mahmoud Darwish. Ella dice que: «la lucha de la mujer forma parte integral de la revolución palestina, que se inscribe en el marco de la revolución mundial por la justicia, la paz y la estabilidad.»

Las mujeres en el mundo son las luchadoras más pertinaces y eficientes, son las vencedoras de esas pequeñas batallas que representan las actividades y problemas cotidianos. Son las mejores administradoras, las más equitativas, las más luchadoras y particularmente las mujeres palestinas, por la terrible situación de ocupación ilegal que sufren a manos del Estado de Israel, desde hace exactamente 40 años en la Franja de Gaza y Cisjordania y 60 años en el resto de la Palestina histórica, son mujeres que tienen todo mi respeto y admiración, por ser como son y por tener la capacidad inenarrable e inexplicable de sacar vida de la muerte y paz de la guerra.

Estoy plenamente convencida de que tan sólo con un conocimiento exhaustivo y documentado de la historia del conflicto, con un análisis preciso y confrontado de los hechos acaecidos durante este último siglo, así como desde la comprensión de la relación entre las políticas locales y las regionales aplicadas desde el poder globalizador neoliberal, la sociedad civil puede presionar y obligar a los diferentes gobiernos a construir en Palestina, con voluntad y valentía, un contexto sin ocupación, basado en la justicia, en donde todas las personas independientemente de su sexo, etnia o credo puedan convivir sobre la misma tierra.

En este contexto, las mujeres palestinas olvidando su lucha por la mera supervivencia, podrán hacer su lucha, su revolución, trabajando por la abolición del sistema patriarcal al ritmo y de la forma que ellas consideren oportuno, alcanzando la consideración de ciudadanas plenas, dejando de ser instrumentalizadas por el poder masculino, que en algunos casos ha intentado mantenerlas encerradas bajo el pretexto de la tradición y la religión.

Las mujeres palestinas liberadas del yugo de la ocupación podrán desarrollar las capacidades que tenemos las mujeres para transformar las prácticas y relaciones de género para hacerlas más igualitarias. Podrán, en definitiva, centrarse en la búsqueda de un sistema social con igualdad de derechos para todas las personas, creando una sociedad donde la ternura sea la principal arma y la paz el único objetivo.

Mujeres de palestina

Teresa Aranguren¹

Ramalla, noviembre de 2000.

Creo que nadie se dio cuenta de donde salió aquella mujer porque todos manteníamos la vista fija, obsesivamente fija, en los tres cuerpos tendidos en la calle, tan próximos e inalcanzables como próxima e inalcanzable era su muerte aplazada.

La mujer surgió, de pronto, caminando por el centro de la calzada directamente hacia los soldados, o más exactamente hacia la barrera que formaban los vehículos militares desde donde disparaban los soldados. Y creo que se hizo un silencio, al menos yo lo recuerdo así, un larguísimo momento de silencio, mientras la veíamos avanzar mirando al frente, como si el tiempo se hubiera detenido y no hubiera nadie más en el mundo excepto aquella mujer, sola, caminando hacia las balas.

Todo había empezado de la forma habitual, casi como un ritual inevitable. En la avenida que va desde el centro de la ciudad hacia la Mukata había neumáticos ardiendo a modo de barricadas, los vehículos del ejército israelí estaban a unos cien metros, cerrando el paso; nada especial, nada digno de ocupar un titular de prensa, tan solo el cotidiano sinvivir de la ocupación. Había grupos de jóvenes parapetados en las esquinas de las bocacalles y tras las vallas de los jardines, hay muchas casas con jardín en esa zona, otros adosaban su cuerpo a los muros de los edificios como si quisieran fundirse en ellos y borrar su silueta del punto de mira del fusil del tirador. Eran los momentos del «va a pasar algo»,

¹ Periodista y escritora

dicho, musitado o simplemente pensado por todos los presentes en la escena como se piensa, se musita o se dice: parece que va a llover. Y al poco llueve.

Hubo los primeros saltos de jóvenes, con el brazo en alto haciendo ondear la piedra, hasta el centro de la avenida; después los botes de gas, el humo velando la escena, las toses, el griterío, las carreras... y los primeros disparos y los primeros heridos. Ese día quedaron tres chicos tendidos boca arriba en medio de la calle, uno parecía muerto, su cabeza pendía hacia un lado en un giro imposible como de muñeco roto, los otros dos se movían o más bien trataban de moverse, porque en cuanto uno de ellos intentaba arrastrar su cuerpo buscando el amparo de un socavón, un promontorio, un poste de la luz, una caja de cartón, cualquier elevación o hendidura que crease la ilusión de un refugio, arreciaban los disparos.

Eran, recuerdo haberlo pensado, como insectos que una mano indiferente hubiera inmovilizado, condenándolos a agitar sus patitas al aire inútilmente.

Cada vez que la ambulancia, que había llegado al poco de empezar el tiroteo, trataba de acercarse a los heridos, una descarga cerrada de disparos la hacía volver atrás. En la atroz normalidad de la ocupación, aquella escena no tenía nada de extraordinario: disparar a las ambulancias, impedir la recogida de los heridos, son prácticas «ordinarias» del ejército israelí en los territorios ocupados.

Pero lo extraordinario, en otra acepción de la palabra extraordinario, sucede a veces, discretamente, casi diría que humildemente. Como sucedió ese día.

La mujer llevaba un abrigo de paño hasta media pierna y un bolso de cuero marrón colgando del brazo, aparentaba unos cincuenta años, tenía el aspecto de un ama de casa, urbana y de clase media. Caminaba erguida, sin mirar a los lados ni al suelo, y en ningún momento temimos que pudiera tropezar o tambalearse, como si un hilo invisible tirase de ella hacia delante.

Cuando llegó a la altura de los heridos, los soldados dispararon de nuevo, el impacto de los proyectiles en el asfalto levantó un polvillo gris en torno a sus piernas, pero la mujer no se inmutó, no hizo ningún gesto, ningún movimiento involuntario para prote-

gerse sacudió su figura, ni siquiera se paró a mirar los cuerpos tendidos, siguió andando hasta rebasarlos, dio unos pasos más y, de pronto, se detuvo, abrió los brazos, y se plantó allí en medio, con los brazos en cruz y el bolso colgando.

No sé cuanto tiempo duró aquello: cinco minutos, diez... sé que duró una eternidad. Hasta que llegó la ambulancia y se llevó a los chicos. Y los soldados esta vez no dispararon.

Jenín, abril de 2002.

El centro del campo de refugiados de Jenín era un inmenso solar por el que deambulaba gente de expresión alucinada.

La operación que el gobierno israelí denominó «escudo defensivo» había durado tres semanas y durante ese tiempo las localidades de Cisjordania habían sido ocupadas por el ejército y aisladas del mundo, ni cuerpo diplomático, ni organizaciones humanitarias, ni Naciones Unidas, ni periodistas, ni cámaras, nada ni nadie podía acceder a ellas.

Durante ese tiempo, los habitantes del campo de refugiados de Jenín, aquellos que tuvieron la suerte de que sus viviendas no figurasen en la lista de las que había que destruir, habían permanecido encerrados en sus casas, sin luz, sin agua, sin suministros, escuchando el estruendo de las explosiones, el paso de los tanques, los disparos, los gritos de los heridos que se desangraban en las calles y el ominoso sonido de las excavadoras del ejército haciendo su trabajo de limpieza. Más de cien edificios habían sido arrasados. A ras de tierra.

Hacía unas horas que el ejército israelí se había retirado del campo de refugiados. Tras tres semanas de agonía, la población salía de su encierro y comprobaba la magnitud de la destrucción. No quedaba nada. Donde había habido casas, tiendas, calles, una escuela con un patio y una higuera en el centro del patio, donde había habido un barrio, un espacio de vida, ahora había un inmenso solar de tierra allanada; en torno a ese solar, los edificios que aún quedaban en pie mostraban los boquetes que los proyectiles habían abierto en sus muros; la mayoría, sin fachada, exponía al aire la intimidad de las habitaciones: una cama cubierta con una

colcha de flores y dos mesillas muy coquetas a los lados, en la pared del fondo el cuadro de un paisaje bucólico con ciervos bebiendo en un lago azul... y al frente el vacío. El desastre produce escenarios surrealistas.

Había ancianos que caminaban entre los escombros apoyándose en su cachaba con la mirada fija en el aire como buscando en el aire un punto de referencia, la señal que indicase el lugar donde acostumbraban a sentarse con sus vecinos o el cafetín donde se reunían a tomar el té, o la casa del amigo, o del hijo, o del nieto, y hombres adultos que permanecían sentados frente al espacio vacío que ocupó su casa con la cabeza entre las manos y los ojos clavados en el suelo, y mujeres con niños aferrados a sus faldas que rebuscaban entre el polvo hasta dar con un taburete, una bandeja milagrosamente intacta, un trozo de tela, una taza, cualquier objeto aún utilizable, cualquier punto de arranque para recomponer la vida.

No se oían gritos, ni lamentos. Todo ocurría en silencio y como a cámara lenta.

Hasta los periodistas, los pocos periodistas que habíamos conseguido llegar, nos movíamos en silencio porque de algún modo sentíamos que las palabras, el sonido de nuestras voces, resultaría obsceno en aquel escenario devastado.

Un grupo de gente, con pañuelos cubriéndoles la boca, escarbaba la tierra con las manos. Y de bajo la tierra iban surgiendo los objetos de la cotidianidad rota: una cacerola, un cucharón de madera, un cuaderno escolar, un atijo de ropa, una sartén, una foto enmarcada... un cadáver. Más de veinte cadáveres vimos desenterrar con las manos desnudas, esa mañana.

Hacía calor y el aire traía a veces el hedor de la muerte.

Sentadas en el suelo ¿en qué otro lugar podrían haber estado si no había más que suelo?, tres mujeres y varios niños formaban una especie de corro como si se hubieren reunido para una comida campestre, me fijé en ellas porque de algún modo habían conseguido delimitar un espacio común y propio, un círculo familiar en medio de la nada. Pasamos junto a ellas, sofocados y sudorosos y una de las mujeres nos hizo un gesto de saludo con la mano al tiempo que miró a uno de los niños que se levantó y echó a

correr. A los pocos minutos reapareció con una botella de plástico mediada de agua en la mano.

No creo que tuvieran otras botellas de agua, los convoyes de ayuda humanitaria aún no habían podido llegar; antes de irse los soldados habían bloqueado con muros de tierra y bloques de cemento todos los accesos por carretera al campamento.

El niño entregó la botella a la mujer y ella nos invitó a acercarnos.

«Salam aleikum» dijo la mujer y nos ofreció el agua.

La hospitalidad no es una cuestión de buenos modales. Es un modo de ser. Una señal de identidad. Por eso sé que ese gesto de esa mujer palestina en ese momento, en ese lugar, no era un acto de cortesía sino de afirmación.

Aquí estoy, decía el gesto de la mujer al ofrecernos la botella mediada de agua, aquí estoy, soy una mujer árabe y no consentiré que unos forasteros pasen por mi lado sin ofrecerles nada, aquí estoy, soy una mujer árabe, han destruido mi casa y sé que podrán destruirla de nuevo, pero no me han destruido, aquí estoy, soy una mujer árabe y aún soy la anfitriona de la tierra donde estuvo mi casa.

Carretera de Kalkilia, octubre de 2003.

Era inevitable fijarse en ella porque era joven, guapa y su actitud desprendía un aire decidido y casi desafiante mientras esperábamos en fila a que los soldados del puesto de control dejaran de hablar entre ellos, parecían divertirse mucho con su charla, y se dignasen hacer un gesto, un movimiento del brazo que indicase que el primero de la fila podía avanzar.

– They always want to humiliate us, me dijo, acompañando la frase con una sonrisa que invitaba a la conversación, hablaba un inglés excelente, mucho mejor que el mío; su familia era de Nablus, una familia importante, deduje, cuando me contó que había vivido los últimos tres años en Beirut estudiando algo así como ciencias de la imagen, quería dirigir documentales aunque de momento, dijo, se dedicaba a la fotografía. Había regresado hacía cinco meses. Para quedarse.

Yo tenía pensado ir a Kalkilia y el taxi me esperaba al otro lado del puesto de control. Decidimos intentarlo juntas. Maha, ése era su nombre, también quería ver de cerca el muro de cemento que rodea la ciudad. Desde que llegó, no había podido salir de Nablus.

El trayecto, poco más de 50 kilómetros, duró todo un día. Pasamos por cinco chek-point en el camino a Kalkilia, lo que significa que en cada uno de ellos había que dejar el coche, cruzarlo a pie, y buscar otro vehículo al otro lado. Hasta el siguiente control.

– Es así como quieren destruirnos, separándonos con muros y controles, decía Maha cada vez que nos topábamos con los soldados.

De chek-point en chek-point, mientras compartíamos taxi, espera, caminata, un nuevo taxi, un nuevo control, una nueva caminata, una nueva espera, Maha me habló de su familia: el padre ya fallecido había sido miembro de la dirección de la OLP, uno de sus tíos, hermano de su madre, era escritor y vivía en Beirut, tenía una hermana casada en Ammán, otra estudiando en Bir Zeit, un hermano médico en Nablus y otro en una cárcel israelí desde hacía siete años.

– A veces sueño con el día en que lo liberen, sabes que apenas recuerdo su cara, dijo, mientras me mostraba la foto de un joven casi adolescente, que llevaba en la cartera.

Maha estaba haciendo un reportaje fotográfico al que había puesto título: Nuestra gente.

– La mayoría, me dijo, son fotos de mujeres, no ha sido algo premeditado, me ha salido así, creo que retrato mujeres porque en ellas veo la fuerza de nuestro pueblo.

Me enseñó alguna de las fotos que llevaba consigo: el rostro de una mujer con una expresión de infinito cansancio en la mirada, un niño de gesto serio atisbando desde una ventana, una vendedora de verduras sentada en el suelo con un montón de tomates en su falda, una anciana con un pañuelo blanco en la cabeza, a la manera no de Hamás sino de las campesinas de la zona, que sonríe a la cámara... Mientras miraba las fotos Maha me iba explicando, aunque la explicación era innecesaria, el contexto en el que las había sacado: la de la mujer con gesto de infinito cansancio estaba hecha frente a los restos de su casa demolida, el niño en

la ventana, durante un toque de queda en Nablus, la vendedora de tomates, después de un toque de queda en el mercado de Nablus, la anciana que sonreía a cámara, porque no sonreír sería descortés, en el campo de refugiados de Balata.

– Lo que quiero, dijo Maha, es mostrar los rostros de nuestra gente, que no sean olvidados, quiero dejar constancia de lo que ocurre a través de esos rostros, porque en ellos está escrita nuestra historia.

Pasadas las siete de la tarde llegamos al puesto de control de la entrada de Kalkilia. Apenas había gente esperando. El puesto había permanecido cerrado durante todo el día. No nos dejaron pasar.

Una reflexión

Siempre he pensado que una de las claves de la capacidad de resistencia del pueblo palestino es la cohesión de su entramado social, la fortaleza de sus vínculos de solidaridad interna y su hondo sentido de la dignidad.

Pese a la sistemática destrucción de sus instituciones y su economía, pese a la miseria a la que se ven condenados, pese a los bombardeos, las deportaciones, las demoliciones de casas y las matanzas, no hay niños de la calle abandonados a su suerte, en las ciudades y en los pueblos de Palestina. Ésa es una forma de resistencia.

Por eso la humillación y el aislamiento son elementos esenciales en la estrategia del ocupante. El muro que atraviesa y circunda las localidades de Cisjordania, no se levanta sólo para separar a palestinos de israelíes sino a palestinos de palestinos; y los puestos de control, más de quinientos, que hay en las carreteras de Cisjordania, no están ahí para impedir el paso a territorio israelí, sino para hacer imposible que un palestino de Nablus se encuentre con sus familiares de Jenín, que el estudiante que vive en Ramalla asista a la universidad de Bir Zeit, que los habitantes de Belén, Ramalla, Kalkilia, Bilin, Hebrón... acudan a Jerusalén ni siquiera para orar en la mezquita.

El objetivo último de la ocupación es romper las redes de convivencia que se tejen en el discurrir de la vida cotidiana, deshacer la urdimbre familiar y social que protege de la adversidad y sustenta la capacidad de resistencia de la población ocupada.

Claro que los vínculos que amparan también atan. En las sociedades de Oriente, y Palestina es Oriente, el peso de la tradición sigue actuando como un lastre en el proceso de emancipación de sus mujeres. En una sociedad tradicional, y la palestina lo es, donde la estructura de familia patriarcal aún se mantiene con toda su fuerza, el territorio de la mujer suele reducirse al rincón de lo privado donde trascurre la vida al margen del gran escenario de la historia.

Ocurre sin embargo que en Palestina hace tiempo que la historia ha invadido ese rincón.

No es fácil encontrar una mujer palestina, sea analfabeta o ilustrada, viva en el campo de refugiados o en el centro de la ciudad que no sepa quién es Condolezza Rice, Tony Blair, Ehud Olmert, Hosni Mubarak, el presidente iraní o Ariel Sharón; no es fácil encontrar una mujer palestina que no siga, como su marido, sus hijos, sus hijas, pegados al transistor o ante una pantalla de televisión, las noticias de la última matanza en Irak, la última amenaza de Bush, la última promesa o la última decepción que llega de Europa, no es fácil encontrar una mujer palestina que se sienta al margen de lo que ocurre en ese territorio de hombres que llamamos política.

Y no es fácil encontrar una mujer palestina, sea de campo o de ciudad, intelectual, diputada o ama de casa, cubra su cabello con pañuelo o lo lleve al descubierto, sea votante de Hamás o de Fatah, que justifique, menos aún que aliente, el enfrentamiento entre palestinos.

Durante décadas, más de medio siglo, la tenaz pervivencia de un pueblo expulsado de su tierra, despojado, disperso, bajo ocupación militar, como es el palestino, se ha apoyado en la fortaleza de sus mujeres, en su empeño, a veces sobrehumano, por reconstruir una y otra vez el hilo de la cotidianidad destruida, en su inquebrantable voluntad de seguir siendo familia, vecinos, pueblo.

Creo que las mujeres palestinas están más capacitadas que sus hombres para defender lo que es imprescindible defender por encima de todo. Y para no dejarse destruir.

No basta con sobrevivir. Resistir es permanecer, me dijo un día una mujer del campo de refugiados de Amari en Ramalla. Era una mujer mayor, una abuela. Me dijo esa frase, en la que he pensado muchas veces para desentrañar su sentido, el día que enterraban a un niño de 12 años que había muerto en un enfrentamiento –piedras contra tanques ¿se puede llamar a eso enfrentamiento?– con los soldados.

El cortejo fúnebre pasaba por su calle y nos había ofrecido su casa para filmar desde la azotea el paso del cortejo. En una salita minúscula, sin apenas muebles, tan solo colchonetas y almohadones repartidos por el suelo, había una especie de consola y sobre ella una foto, ingenuamente coloreada, enmarcada en un marco dorado y flanqueada por dos jarroncitos con flores de plástico, de un joven de unos veinte años que sonreía como sonríen los jóvenes que aún no saben que la vida siempre es corta.

Era su nieto que había muerto hacía cuatro años, como el niño que iban a enterrar ese día, en un enfrentamiento con el ejército. Aunque ella lo dijo en presente: es mi nieto mayor, dijo.

Tomamos el té en el suelo, recostados en almohadones, mientras nos contaba sin ningún dramatismo, sólo contar, dar fe de lo ocurrido, cómo era su casa, la casa de una aldea cercana a Haifa en la que había nacido y en la que había sido niña antes de convertirse en refugiada.

No se hacía falsas ilusiones, sabía que nunca volvería a su pueblo, que nunca volvería a ver el paisaje de su infancia, pero no lo decía con amargura sino con una especie de nostalgia. Hablaba del pasado perdido sabiendo que estaba perdido pero negándose a que fuese olvidado.

No basta con sobrevivir. Resistir es permanecer, dijo la anciana, aquella mañana en la que iban a enterrar a un niño de 12 años muerto por el disparo de un francotirador del ejército israelí en el campo de refugiados de Amari, en Ramalla.

Y creo que lo que nos dijo era una declaración política. Un programa de resistencia.

Desde mi ventana de mujer

Leila Al-Safadi¹

Desde la ocupación del Golan, hace cuarenta años, la autoridad ocupante israelí niega el permiso a cualquier persona del Golan que quiera visitar a su madre patria Siria y ver a sus familiares. Estas autoridades ciegan sus ojos a lo más sencillo de los derechos humanos. Hace pocos años Israel permitió a los hombres religiosos hacer una visita relámpago a un templo en Siria, también permite a algunos estudiantes cruzar la frontera anualmente... fuera de eso no hay contacto real entre la población a ambos lados de la valla. No se sabe quién es la parte más interesada en la prohibición, cuál es el beneficio que se gana con este cierre humano. Por qué se niega este derecho natural al sector más amplio, a las mujeres y los niños.

Enseguida les voy a relatar algunos ejemplos sobre el sufrimiento de los habitantes bajo la ocupación. Soy activista y periodista, y he vivido estas experiencias con todos sus detalles desde la celebración de mi matrimonio en Damasco hasta mi llegada al Golan el año 1998. Vivo la experiencia del cierre... de las ansias y la nostalgia hacia mi primera casa, y de cómo muchas mujeres no pudieron acompañar a mi padre en sus últimas horas de vida.

El sueño de la visita al Golan

Mi pequeña niña Salma pensaba que su padre es mi padre, nunca me ha escuchado decir a mí, padre o madre. Su primera experiencia de alejamiento fue su primer día en la guardería. Preguntó

¹ Jefa de redacción del diario *Baniyas*, en el ocupado Golan.

llorando por primera vez: «Madre donde están tus familiares». Las palabras se diferencian y las historias e imágenes varían pero los hechos son los mismos: la tristeza, el dolor y las lágrimas, todas son comunes. Se corta o se alarga nuestra ausencia, se hace grande o pequeño nuestro dolor, olvidamos, recordamos, sufrimos, lloramos, crecemos, y probablemente morirás solo... ¿quién sabe? Quién se interesa por ti, si creciste o viviste, tu simple y sencillo sueño te priva de tu presente felicidad y te combate, el regreso a tu primera casa, al barrio, a los amigos, y al lugar de las memorias de la infancia. Escarbo en el corazón y observo que las lágrimas nunca se secan, o tal vez se secan. Este alejamiento te distrae y te hace sentir en muerte lenta, parcial, cuando te separa años de quien amaste sin contacto verdadero, eso es muerte de otro tipo.

Cuando dejas la cara de tu madre brillante y la encuentras después de años llena de arrugas, probablemente seas tú la causa de la mitad de estas arrugas. ¿Te vas a llorar a ti misma? A tu madre, ¿quién sabe cuándo será la próxima vez que vayas a verla o escucharla? Probablemente creyeron que somos aficionados a la muerte, sufrimiento y llanto. Probablemente sienten cómo seguir viendo una película árabe, antigua, llena de emoción y sentimiento.

Emad, residente del ocupado Golan, estudió en Damasco y se casó allí y tuvo dos hijas, pero la muerte estaba más cerca que el abrazo de sus padres y su pueblo. Murió a causa de un grave accidente en Damasco y fue enterrado en circunstancias aún más duras en su pueblo Majdel Shams. Cuando una tragedia empieza en el Golan es difícil que termine en estas circunstancias, Emad se desvaneció pero dejó a su esposa y dos niñas que dan un poco de consuelo a sus parientes, pero la esposa es de nacionalidad siria que pudo llegar al Golan en condiciones excepcionales para despedir a su difunto esposo, darle el último adiós y para conocer por primera vez a su pueblo y sus familiares. La obligaron a regresar a Siria después de una estancia de un mes por no tener los documentos necesarios de estancia; regresó cargada con sus tristezas y preguntas que no terminan. ¿Dónde voy a vivir y donde crecerán las niñas?

Mi tía Um Khuzaie

Mi tía Um Khuzaie tiene otro cuento. Una mujer que envejeció temprano porque la tristeza y la nostalgia hacia sus hijos ausentes aumentaron su edad. Cargada de dolor, de nostalgia y con la esperanza de una visita. Va y viene presentando solicitudes para eso, con esperanza, diciendo: «Me prometieron», «Hija, estoy esperando a ver a Khuzaie (su hijo) voy a morir de felicidad», «Junté mil dólares y cocí el pan, ya la próxima semana voy a Siria». Día tras día, semana tras semana, muchos años ya pasaron y el sueño va creciendo con ella, pero el fracaso es más grande, como su dolor y tristeza que escondió tras su esperanza y la fe incumplida.

Murió mi tía Um Khuzaie por casualidad del destino en la noche de la boda de su nieto; él no supo de la muerte hasta el día siguiente. Mi tía Um Khuzaie murió con la angustia y el quebranto de una madre con un único sueño: el de abrazar y besar a sus tres hijos y nietos que no conoció, besarlos, acariciarlos y silenciar las quejas tras años de esperar. Treinta años de tristeza acumulada es suficiente para abatir el espíritu del ser humano.

Ahdab

Ahdab repite la historia de su suegra después de 30 años. Dice: «El momento más duro fue cuando mi padre agarraba mi mano para cruzar el último punto del camino, sentimiento muy doloroso... cerré mis ojos y le dije «regrésame, no quiero pasar», mi padre entonces tembló y dijo: «dime que quieres regresar y te devuelvo ahora mismo», pero la realidad estaba en ese momento fuerte y dura y aguante mi niñez, me acuerdo en esos momentos cruciales de las miradas de mis familiares. Dónde está el punto de cruce no hay signos de Majdel Shams o de cualquier otro pueblo, no aparece ningún signo de nada ni siquiera de habitantes, eso es lo último que he visto. Los ojos comparten conmigo el amor, el miedo y la confusión por un mundo del que no se sabe nada de él.

Acostumbrarse al dolor y habituarse a vivir como si fuera parte de la vida natural es un gran engaño, tal vez será parte de la prudencia cuando se trata del dolor causado por el destino, como

la muerte o la enfermedad, pero cuando el origen del dolor es causado por un sueño sencillo... Sueño de regresar a casa y acariciar a los familiares, y cuando el obstáculo de este sueño es un militar parado allí, o un burócrata grapa tu foto con los papeles olvidados en los archivos, entonces sientes que tienes poco valor y la limitada estrategia existente en este tirano y oscuro mundo. Entonces el acostumbrarse al dolor se considera degradación y desgracia.

¿Cómo vivir así?

Me hubiera sentido derrotada permanentemente si no hubiera pasado el cruce cuando recibí la mala noticia del fallecimiento de mi padre hace pocos días, no tengo cuerpo que aguante los sentimientos de tristeza y enojo y frustración y la incapacidad, nada me tranquiliza más que un profundo grito en su lugar apropiado, atormentando el crucero creando en «la sencillez de mi requisito». Qué puede hacer o afectar mi tristeza en el camino de sus guerras u obras de paz, o que afecte la seguridad de Israel, el cruce para mí era una victoria interna sencilla, era una respuesta bonita a una persona muy querida que he amado mucho, hasta en su muerte me ofreció su último regalo: más decisión, fuerza y experiencia de nuevos sentimientos confusos.

No es nuestro destino nacer y morir en la sombra de la ocupación, tampoco es nuestro destino que nos persigan las tristezas y los sufrimientos, la verdad es que hay ahora mujeres golanitas que están sufriendo y padecen privaciones de los derechos humanos más sencillos como es el contactar con sus seres amados, sus amigos y su patria. ¿Quién nos quiere quitar de por vida este sencillo sueño? ¿Quién es el beneficiado de encerrar a las mujeres golanitas como rehenes de sus emociones, agitaciones y nostalgia? Los asuntos humanitarios deben ser resueltos, no pueden posponerse tus asuntos humanitarios hasta que se termine la ocupación, si no guardas una parte de humanidad, la ocupación no se vence nunca. Alguien pregunta por qué nos aferramos a querer vivir junto a los que viven en el otro lado de la ocupación. ¿Cuántas veces me han dicho que es doloroso y costoso casar a las

golanitas con esposos de la madre patria Siria, o casar a las mujeres sirias con esposos del Golan? Hay un precio que se deba pagar, dicen, así que ¿por qué tomar este riesgo?

Se puede responder a esta pregunta con claridad: ¡Porque amamos! O porque matamos el sueño y no nos rendimos. Desde luego casarse con un joven golanita implica una aventura y muchas veces escucho palabras duras: «Que se enfrente con los resultados de su decisión, ¿es que no sabía de esta realidad? ¡que se quede en su tierra!» Oímos muchos de estos comentarios ridículos y de criterio limitado. Al casarse las golanitas se ponen en circunstancias comunes desde el primer momento, la nostalgia de los familiares y los amigos será una causa común, que tus hijos crezcan en la casa de sus abuelos y estén relacionados con la guerra y la paz en la región, no aislados en un campo de concentración al aire libre.

Después de aventurarte porque amaste, adorarás al que aventuraste, porque este amor amplió los límites de tu pertenencia y pensamiento, e hizo los dolores de la patria tuyos; la felicidad y la tristeza apegadas a ti, la victoria es tuya... y su vencimiento es derrota de tu espíritu.

Estoy en buena salud ahora, mis familiares también, todo lo que deseo es lanzar una mirada a mi antigua casa, ver a mi madre tocando a mi puerta en una madrugada caliente preguntando: ¿qué, estás ocupada hoy?

Historias de vida

Activista por la vida

Khawla Al Azraq¹

Mi actividad política comenzó de muy joven, tal vez por la difícil situación en la que me crié. El campo de refugiados de Aida está situado a la entrada de Belén, allí es donde crecí y donde formé mi propia familia y allí es donde sigo viviendo en la actualidad. He tenido una dura vida. Haberla compartido con una familia de catorce miembros, viviendo todos en dos habitaciones que carecían de los mínimos requisitos para la vida humana, esa vida de pobreza y abandono y de falta de seguridad y de esperanza en un futuro mejor, todo eso se fue sumando para dar forma a mi determinación inicial de lucha contra la ocupación, que en mi opinión representaba el símbolo de la injusticia. Mi percepción del activismo político en esa temprana etapa de mi vida era que constituía un medio de lucha para el cambio. Algo muy cercano a la revolución, que significaba repentinos brotes de actos de resistencia contra la ocupación más que activismo político en el sentido actual del término.

A la edad de trece años ya era una miembro activa del sindicato de estudiantes, adscrito al Partido Comunista Palestino. En aquel entonces me sentía muy atraída por la ideología marxista y era aficionada a la literatura universal, especialmente a novelas que trataban sobre la lucha de clases llevada a cabo por los pobres y su contienda contra los ricos. Estas ideas también tenían su origen en mi realidad cotidiana en el campo, donde todo el mundo es pobre. Mis ideales políticos giraban en torno a la necesidad de combatir las causas de la injusticia en general, ya se tratase de la ocupación o de las clases privilegiadas.

¹ Directora de la organización Psychosocial Counselling Center for Women.

Mi actividad política de aquellos días estaba muy estrechamente relacionada con la lucha popular contra la ocupación. En el sindicato de estudiantes organizábamos manifestaciones y marchas y distribuíamos propaganda para animar al público a combatir la ocupación. Entonces, a principios de los años setenta, la participación de las mujeres en la lucha nacional no era una idea demasiado extendida, pese a que el pueblo palestino llevaba décadas sometido a ocupaciones diversas. La historia palestina está plagada de gloriosos nombres de mujeres y de experiencias triunfantes de mujeres en esa lucha nacional contra la ocupación, pero todo ello nunca logró imponerse de manera generalizada ni dar pie a una tendencia social. La comunidad no aceptaba la participación de las mujeres en la vida política como lo hace hoy en día. En los inicios de mi vida política hallé en la lucha nacional una oportunidad de expresar mi indignación contra muchos fenómenos que dominan mi entorno, como la pobreza, la presión familiar o el cruel y violento sistema educativo de las escuelas de la UNRWA [Agencia de la ONU para los refugiados en Palestina] en el campo de Aida, donde yo misma estudié. En aquellos días, cuando voceaba en manifestaciones o arrojaba una piedra a algún vehículo militar, tenía la sensación de estar resistiendo a todas las fuentes de opresión que me circundaban.

Por aquel entonces no comprendía la actividad política con la profundidad con la que la veo hoy. Todo aquello que me rodeaba me parecía estar de algún modo relacionado con la ocupación. Desde el principio creí que la ocupación era la responsable última de nuestro sufrimiento y que tenía impacto en cada uno de los detalles de nuestras vidas. Desafiaba las órdenes de mi padre y del resto de mi familia y me marchaba de casa a unirme a alguna manifestación; y cuando mi padre quemaba los libros que yo había recopilado, empezando por la literatura comunista que mi padre consideraba infiel y antirreligiosa, siempre trataba por todos los medios de conseguirlos de nuevo. Lo que pretendo decir es que mi activismo me ha ayudado a superar las limitaciones sociales que me coartaban por el hecho de ser mujer, que me ha hecho romper con las normas y las tradiciones que debía seguir y creer sólo porque mi familia creía en ellas.

En la cárcel

Cuando fui detenida por primera vez a los quince años de edad yo era la segunda chica del campo que había sido arrestada. Esto no se aceptaba ni era común. Pasé dos semanas en el «recinto ruso» [prisión de Mesqubia] de Jerusalén, un centro de interrogatorio muy cruel donde se empleaban métodos terribles de tortura física contra los luchadores palestinos por la libertad. Ya me había hecho una buena idea acerca del sitio tras leer el libro de la abogada Virginia Langer, que documentaba las dolorosas experiencias de palestinos que habían sufrido interrogatorios. Pero no le tenía miedo, no tanto como al momento de encararme a mi familia y al problema de qué decirles y cómo soportar la ira de mi padre, que me estaba esperando. Cuando me soltaron de la prisión la comunidad no aplaudió precisamente lo que había hecho porque yo era una niña y porque la prisión y los interrogatorios se asocian a las historias y las experiencias de mujeres palestinas detenidas en los años sesenta: después de que los israelíes ocupasen Cisjordania muchas mujeres fueron violadas y sometidas a crueles y brutales torturas.

Se extendió la idea de que las chicas que fuesen detenidas sufrirían abusos sexuales, un hecho que contraviene las creencias sociales y los valores de nuestra comunidad. Pese a mi corta edad, ese contrasentido no sirvió para desalentarme. Seguí desafiando la obstinación de mi familia, que se negaba a permitirme seguir acudiendo a la escuela cuando me expulsaron del colegio en Belén. La ocupación militar dirigía nuestros colegios entonces, al igual que lo hacía con el resto de dependencias del gobierno. El entonces Gobernador Militar de Belén ordenó mi expulsión, lo que significaba que tendría que asistir a clase en otra ciudad si quería continuar con mi educación. Otro elemento más de confrontación con mi familia, especialmente con mi padre, que lo veía como una carga social y económica. Iba a necesitar dinero para transporte porque tenía que salir de Belén y, además, que viajase sola fuera de la ciudad era otro problema para mi padre, pero mi determinación y mi perseverancia lograron que mi familia me permitiese ir al colegio en Jerusalén durante dos años enteros.

De estudiante y otra vez a la cárcel

Mis actividades políticas durante los últimos años en el instituto fueron testigo de la tendencia a unirse a una de las facciones de la resistencia palestina, así que decidí darme de baja en el sindicato de estudiantes y en el Partido Comunista e interesarme por el movimiento Fatah, la principal facción palestina de aquel momento que adoptó la opción armada como forma de combatir la ocupación, a pesar de que el programa social del Partido Comunista y su posición acerca del papel de las mujeres son más progresistas que los de Fatah. Lo cierto es que Fatah no cuenta con ideología social alguna y nunca ha tenido un punto de vista claro ni detallado sobre el papel y el estatus de las mujeres en lo que se refiere a la lucha contra la ocupación ni tampoco en la comunidad en general. Lo que en aquel momento determinó mi opinión fue que la prioridad era la lucha contra la ocupación. Tampoco había articulado una ideología social propia sobre el papel y el estatus de las mujeres, por tanto decidí unirme a Fatah. Me parece que ésa era la opinión generalizada entre las diversas facciones palestinas. La izquierda palestina tenía una visión teórica relativamente avanzada sobre el estatus y el papel de la mujer, pero en la práctica su prioridad era movilizar a todas las fuerzas posibles para deshacerse primero de la ocupación y, entretanto, posponer las cuestiones sociales hasta después de haber conseguido la liberación.

Acabé el instituto con una media que me cualificaba para matricularme en la universidad y obtener una beca, ya que mi familia no hubiese podido afrontar mi educación superior. Fui a la Universidad de Belén a estudiar Literatura Inglesa. Durante mi primer curso universitario, me fui involucrando cada vez más en la organización estudiantil de Fatah. Recuerdo que en aquellos tiempos toda la directiva de la organización estaba formada por hombres excepto por una mujer que había sido detenida y había pasado varios años en prisión. Estuvo encarcelada junto con varias chicas que eran también miembros de la organización estudiantil, aunque eran muchas menos que los prisioneros masculinos y eso, naturalmente, es reflejo de la concepción social imperante de que el activismo político debía limitarse a ser un dominio masculino y

que no tenía nada que ver con las mujeres. Al final de mi primer año en la universidad volvieron a detenerme, esta vez junto con un grupo de activistas masculinos, entre ellos el que se convertiría en mi marido. Nos acusaron de cometer un acto ilegal (un acto contra la ocupación) y me sentenciaron a tres años de cárcel. Los pasé en Nevetretsa, cerca de Ramala, la única prisión que acogía entonces a luchadoras por la libertad.

Esos tres años resultaron una etapa importante en mi vida. Contaba entonces sólo con 19 años de edad. En la prisión conocí a muchas mujeres que llevaban largos años entre rejas. Solía pasarme la mayor parte del tiempo leyendo y estudiando, lo que me dio la oportunidad de ampliar mis conocimientos sobre otras experiencias de mujeres en el ámbito internacional. Aprendí mucho de mis compañeras presas. Sentí que mi personalidad también estaba cambiando para mejor y que ganaba en estabilidad... Yo era una persona espontánea, soñadora y aventurera. Quería cambiar el mundo de un modo instantáneo. En prisión empecé a comprender que la lucha contra la injusticia es un proceso que lleva su tiempo y que quienes luchan por la libertad deben seguir una ideología que sirva al interés de la gente, que su deber, realmente, es defender los intereses de la gente. La lucha por la libertad no sólo es una resistencia armada deshumanizada, bien al contrario, es una resistencia guiada por una amplia visión de futuro y que sugiere soluciones a las preocupaciones y los problemas de la gente. Esto es precisamente lo que discutíamos en los programas de estudios organizados por las prisioneras de guerra. Estudiábamos la historia de la cuestión palestina y discutíamos a fondo el papel de la mujer en el proceso político para que tuviese protagonismo y contribuyese de modo crucial a la lucha nacional palestina y que no figurase como algo simplemente adscrito a ésta. El número de prisioneras de guerra palestinas sumaba entonces unas cincuenta, mientras que los hombres presos se contaban por miles... un reflejo más del alcance del papel de la mujer en la lucha nacional.

Cuando salí de prisión y regresé a la Universidad de Belén a terminar mi licenciatura, cambié de rama de estudios y pasé a estudiar trabajo social. Me pareció que tenía más que ver con la dirección que había decidido tomar para mí misma.

Un cambio en el rol de la mujer

Al salir de la cárcel descubrí que la comunidad me respetaba y me aceptaba más debido a que era una mujer activista, a diferencia de la primera vez que me soltaron después de estar detenida. Esta vez la actitud de mi familia fue de mucho apoyo a pesar de que la casa familiar había sido demolida (una de las consecuencias de mi detención). El ejército de ocupación derribó la casa de mi familia y se vieron viviendo en una tienda durante todo un año, hasta que pudieron construirse otra. Esos cambios en la actitud de la comunidad hacia las mujeres que se unían a la lucha nacional fomentaron que más mujeres participen en el activismo político. La comunidad también aprueba a las mujeres que se unen a la lucha armada, que se rebelan a pedradas contra los soldados del ejército de ocupación o que participan en manifestaciones o marchas. Opino que todo ello ha facilitado el esfuerzo social por cambiar la realidad de las mujeres en la sociedad palestina, que imponía mucha discriminación e injusticias contra las mujeres.

La mayoría de las facciones políticas palestinas que participaban en la lucha nacional han comenzado a formar organizaciones públicas femeninas adscritas a éstas, lo que les ha permitido incrementar el número de afiliados a sus partidos y propagar su ideología entre las mujeres. Creo que el establecimiento de organizaciones femeninas ha servido para movilizar a un gran número de mujeres. Son miles las mujeres palestinas que se han unido a estas organizaciones, que han llevado a cabo algunas actividades y que han asumido roles que antes les estaban vedados. Los logros alcanzados por las organizaciones de mujeres son muy claros, llegaron a mujeres de cualquier comunidad, por muy pobre o marginada que fuese, y no sólo a las de alrededor de las ciudades. No eran organizaciones sólo para la élite, sino auténticas organizaciones populares con amplio apoyo femenino. A este respecto, quiero referirme a mi propia experiencia en el sindicato de mujeres trabajadoras sociales, puesto que se trata de una de esas organizaciones.

Sigo siendo una activista y ocupo un cargo directivo en esta organización. Durante la primera Intifada, las organizaciones de

mujeres jugaron un papel destacado. La primera Intifada se caracterizó por ser de una naturaleza no violenta y popular. Las mujeres encabezaron marchas y protestas y participaron en los programas populares de educación que se llevaron a cabo en los distintos vecindarios después de que la ocupación militar cerrase nuestras escuelas y universidades. Las mujeres también plantaron árboles en las tierras palestinas susceptibles de ser confiscadas y apoyaron a las familias de los mártires y de los prisioneros de guerra. En pocas palabras, las organizaciones de mujeres han jugado un papel pionero en lo que respecta a la participación femenina en la lucha nacional contra la ocupación. En cuanto a la representación de las mujeres en las cúpulas directivas y en los puestos de toma de decisiones de los diversos partidos políticos, fue generalmente muy escasa. En Fatah, por ejemplo, el comité central contaba con una sola mujer por 25 hombres.

El principal punto flaco de estas organizaciones de mujeres era la falta de una plataforma que expresase las necesidades y las aspiraciones de las mujeres. Dado que se habían formado por decisión de los partidos políticos, como ya he mencionado, éstos disponían de diversas plataformas al servicio de sus respectivas agendas pero ninguna dedicada a los intereses de las mujeres. Por consiguiente, el papel de estas organizaciones fue debilitándose y degradándose a principios de los años noventa, para ser reemplazado por organizaciones especializadas de mujeres, dirigidas por mujeres que habían sido activistas de las organizaciones previas y que habían abandonado sus puestos en ellas para pasar a trabajar a través de organizaciones no gubernamentales independientes y centrar todo su esfuerzo en poner en marcha programas destinados a crear un cambio real en la posición de las mujeres. Las mujeres palestinas han invertido muchos esfuerzos en organizar y concentrar la actividad de las mujeres a través de organizaciones con una agenda clara. Hemos conseguido mucho en este campo y hemos sido capaces de incidir en algunas de las leyes aprobadas por el legislativo palestino que fue elegido en 1996 y en el que las mujeres ocupan sólo cinco escaños. Ése fue un logro obvio tratándose de la primera experiencia democrática en Palestina. Las organizaciones de mujeres pudieron desarrollar algunos puntos de

vista para la ley de familia palestina que abordan con visión femenina asuntos como el matrimonio, el divorcio, la custodia de los hijos o la herencia. Por desgracia, este proyecto de ley no se ha aprobado todavía, a pesar de que las mujeres han reclamado la necesidad de disponer de referencias legales además del Islam, referencia legal única sobre asuntos personales, pero injusta con las mujeres. También se han ejercido presiones sobre quienes toman decisiones para forzar la aprobación de una cuota femenina para las elecciones legislativas y municipales, en las que decenas de mujeres se han convertido en miembros de consistorios municipales y han obligado a todos los partidos a presentar candidatas en sus listas electorales.

En el campo de las ONG

Quisiera decir algo sobre mi experiencia en el ámbito de las organizaciones no gubernamentales. Puesto que he sido y sigo siendo miembro de una organización política de mujeres, además de miembro de un partido político, emprendí, junto con un número de mujeres activas y en cooperación con la unión de comités de mujeres, la iniciativa de poner en funcionamiento un centro de asesoramiento psicológico para mujeres, un centro especializado en trabajar con mujeres víctimas de violencia política y social. Ayudamos a esas mujeres por medio de los servicios de trabajadoras sociales cualificadas y bien formadas y, al mismo tiempo, nuestro centro ha sido capaz de poner en marcha un número de programas dirigidos a mujeres de las zonas rurales y de los campos de refugiados. Estos programas han servido para concienciar legalmente a las mujeres acerca de su estatus en la comunidad y su papel en el proceso de desarrollo, además de brindarles diversas habilidades y aptitudes necesarias.

Nuestro centro logró llevar a cabo campañas de defensa del tema de la mujer en cooperación con otras organizaciones. El centro de asesoramiento es miembro del Foro Contra la Violencia ejercida contra las mujeres, una coalición de organizaciones no gubernamentales centradas en temas de mujeres. Nuestro centro ha tomado también la iniciativa de constituir un consorcio de or-

ganizaciones dedicadas al desarrollo de las mujeres en la provincia de Belén. Se trata de un marco de colaboración enfocado a unir los esfuerzos de distintas organizaciones y trabajar conjuntamente en interés de las mujeres. Once organizaciones centradas en el desarrollo se han sumado a nuestra iniciativa.

El centro de asesoramiento ha logrado poner en funcionamiento numerosos programas que han incidido en las necesidades de sectores marginales de la comunidad palestina, especialmente las mujeres, los niños y los jóvenes, sobre todo en los inicios de la segunda Intifada, cuando ayudamos a mujeres y niños que habían sido víctimas directas de la violencia israelí: bombardeaban casas de civiles por la noche, se mantuvieron asediadas algunas comunidades, se impuso un toque de queda durante un período muy prolongado y se producían constantes incursiones en las casas. Entre nuestros planes de futuro está ampliar el servicio fuera del distrito de Belén. Hemos empezado ya a poner en marcha algunos programas en la zona de Hebrón y en dos años esperamos tener programas funcionando en todos los distritos de Cisjordania.

Las mujeres somos y seremos decisivas

Debido a mi dilatada experiencia de trabajo en una organización popular de mujeres, así como en una organización no gubernamental especializada, creo firmemente que es necesario preservar el papel de las organizaciones de mujeres que tienen un amplio apoyo popular. Resulta también necesario que esas organizaciones desarrollen programas que cubran las necesidades de las mujeres. Deben elaborar una agenda clara, ante todo porque nuestra verdadera liberación está aún por llegar y por el hecho de que seguimos hallándonos bajo una ocupación. Pienso que las organizaciones populares de mujeres van a jugar un papel decisivo entre las mujeres palestinas, porque no son meramente entidades con unos cuantos empleados a sueldo, sino que cuentan con un importante respaldo popular. Los cambios que se extendieron por toda la comunidad palestina tras las últimas elecciones, celebradas a principios de 2006, y la postura internacional hacia el gobierno electo, con las sanciones impuestas a la comunidad palestina, con-

llevaron una difícil realidad para las vidas de las mujeres palestinas. La pobreza y el desempleo sumamente extendidos han dado pie a un incremento en los índices de violencia doméstica ejercida contra mujeres y niños, un hecho que queda patente visto el creciente número de casos que atendemos en nuestro centro de asesoramiento.

También tengo la impresión de que el cambio que tuvo lugar en las calles palestinas y que dio voz a Hamas está directamente relacionado con el estado de frustración y de falta de esperanza que se había ido acumulando durante los doce años transcurridos desde la firma de los Tratados de Oslo. Los Tratados de Oslo, simplemente, no han logrado traer un cambio positivo a la realidad del pueblo palestino, más bien al contrario, han complicado la situación más de lo que ya estaba. Se ha duplicado el número de mártires, prisioneros de guerra, heridos, casas demolidas y árboles arrancados, por no hablar de las políticas para asediar y matar de hambre a la gente, hecho que indujo a muchos a apoyar orientaciones políticas de carácter religioso con la esperanza de que constituyesen una alternativa mejor.

La difícil situación actual hace desesperar de que se produzca un cambio, al menos no en un futuro próximo, debido a la asociación de lo sucedido con los acontecimientos a nivel regional e internacional. Yo me siento optimista, creo que hay muchas cosas que podemos hacer las mujeres palestinas; al igual que en muchas otras sociedades que han atravesado guerras y conflictos, las mujeres han sido siempre las más vulnerables pero, al mismo tiempo, han sido también pioneras y han luchado por la libertad. En muchos de los acontecimientos de este mundo, las mujeres han sido capaces de coger su experiencia política de lucha nacional y emplearla a nivel social, además de participar en la configuración de una comunidad que crea en la paz, la justicia y la equidad y que respeta a todos sus miembros sin importar cuál sea su sexo, sus creencias religiosas o su raza. Creo que el futuro es nuestro, creo que lograr ese sueño requerirá más sacrificios y más paciencia para que lleguemos a hacerlo realidad y, más que nada, requerirá que haya una gente que crea profundamente en la necesidad de provocar un cambio.

Nunca vi el rostro de mi abuelo

Khitam Saafin¹

Nací en la región de Ramala en una familia de refugiados, una día se septiembre de 1963. En 1948 expulsaron a mis padres y a su hijo e hija de nuestra ciudad, Faloja, que abandonaron para marchar a un pueblo: Hebrón. Pasados doce años volvieron al distrito de Ramala porque mi hermano mayor consiguió trabajo allí, así que nací como hija de una familia de refugiados en una sociedad de población nativa en la ciudad. Era una vida dura, sobre todo socialmente, porque todos nuestros familiares, tíos, tía, etcétera, no vivían cerca de nosotros.

En 1967 tenía cuatro años cuando las fuerzas israelíes ocuparon la otra parte de Palestina y grandes extensiones de otros países árabes. Tengo recuerdos muy vivos de esos días, el que más es el de mi madre, que se negó a abandonar la casa e ir a otro lugar, pero al mismo tiempo animaba a mi padre a que se llevara a mi hermano y hermanas y a su esposa e hijas a un lugar seguro, pero como yo era su hija pequeña se quedó conmigo. Si moría, yo también moriría con ella. Por tanto, toda la familia se marchó y en casa nos quedamos mi madre y yo. Yo tenía miedo, pero me acuerdo de lo fuerte que era mi madre. Otro recuerdo es la entrada de las tropas israelíes en la ciudad una vez finalizada la guerra, y la bienvenida que mi familia dio a algunas familias de refugiados de los desplazados «Emuas». Estas familias se convirtieron en nuevos refugiados, vivieron con nosotros hasta que encontraran una casa donde alojarse, fue una época dura para los palestinos.

¹Miembro de la Junta Directiva de Union of Palestinian Women Committees (UPWC). Ramala

Esos años vivíamos asustados pero teníamos esperanza cuando escuchábamos los discursos de Jamal Abdel Nasser. Pasamos días muy tristes durante la guerra contra los luchadores y los campos de refugiados en Jordania, estábamos muy preocupados por nuestros familiares de Jordania cuando escuchábamos las noticias, y después de que acabara esa guerra llegó otra mala noticia, el fallecimiento de Jamal Abdel Nasser, toda nuestra familia se unió en las manifestaciones de duelo por su muerte.

Nuestra vida seguía, la familia luchaba por sobrevivir, mi hermano era el único hijo varón de mis padres, se casó temprano por decisión de mis padres, querían que tuviera hijos, pero tuvo diez hijas y dos hijos, así que éramos una gran familia en una casa pequeña. Cuando yo tenía once años participé en una manifestación en contra de la ocupación sin permiso de mi familia, por lo que me castigaron duramente, pero seguí leyendo sobre Palestina y seguí yendo a las manifestaciones; me castigaron muchas veces cuando me descubrían, pensaban que no era bueno para una niña participar tan activamente, sobre todo porque las fuerzas de ocupación lanzaban rumores que hacían que las familias siempre pasaran miedo por sus hijas.

Cuando terminé la enseñanza secundaria, entré en la Universidad y en el movimiento estudiantil, como mujer quería ser fuerte, trabajaba a media jornada a la vez que estudiaba, porque mi familia era muy pobre, así pude arreglármelas con algo de dinero cuando empecé a trabajar como profesora y como miembro de la Unión de Comités de Mujeres Palestinas. Las autoridades militares me impidieron trabajar en la escuela pública, debido a mis actividades, así que tuve que marcharme a la escuela privada. En 1987 participé en la Intifada de muchas formas, en manifestaciones, en los comités populares, en las huelgas, conferencias, etcétera.

En 1990 me casé y tuve a mi primera hija, seguí con mis actividades y me eligieron secretaria de la UCMP para la región de Ramala y miembro del consejo ejecutivo de la Unión, y además estaba afiliada al sindicato de maestros; aunque me liberaron porque no tenían de qué acusarme, los israelíes me detuvieron varias veces, como a muchas mujeres, pero cuando mi hija tenía tres

meses las tropas israelíes detuvieron a mi marido en casa y destruyeron muchos enseres; estuvo en la cárcel durante casi tres años en malas condiciones, y durante ese tiempo tuve que vivir sola con mi hija luchando contra una decisión militar de expulsarle de Palestina, pero ganamos la batalla y le soltaron en 1993. Entre 1994 y 1996 no fui tan activa porque tuve otro hijo y en mi trabajo me necesitaban más tiempo, así que seguí en la Unión pero no en la dirección. Sin embargo, el conjunto de las actividades populares disminuyó y se produjo una especie de depresión popular, muchas mujeres retrocedieron tras el acuerdo de Oslo y la creación de la Autoridad Nacional Palestina.

Muchas personas consideraron que había llegado la liberación y pensaron que, por tanto, ya no era necesario luchar en contra de la ocupación, pero yo no opinaba lo mismo, y como miembro de la Unión me situé en la oposición al proceso de Oslo. En los últimos diez años seguí participando en las actividades del movimiento nacional y de mujeres, volví a mis actividades y me resultó muy duro separar la vida personal de mis pensamientos acerca del derecho de nuestro pueblo, los derechos de las mujeres, y todavía creo profundamente en que el socialismo es el mejor sistema que ofrece igualdad a las personas. Hoy día me consideran una mujer histórica y me siento orgullosa de ello, deseo que en Palestina haya un fuerte movimiento de las mujeres de izquierdas, intento transmitir esperanza a mis colegas y compañeras para fortalecernos a nosotras mismas y a nuestra comunidad a fin de conseguir nuestros objetivos.

Por último, es la primera vez que escribo sobre mí misma, pero, realmente, cuando he escrito estas palabras me han venido a la memoria muchas caras, mi familia, mis alumnos, compañeros, familias refugiadas a la espera de comida, hombres sin palabras, familias de mártires y personas, las tropas de ocupación destruyendo y matando, un amigo que perdimos y la luz de la costa palestina que ocuparon en 1948, la imagen de mi abuelo a quien nunca vi por culpa de la ocupación.

Educadas para la sumisión, la libertad nos espera.

Lana Khalid¹

Los logros de las mujeres se enfrentan a muchas dificultades en el mundo, en diversos grados dependiendo del lugar. La mujer es parte crucial de la sociedad; es animada y enérgica, sensible y seria, leal y compasiva; aprecia el detalle y la independencia, pero la mayor parte de las veces no encuentra el coraje suficiente para tomar decisiones o liderar un grupo. Esto otorga permiso a los hombres para sobrepasar muchos límites y para dominar la vida social, económica y política.

En mi pueblo, Jayyous, las mujeres son hermosas y optimistas, ambiciosas y curiosas. Nacieron en un entorno desbarajustado y complejo. Tratan y tratan de aprender pero ni en las mejores condiciones llegan a alcanzar los mínimos que debieran. Y no lo consiguen porque hacen demasiadas cosas a un tiempo. Es la mujer la responsable de los asuntos domésticos y de los niños, lo que se añade a su trabajo o a sus estudios, de modo que ¿cómo pueden lograr ser creativas y estar espléndidas con todo ello? Tradicionalmente, una mujer nunca puede descuidar sus deberes domésticos y conyugales, por lo que suelen lograr menos éxitos en otros campos.

El Islam nunca ha sido responsable de esa personalidad carente de confianza de las mujeres. Bien al contrario, las anima a su participación en diversos niveles de la vida. La historia del Islam nos muestra lo activas que han sido las mujeres. Eran enfermeras

¹ Comunidad de Jayyous, región de Qalquilya.

en las batallas, consejeras de los profetas y guardianas de las familias cuando sus maridos se encontraban lejos. Y eso era así hace 1.450 años, cuando no existían las posibilidades que tenemos hoy. ¿Y qué ocurre ahora? Hoy se han multiplicado profusamente los derechos y las responsabilidades de las mujeres pero no son visibles su eficacia ni su pericia.

Muchos piensan que la vestimenta o el velo islámico determinan la contribución de la mujer a las organizaciones y a la vida. Pero, en realidad, para los que entienden, esa restricción supone algo a valorar. En realidad, la vestimenta islámica representa su licencia y su libertad en el trabajo y en el mercado. La protege a ella y a su familia. Mantiene su intimidad y su distinción. Concentra su atención en la seguridad y el éxito.

Cuando se me ha pedido que hable de la participación de las mujeres palestinas en los partidos políticos o en las comunidades locales, siempre me he sentido triste y avergonzada porque no hay mucho que decir acerca de esos roles. Es una mentira mayúscula que las mujeres hayan decidido por sí mismas en las últimas elecciones –ni en ningún momento de la experiencia política palestina–, a pesar de que algunas de ellas alcanzaran cargos electos municipales. Por lo general, no se han dirigido a la gente ni a las instituciones. No se han comunicado con el mundo exterior para expresar sus posiciones o sus necesidades, sino que se reúnen con otras para coincidir o disentir en silencio. La cultura que tenemos enseña a las mujeres a mantenerse negativas e ignorantes. Las madres enseñan a sus hijas que es tabú discutir con los hombres y hablar de asuntos de hombres. Tal vez sea ése el motivo de que no fuese real el papel que se otorgó a las mujeres en las pasadas elecciones. No quieren involucrarse en los asuntos ni en los problemas de los hombres. No cuentan con el coraje para afrontar ni defender sus puntos de vista y la mayor parte del tiempo no disponen de una visión o juicio acerca de las cosas.

Nada importa que una mujer sea elegida o nombrada por ley. O que forme parte de instituciones comunitarias locales. El resultado es el mismo. Porque se enfrenta a los mismos obstáculos y problemas. Opino que es todavía una idea excepcional en nuestra cultura que una mujer lidere una comunidad. La nuestra es una

sociedad para hombres y la mujer no dispone de antecedentes políticos o sociales de los que partir (la política suele ser de cariz hereditario). En nuestro país son los hombres quienes deciden en política. La ocupación ha supuesto también un desafío para las mujeres, porque su participación en partidos políticos siempre ha implicado un peligro real.

No es tarde para empezar, pero todavía nos vemos en período de pruebas. Una mujer que forme parte hoy de un consejo o de una institución cívica se ha visto de repente en un puesto en el que debe tomar decisiones, mientras que en realidad lo que suele hacer es acatarlas. No es capaz de hacer frente a esa labor de forma eficaz, no logra expresar las necesidades específicas de la mujer y tampoco confía necesariamente en sus propias aptitudes. De hecho, debería haber recibido alguna preparación de índole institucional. La elección de mujeres no fue sólo un acto cosmético, sino una esencial necesidad socioeconómica y cultural. Por desgracia, no están preparadas para desempeñar ese puesto. Corresponde a nuestras instituciones formar progresivamente a las mujeres para que sean eficaces y resolutivas.

Las mujeres palestinas, sobre todo en las zonas rurales, aprenden en la escuela y en las universidades. Pero algunas tradiciones, ideas y valores sobre las niñas heredados de la sociedad árabe suponen los principales escollos para su progreso: la labor principal de una mujer es ser esposa y madre, cualesquiera que sean sus estudios. Eso es, desafortunadamente, lo que desea ser una mujer de nuestra comunidad. Estos conceptos son aceptados hoy en día por la mayoría de la gente.

En algunas reuniones con mujeres de todas clases he reparado en que, al ser preguntadas acerca de sus necesidades, no fueron capaces de responder. No porque no haya nada que necesiten, sino porque nunca les habían preguntado antes una cosa así. No saben cómo traducir en palabras sus necesidades psicológicas o sociales. No conocen sus necesidades. Nunca han ido más allá de su propio pueblo o de la ciudad más cercana a toparse con la vida y los cambios. Sólo unas pocas mujeres de mi pueblo han salido de Palestina.

Es reseñable que las mujeres no se reúnan excepto durante las bodas o al acudir a los centros de salud. Por lo general, no existe ninguna institución donde las mujeres puedan reunirse o poner en debate cuestiones serias relativas a sus ansiedades cotidianas o futuras. Las mujeres no participan en las preocupaciones de su comunidad, las sufren pero no pueden cambiarlas. No saben cómo. Pasan por la calle pero no viven la calle. Dependen de las decisiones y opiniones de los hombres. Resulta trágico, pero son muy pocas las que pueden intervenir, hablar sin tapujos, oponerse a los hombres o criticar en voz alta la política. Pero la comunidad –y particularmente las mujeres– no lo ve con buenos ojos y lo consideran contrario a la moral y al feminismo.

En las zonas rurales, el papel de la mujer es conocido y planeado de antemano. Violar normas y valores es algo insólito. Las mujeres que han emprendido iniciativas de trabajo social no han tenido éxito, se han visto sometidas a críticas y prejuicios. La comunidad todavía no está convencida de que las mujeres deban actuar de otro modo. Las mujeres tienen la impresión de luchar consigo mismas y contradecirse, temen cometer pequeños errores y no tener excusa para ello. Triunfar es difícil, fallar es mortal. Los hombres, en cambio, pueden cometer grandes errores y aducir muchas excusas.

Irónicamente, cuando una ONG lleva a cabo algún taller son pocos los hombres que asisten. Pero si el mismo taller se lleva cabo para mujeres, éstas acuden en gran número. Las organizaciones consideran que esto es señal de desarrollo y reconocimiento. En realidad, las amas de casa lo ven como una oportunidad de salir del hogar y de romper con la rutina o bien esperan encontrarse con un lote de comida al final de la reunión. Algunas ONG intentan ayudar a las mujeres, pero sigue existiendo un vacío. Tal vez sea que la manera de hacerlo no es la correcta o la equivocación sea resultado de la reciente situación económica. Se tiene la impresión de que es caridad hacia las familias pobres. Los proyectos más exhaustivamente puestos en marcha en Palestina, como huertos domésticos, cestas de la compra, trabajo por alimentos y formación, programas de seguridad alimentaria, etcétera, constituyen soluciones a corto plazo y originan una economía depen-

diente. Entretanto, las mujeres son conscientes de que antes o después acabará su participación en tales proyectos. Por otra parte, además, la relación entre las ONG y las mujeres finaliza una vez concluido el proyecto.

Por lo tanto, no se trata del desarrollo de las aptitudes de las mujeres, sino de compasión. No se logra forjar su carácter o sugerirles un modo de vida distinto. No ha conseguido que las mujeres destaquen ni ha fomentado el cambio social. No existe un seguimiento de apoyo a las mujeres por parte de las instituciones. Para ser sinceros, algunas ONG sí han hecho verdaderos esfuerzos dignos de consideración. Estos escasos pequeños proyectos han tenido éxito porque son gestionados, dirigidos y puestos en práctica por mujeres.

Soy consciente de que mi principal tarea es ser madre y criar a mis hijos. No voy en contra de la naturaleza. Me encanta esta bendita labor. Pero quiero que alguien me ayude a criar a los hijos. Quiero que mi familia me valore y me apoye. Quiero encargarme de mis tareas familiares pero quiero también hacer otras cosas.

Quiero trabajar y triunfar en mi trabajo. Quiero ser yo misma y conocer o reconocer mis aptitudes. Me gusta dedicar mi vida a mi hogar y a mi matrimonio. Pero quiero hacerlo de buen grado, con la ayuda y el apoyo de otros. Quiero saber acerca de otras mujeres del mundo. Sueño con viajar y ver otros mundos. Quiero cambiar el futuro de mis hijos. Deseo contribuir lo mejor que pueda a darles mejores oportunidades y una vida más segura. Estoy segura de mí misma y quiero que otros confíen en mí.

Quiero saber qué ocurre con otras mujeres del mundo, conocer el derecho internacional y entender cómo protege a las mujeres. ¿Cómo viven las mujeres de otros lugares del mundo sin la ocupación y las presiones sociales? ¿Qué saben de nuestros males y nuestra amargura? ¿Cómo soportan otras mujeres la ausencia o la muerte de sus hombres? ¿Cómo hacen frente a las necesidades y el hambre de sus hijos? ¿Quiénes sufren cuando se producen cortes de agua o electricidad? ¿Quién es responsable de los lloros de los niños cuando faltan el pan, la ropa o las medicinas? ¿Quién sufre cuando una mujer tiene que dar a luz en un puesto de control

militar? ¿Quién reza cuando un marido no tiene trabajo o le es imposible acceder a su trabajo? ¿Y quién sabe por qué lloran las mujeres?

El mundo realmente no lo sabe. Es ella quien paga el precio. Se ve oprimida y torturada por críticos cambios vitales. La mujer llora en silencio en la sombra. Cuando se habla de que doce mil hombres palestinos sufren prisión siempre se olvida mencionar que doce mil esposas o madres sufren aún más.

Mi madre en mi memoria

Nunca olvidaré la experiencia vivida por mi madre desde 1948 hasta la actualidad. Resume perfectamente las vivencias de los palestinos. Nació en 1948. Tenía sólo tres meses de edad cuando los expulsaron de Yaffa. Mi abuela la acarreaba en brazos y trataba de caminar más aprisa para seguir a la gente que huía presa de pánico. La vida les parecía algo tan precioso que una mujer le gritó a mi abuela: «Deja a la niña o moriréis las dos».

Prefiero contar la historia de mi madre y dejar que sea mi hija quien cuente la mía. El recuerdo de Yaffa está todavía vivo en su memoria, a pesar de que nunca la ha visto. Mi madre me contó la historia de sus padres cuando salieron de Yaffa. «Es mi ciudad natal y mi sueño perpetuo. Es donde mis padres tuvieron su primera casa, la ciudad de las flores y del aroma de los campos de cítricos, la novia del mar que yo nunca he visto, es mi dolor y mi esperanza, las lágrimas en los ojos de mi madre y la magia de la costa palestina. Es mi identidad y mi dignidad, mi arena, mi suelo. Nunca la he visto, ni vi lo que ocurrió en 1948. Pero podía ver mucho de ello en los ojos de mi madre cuando narraba su trágica experiencia de aquellos días negros. Nunca podría recordarlo, pero sí he imaginado las lágrimas, la sangre y las heridas del camino de Yaffa a Qalqilya. Para mi madre, en su ser más profundo, no fue un viaje interesante, sino un viaje de muerte y calamidad, de humillación y horror. Fue el peor viaje de la historia del ser humano.

Nunca me han dado el permiso para visitar Yaffa ni para ver el lugar en el que nací. Ahí está, junto al mar, esperándome. Podía sentir sus noches y sus luces tan cercanas a mi casa de Jayyous. Es

algo mucho más importante que una tarjeta de refugiado o que una palabra del discurso de un político con la que negociar. Se trata de mi derecho y de mi realidad, de Palestina. Mi amor por Yaffa es como las olas del mar, no tiene fin.» (continuará)

En toda casa palestina tenemos nuestras historias. Todos los miembros de la familia sufren, pero el sufrimiento más terrible es el de la madre. Resulta extraño, pero una madre suele siempre parecer mayor de lo que es. Tiene aspecto de cansancio y desgaste, especialmente pasados los 35.

Hay muchos motivos para su sufrimiento. Un marido sufre directamente por causa de la ocupación. Los padres no tienen la tranquilidad ni la conciencia necesarias para comprender sus responsabilidades psicológicas en el hogar. Tienen la mente puesta en las preocupaciones cotidianas: los puestos de control de documentación, las vallas, los controles de carretera, los partidos políticos. No pueden llegar a salvo o a tiempo a sus trabajos o carecen de trabajo. No logran ganar lo suficiente para cubrir las necesidades de su familia. La vida es cara y los niños pasan hambre. Los hombres no pueden viajar ni ir más allá de la ciudad más próxima. Algunos trabajan muy lejos de sus familias. Algunos están presos, otros han sido asesinados.

Los hombres se ven oprimidos por la situación política. No atienden a las preocupaciones de sus mujeres. No creen que sean para tanto sus problemas con los niños. No consideran las labores domésticas una tarea decisiva. Y si ella trabaja de enfermera o maestra, no comparten con ella las responsabilidades de la casa. Ella tiene que hacerlo todo sola aunque se vea obligada a trabajar en una granja al otro lado del muro. O trabaja con su marido en la granja familiar al otro lado del muro o trabaja por su cuenta, en caso de que él no tenga permiso.

Según las costumbres de toda la vida, los hombres son los líderes de la comunidad. En muchas ocasiones, el padre es el dictador de la familia. Es quien decide que hay que obedecerle. Lo heredó de su padre y es lo que enseña a sus hijos. Es tabú obedecer a las mujeres o ayudarlas en las tareas de la casa. También está considerado estúpido discutir con las mujeres asuntos serios como la política. También le resulta extraño al hombre compartir sus

miedos y sus ambiciones con una mujer. Se considera que es débil para enfrentarse a cualquier situación.

No obstante, no olvidemos que detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer.

Nos han robado la juventud

María Rishamawi¹

En este mundo la vida de cada persona depende en buena parte del país en el que nace, ya que la igualdad es inexistente en todos los aspectos de la vida. Y así es en mi caso, una persona nacida en Palestina, ha de llevar una vida diferente aunque resida eventualmente en otro país, pues conmigo están siempre los recuerdos de la infancia, el paisaje humano y político en el que vine a la vida, mi casa y mis padres, y de un modo particular mi identidad, mi conciencia de ser parte de un pueblo sufriente, humillado, ocupado, al que se le niegan sus derechos.

Palestina es mi tierra. Una tierra cuyo nombre siempre va ligado a las palabras guerra, dolor y muerte, aunque a mí como palestina me gustaría relacionarla con vida, progreso, felicidad. En realidad se me hace muy difícil hablar de mi vida en Palestina sin recordar todo el horror y el terror derivado de la ocupación sionista. Desde que era pequeña me han rodeado soldados con sus armas, tanques y todo tipo de armamento de guerra. Aunque en un principio, siendo niña, no lo entiendes y aprendes a vivir con ello y sufres lo mínimo posible con la protección y el cariño de tus padres, lo que es muy importante, decisivo, el mejor antídoto contra el miedo. En mi caso el apoyo y el amor de mis padres han hecho posible que recuerde mi infancia como una experiencia feliz, aunque en realidad mi madre me ha contado todo tipo de experiencias terroríficas por las que yo pasé siendo niña y de las que ahora mismo no me acuerdo en absoluto. Una de ellas fue que

¹ Estudiante de Derecho en la Universidad de Alcalá (Madrid). Nacida en Beit Sahour.

cuando yo tenía alrededor de los cuatro años, cuando iba al jardín de infancia, aquella mañana, como todas las demás, me monté en el autobús del colegio, pero en realidad aquel día no era igual ya que los soldados habían asesinado a siete trabajadores que iban a sus centros de trabajo en la franja de Gaza, donde vivíamos en aquella época. Fue ese hecho el que provocó el estallido de la primera Intifada. Los enfrentamientos entre jóvenes palestinos y soldados israelíes fueron duros ese mismo día, mientras yo estaba de camino al colegio se declaró el toque de queda en toda la ciudad y yo todavía estaba en el autobús. La preocupación de mis padres fue en aumento a medida que pasaban las horas y yo sin aparecer, y las noticias transmitiendo lo peor de los acontecimientos. Al cabo de varias horas llegue a mi casa, y allí fue cuando mis padres notaron que me pasaba algo, pues no era capaz de decir ni una sola palabra hasta que pasaron varias horas y fue cuando les conté a mis padres que había visto como los soldados estaban disparando a los muchachos de una forma continua.

Lo que sí puedo asegurar es que de esta historia no me acuerdo en absoluto pero lo que sí recuerdo fue que durante toda mi infancia el ver a un soldado israelí suponía continuas náuseas y mareos del pánico, desde aquel día. La verdad es que mi caso es lo mínimo que se puede encontrar en Palestina, la normalidad allí se manifiesta de esta forma, la vida supone convivir con todo tipo de humillación y aberración hacia el ser humano. Y si quieres sobrevivir y tener un futuro tienes que seguir a delante sea como sea.

Muchas veces, cuando nos queremos comparar con los jóvenes de otros países en los que viven en paz, te corroe una envidia inexplicable en la que buscas la palabra justicia y no la encuentras. La razón más absurda del mundo es la que explica esta diferencia abismal entre el estilo de vida de un joven palestino y otro español, y es el lugar de nacimiento.

Y aunque parezca una tontería es una diferencia que marca a generaciones. Era grande la rabia y la impotencia que me daba el venir a España en verano y ver todo lo que tenía la gente de mi edad para disfrutar. Mientras yo paseaba y jugaba con mis amigas españolas sabía que en mi pueblo, en mi país, los bombardeos y ataques de los ocupantes eran cosa de cada día y pensaba en quién

habrá muerto hoy, pues siempre hay una persona que cae muerta por el mero hecho de pasar por aquella calle en el momento equivocado. En Palestina me tenía que aguantar las ganas de irme de excursión porque nunca se podía, porque había que pedir permiso a los israelíes y no nos lo daban. Y todo eso por ser palestina.

La impotencia que nos causa a los jóvenes adolescentes dejar pasar los mejores años de nuestras vidas en nuestra casa por miedo a que nos pase algo. Cuando sabemos que muchos otros en el mundo los están disfrutando. Nunca perdonaré a los ocupantes el que nos hayan robado la vida.

El problema de un país como el mío, no es sólo la sed de poder disfrutar de tu propia libertad, es más grave, es el intento de paralizar la vida de los jóvenes y ponerles todas las dificultades posibles para que no haya ninguna posibilidad de desarrollo en el pueblo palestino. Pero aún y con todo, la gente de mi edad intentar buscarse un futuro, trabajar y estudiar, e ir a la escuela haga el tiempo que haga o haya el conflicto que haya.

En mi caso, la segunda Intifada empezó cuando yo ya estaba cursando los últimos tres años de instituto antes de ir a la universidad. Cuando empezó, yo tenía 14 años (en aquella época ya estaba viviendo en Beit Sahour un pueblo al lado de Belén). Pero mi colegio estaba en Belén. En un principio las cosas empezaron de una forma tan violenta que estuvimos unos 40 días sin ir al colegio metidos en casa sin poder salir a la calle. Había bombardeos diarios y continuos. Y cuando abrieron el toque de queda empezaron las dificultades, por el atraso en las asignaturas debido a nuestras largas y obligatorias vacaciones. El cúmulo de estudios llevaron a los estudiantes al caos y a la histeria general en cuanto a exámenes y todo tipo de trabajos y prácticas que se pedían, pues aunque esto parezca una razón estúpida e insignificante, para unos estudiantes adolescentes es el problema más grande del mundo, ya que en un país como Palestina la gente se aferra a la educación y estudios. Todos pensamos que es la única salida que tenemos para salir adelante ante un enemigo ignorante, pero que tiene todo tipo de armamento que pone en peligro nuestras vidas a diario.

La segunda Intifada es una de las épocas que más ha marcado mi vida, en cuanto a todos los recuerdos que llevo conmigo siem-

pre. Empezando por tener que estudiar todo el día bajo el ruido y el temor de los continuos bombardeos, el no poder descansar por la misma razón y la obligación de ir al colegio en las mismas circunstancias. Recuerdo tantas cosas y tantos incidentes de aquellos años, que no sé ni por dónde empezar.

Una que me marcó muchísimo pasó cuando yo tenía 16 años. Fue la muerte de una niña de las que iban conmigo al instituto, una niña de 12 años. Así fue su historia: un martes por la tarde después de haber estado en casa de su abuela salió de compras con sus padres y su hermana, y como siempre los padres estaban sentados en la parte delantera del coche y ellas dos en la parte trasera, especificando que ella estaba sentada en la parte de detrás del conductor. En aquel momento había un jeep de soldados israelíes que pasaba por aquella zona, con tan mala suerte que en aquel momento estaban persiguiendo a un coche que era idéntico al que conducía su padre y que en aquel momento iba detrás, como los soldados no podían diferenciar en cuál de los coches iban los que buscaban entonces tomaron la decisión de disparar a los dos coches. Así fue como empezó la masacre. La niña quedó muerta con doce balas por todo el cuerpo, entre ellas dos en el cuello y la cabeza, además de la espalda y las piernas. El padre con una bala en el cuello consiguió sobrevivir. Todavía recuerdo las imágenes que vimos mi madre y yo en la tele del cadáver de la niña, unas imágenes que se repetirían y que hicieron que todos lloráramos aunque no nos acordáramos de ella en realidad. Al día siguiente no tuve clase por luto y después, un día más tarde, salimos en una manifestación para despedirnos y denunciar lo que había pasado. Aunque en el fondo sabíamos que no serviría de nada, que en Palestina todos los días mueren niños de las formas más surrealistas que hay.

En un país como Palestina te levantas todos los días preguntándote por lo que pueda pasar ese día, y aunque siempre tienes la duda de que pueda pasar lo peor, toda persona trata de hacer su vida normal, aunque no sea la palabra más adecuada; es la única meta por la cual luchan los palestinos, la normalidad y la paz (la tranquilidad). El deseo de preocuparse de lo mínimo o por lo menos preocuparse de un problema que sea de acuerdo con tu edad,

es una cuestión inexistente, en una zona de conflicto continuo, aunque en realidad mi vida no ha sido tan desagradable como la de muchos otros palestinos, aunque haya pasado mucho miedo, y haya vivido en mis carnes bombardeos que veía desde una ventana de mi casa. Veía como tiraban bombas contra barriadas y refugios en los que vivían chicas que iban conmigo al instituto. La cuestión no era lo que yo sentía, sino lo que ellos sentían al ser bombardeados todas las noches y en especial cuando vives al lado de un campo de refugiados o en el mismo, o cuando ves cómo entran la balas en tu dormitorio destrozando tu casa, o cuando te secuestran en tu propia casa y te encierran con toda tu familia en una sola habitación durante muchos días seguidos y toda tu familia numerosa es hecha prisionera, y todo eso por la zona estratégica en la que se encuentra tu casa que es utilizada por los franco tiradores para asesinar a otras personas. ¿Cómo vivir así? ¿Cómo interiorizar todo esto sin dañarte gravemente?

Los habitantes de Palestina bajo la ocupación, tengamos la edad que tengamos, nos vemos obligados a hacernos preguntas, en las que generalmente la gente de otros países no piensa y no se acuerda pensando que podría morir en su propia casa por un misil o bala o lo que sea.

Durante los cuatro años en los que ha transcurrido la segunda Intifada éstas han sido las preguntas que rondaban mi cabeza, y en realidad sentía pánico no sólo por la idea de morir, sino también por la idea de perder a alguien de mi familia, a aquellas personas que me han dado todo en mi vida y la simple idea de poder perderlos me aterraba. Cuatro años estuve yendo a mis clases todos los días sin pensar en nada más que terminar el colegio y empezar a ir a la universidad e iniciar mis estudios superiores estudiando lo que más me gusta, sabiendo o por lo menos deseando que algún día me dedicaré a una profesión agradable. Me satisface el haber vivido muchas experiencias, aunque muchas hayan sido malas hay en mi vida también otras también buenas, como el reencuentro de cada día con las amigas, el disfrute de pasar tiempo con ellas, y el haber podido superar todos aquellos momentos difíciles con todas las personas a las que quieres. En el fondo sé que hay gente que ha sufrido muchísimo más que yo, y que lo ha

pasado y lo pasa muchísimo peor; soy una persona con mucha suerte, y eso es una cosa que nunca dejaré de agradecer en especial a mi familia y a todos mis amigos.

Mi fuga

Smad W.T. Aghbar¹

Abril 2003, pisando el suelo de España después de mucho pensar, él me espera en el aeropuerto con su cara de orgullo y confusión. Es César, el que va a ser mi marido una semana después. Me espera desde hace dos años para poder al final estar conmigo y fuera de aquellas tierras donde el amor y la libertad siempre se condena con exilio. He elegido y ya no hay marcha atrás. Sin llanto ni pena. Cuando una tiene que decidir cambiar el rumbo de su vida debe tener un corazón fuerte, porque si no, el plan fracasará y el castigo se va a duplicar.

En eso pensaba cuando mi familia me decía nunca estarás con este hombre, o cuando me prohibían mi historia con él, nunca entendía por qué yo no puedo. Sí, sabía la respuesta: soy una mujer musulmana y él es cristiano. La respuesta perfecta de todas las guerras.

Una noche antes de mi viaje, insistí en no dejar dormir a mi madre porque me apetecía disfrutar mis últimas horas con ella antes de mi fuga a España. No la dejé dormir aquella noche, dándole besos y abrazos y molestando a mi padre que al final tenía que regañarme por no dejarles dormir en paz. En mi mente, pensando por qué estoy pasando mi última noche entre ellos, y por qué no me han dejado más opciones que tener que fugarme a España. Por qué mi historia con César, por las malditas religiones, está prohibida. Así que os voy a ahorrar la batalla y me fugo para siempre.

¹ Nacida en Jerusalem. Colaboradora del Centro Cultural palestino Biladi

Mi historia personal es de mujer romántica, soy romántica por naturaleza y por ser palestina. En Palestina seguimos con nuestros sueños quijotescos de dignidad y naranjas tristes. Somos un pueblo que vive al margen de la competición y llevamos fatal el sistema de voto. ¿Por qué nunca nos permitirán construir un ente propio? La identidad la tenemos en el intelecto y el corazón, y el resto es menor. Cuando me preguntaron qué haces en España, contesté amar. No sabía que me esperaban prejuicios. Mi respuesta provocaba muchas risas. Espero que por lo menos hayan sido sinceras.

También me preguntaron si he venido por papeles. Un palestino quiere ser palestino, pero nunca lo será porque aunque le dan papeles, aquí o en otro país, tendrá escrito en su pasaporte «jordano». Otra polémica, porque aquí no se entiende por qué los palestinos de Jerusalén, en este caso, no pueden tener un papel que diga «nacionalidad palestina». Soy apátrida, refugiada, y en mi tierra siempre lo seré aunque me case con el dueño de las naciones. Nací de padres refugiados y me lo heredaron, como heredé mi piel morena. Vivo dos refugios, uno es del gran monstruo llamado Israel y otro del otro monstruo llamado religión. Así que me fugué dos veces. Con eso se vive relativamente bien, me di cuenta que no quiero pertenecer a nada que me haga llorar y conformarse con lo que los dos países provocaron en mí.

Cada dos años visito Palestina y cuento lo que le queda para sobrevivir, el derecho a soñar despierta con la libertad. El derecho a conservar los sabores y los olores de su comida antes de desvirgar lo que queda de su tierra con las nuevas tecnologías. Esto es Palestina para mí y los retratos cálidos, tristes, rabiosos y también unas risas robadas entre el caos de la tiranía de un mundo cobarde e hipócrita.

Es verdad que soy mujer árabe, quiere decir que soy una mujer, víctima como cualquier mujer que sufre una ocupación. Mi única condena está inserta en mi conciencia, en no disfrutar del todo mi libertad estando en España y sabiendo que personas de mi misma sangre y carne no pueden vivir lo que vivo.

Es mi privilegio, viajar teniendo dos causas, dos causas que pueden ser pérdidas en este nuevo mundo hipócrita. La causa de la identidad y la otra causa de amor. Más bonito no se puede aspirar, aunque no tenga papeles adecuados ni un status espléndido que me hará alejar de mi esencia. Por eso, mis amigos queriéndome me llaman caótica, por eso mi madre queriéndome me llama crédula perdedora. Y aunque no gane nada sé que este amor me salvará en mi camino que elegí. Suena romántico, me da igual he venido de tierras cálidas.

Una familia contra la ocupación

Khaleda Alratrout Jarrar¹

Nací en la ciudad de Nablus, en 1963, en una familia pobre de diez miembros. Mi padre y mi madre, seis hijas y dos hijos. Mi padre era un trabajador que apenas ganaba para ofrecernos una vida humilde, pero él y mi madre nos enseñaron a ser responsables en nuestra vida; casi todos nosotros fuimos buenos estudiantes, pero las oportunidades que teníamos de seguir estudiando e ir a la universidad eran distintas. Cuatro de mis hermanas obtuvieron el título de formación profesional de enfermera, secretaria y maestra, mis hermanos empezaron a trabajar pronto para colaborar en la economía familiar. Yo me licencié en la Universidad de Birzeit en Administración de Empresas. Todos los miembros de mi familia corrían el riesgo de ser detenidos por las fuerzas ocupantes o encerrados bajo arresto domiciliario.

Mi madre es una mujer sencilla pero de voluntad férrea. Las personas que nos rodean consideran que afronta las dificultades y está acostumbrada a acompañarnos a las manifestaciones y sentadas que se celebran en contra de la ocupación militar, y ha participado en comisiones de trabajo voluntario y de lucha por la liberación de presos. Yo misma participé en las actividades políticas de 1997, empezando en la comisiones de trabajo voluntario de Nablús, a través de las cuales ayudamos a los agricultores a recolectar las cosechas de aceitunas y verduras; también participamos en la pavimentación de calles y la limpieza de escuelas y calles de nuestra ciudad. Formé parte de los comités de apoyo a los presos y solía-

¹ Nablus. Diputada por el FPLP en el Palestinian Legislative Council (Frente Popular para la Liberación de Palestina)

mos visitar a sus familias y desempeñar actividades a favor de su causa y pedir su liberación.

De 1985 a 1994 trabajé en proyectos de mujeres con la UNRWA (Agencia de la ONU para los Refugiados de Palestina en Oriente Próximo) y con estudiantes universitarios. Por entonces era una de las principales activistas de la Unión de Comités de Mujeres Palestinas, y trabajaba en varios ámbitos, la emancipación de la mujer a través de proyectos económicos y la sensibilización de las mujeres con respecto a sus derechos. En 1985 me casé con Ghassan Jarrar, también activista, que ha estado varias veces en la cárcel; en una de ellas los israelíes quisieron deportarle. Compartimos nuestra felicidad y preocupaciones en una vida llena de acción. Tuvimos dos niñas; el entorno social y la familia nos animaban a tener un hijo varón, siguiendo las costumbres de nuestra cultura, pero estábamos convencidos de que no hay diferencias, y de que, debido a la situación política y económica, no podríamos darles la buena vida y la buena educación que queríamos, además de que mi marido pasaba largas temporadas en la cárcel.

El día internacional de la mujer de 1998 me detuvieron en una manifestación, pasé un mes en la cárcel y me condenaron a un año y me concedieron la libertad condicional sujeta a mi buen comportamiento durante ese año, lo cual significaba que si durante ese año me cogían desempeñando cualquier actividad popular, automáticamente me metían en la cárcel por un año.

De 1994 a 2006 fui directora de la institución Addameer de apoyo y rehabilitación de presos; conseguí ese puesto gracias a la dilatada experiencia que tenía en este ámbito. Aspiraba a combinar mi trabajo y experiencia con conocimientos académicos, por lo que ingresé de nuevo en la Universidad de Birzeit y en 2003 acabé el master en Democracia y Derechos Humanos. Fui miembro de diferentes organizaciones como la Unión de Comités de Mujeres Palestinas, la Unión General de Mujeres Palestinas, el consejo de la institución Addameer, la organización árabe para los derechos humanos.

En 2006 me eligieron miembro del consejo legislativo palestino como representante de mi partido de izquierdas, y recibí el apoyo de la UCMP, ya que como miembro histórico de esa asociación

encarnaba sus objetivos y derechos. Participé activamente y, en calidad de mujer, tomé parte en la mayoría de los debates sobre leyes y la unidad palestina, especialmente después de la desastrosa lucha interna. No es fácil para una mujer desempeñar todas estas actividades, además de las responsabilidades del hogar, pero me empeñé en dar ejemplo de la voluntad de la mujer por cambiar, así como por apoyar nuestros objetivos nacionales y sociales.

Mi vida es la Unión

Ina'am Samara¹

Nací en 1963 en Beit Aour, un pueblo que se halla al oeste de Ramala, en una familia que en parte está formada por progresistas y en parte por conservadores. Por desgracia, mi padre era conservador y me prohibió seguir estudiando, aunque yo era inteligente, pero sí animó a mis hermanos a hacerlo. En la guerra de 1967 yo tenía cuatro años y nos enteramos de que los soldados israelíes echaban a la gente de los otros pueblos, por lo que mi familia recogió sus pertenencias y nos marchamos apresuradamente a las zonas colindantes, donde dormimos al raso, mis seis hermanas y yo bajo una sola manta. El segundo día, los israelíes ocuparon el pueblo. Nos alojamos en casa de una familia amiga, en una única habitación. Éramos 35 personas.

Mi abuelo y mi abuela se quedaron en el pueblo al cuidado de nuestra granja y del huerto. Mi tía se encargaba de la intendencia familiar y solía discriminar entre chicos y chicas, a nosotras solía darnos té y aceite con pan tres veces al día, los chicos comían huevos, leche, queso y miel con pan fresco. Al cabo de dos semanas regresamos a casa, que estaba totalmente destrozada.

En 1968, estando en el hospital para que le operaran del estómago, los israelíes detuvieron a mi padre. A mi tío también le detuvieron y los soldados israelíes volvieron al cabo de unos días y demolieron nuestra casa y la casa de mis abuelos; éramos pequeños y empezamos a llorar, y los soldados intentaron calmar-

¹ Coordinadora del Comité de mujeres del pueblo de Beit Aour (cercano a Ramallah), Cisjordania. Forma parte de Union of Palestinian Women Committees (UPWC).

nos con galletas, que rechazamos. La situación creó un sentimiento nacionalista entre la familia y empezamos a ver la vida desde un punto de vista diferente.

Mi lucha nacional comenzó en 1982, cuando me convertí en miembro de la Unión de Comités de Mujeres Palestinas y en encargada de la organización en mi pueblo. En 1987 empezó la primera Intifada y el espíritu de resistencia aumentó; yo participé en manifestaciones en el pueblo. A veces tenía que ir a Ramala; mi padre solía prohibírmelo, por lo que iba sin que él lo supiera, aunque sabía que al volver siempre me pegaría.

Esta fue la situación hasta 1992, cuando dejé de trabajar para la Unión. Me casé y tuve cuatro hijos. La vida así parecía normal. Pero en 2005 y tras las elecciones municipales volví a mis actividades en la Unión y establecí una nueva delegación con 65 miembros en nuestro pueblo.

La delegación es muy activa en distintos ámbitos, como la creación de un centro de arte popular, un campamento de verano para los niños y el proyecto de sensibilización de las mujeres a través del centro Hassad que la Unión estableció en nuestro pueblo.

Mi vida contra la ocupación y el patriarcado

Naíma Shkeir¹

Nací en un pueblo pequeño y pobre. Mi familia era tan pobre como la gente del lugar. Mi padre y mi madre eran y siguen siendo campesinos, trabajan en plantaciones, aunque mi padre solía trabajar como jornalero entre temporadas. Luchó mucho por nosotros, nunca hizo distinciones entre hijas e hijos y por ello nos envió a todos a la escuela y trabajó duro para que pudiéramos ir a la universidad. De hecho fui la primera mujer del pueblo que iba a la universidad y era muy poco habitual viajar al extranjero. Mi padre nos enseñó a afrontar las dificultades y a ser ambiciosos, mientras que mi madre nos enseñó a ser sinceros, honestos y a cuidar la esencia y el aspecto. Así fue como descubrí de niña los roles de la mujer y del hombre en la sociedad, independientemente de que sean personas sencillas y nacionalistas.

En 1997 fui a Bagdad a licenciarme en Economía y Ciencias Políticas, porque de adolescente me inicié en actividades nacionales en contra de la ocupación que tanto hicieron sufrir a mi pueblo y a mi familia. Por entonces los movimientos de izquierdas y nacionalistas estaban en su apogeo, lo que me pareció la expresión de los sentimientos profundos en los que me crié, el nacionalismo y la igualdad y la justicia social. Al cabo de tres años regresé a casa para renovar mi documento de viaje, según requería la ley aplicada por las fuerzas de ocupación, para no perder para

¹ Lideresa de su comunidad, Deir Estia (Nablus) y Coordinadora de la región de Salfit para la Union of Palestinian Women Committees (UPWC). Cisjordania.

siempre mi derecho a volver. De camino, el gobierno de Jordania me confiscó el pasaporte a causa de mis inclinaciones, por lo que no pude continuar los estudios universitarios.

De vuelta a casa reanudé mis actividades políticas en contra de la ocupación militar y en manifestaciones y otras acciones, hasta que los soldados me detuvieron y pasé 13 años en cárceles israelíes. Mi padre no me culpó por eso y por no continuar mis estudios, dijo que había miles de licenciados pero pocos luchadores por la liberación; estaba orgulloso de mí.

Tras mi liberación, comprendí lo mucho que mi país necesita mujeres capaces de defender el interés nacional, el de las mujeres y el interés de clase. Por eso, en 1982 ingresé en la Unión de Comités de Mujeres Palestinas, que era un movimiento progresista en el que empezaron a participar cientos de mujeres de mi región, especialmente porque se preocupaba de las mujeres de las zonas más pobres y necesitadas.

En 1987 empezó la primera Intifada o revolución en contra de la ocupación y me convertí en símbolo nacional y de la mujer en mi pueblo y los alrededores, debido a mis actividades, aunque muchos no compartían mis ideas de izquierdas, pero respetaban mi actitud humilde y mi lucha y mi defensa del pueblo llano.

Con respecto a mi vida personal, nunca pensé en el matrimonio, hasta que conocí a un hombre que compartía mis simpatías políticas y que también participaba activamente en la lucha política y de clase. Nos casamos de forma sencilla, sin los gastos consabidos, que él no podía permitirse como preso liberado; socialmente no se aceptaba que no pudiera satisfacer a una mujer al no poder comprarle un anillo, aunque no tuviera nada más, pero no me importó, dije a todos que una mujer no es un producto que se compra y se vende y que el éxito del matrimonio no depende de tener ingresos elevados, tal y como hacen las familias ricas; tuvimos una hija y un hijo a los 40 años.

Continué mis actividades en la UCMP después de casarme y era como un motor en Nablús y Salfeet, y a veces en otras zonas. La causa nacional y de clase era mi principal preocupación, y la discriminación de la mujer, la segunda.

Tras el acuerdo de Oslo y con la llegada de la Autoridad Palestina solicité empleo en el Ministerio de Trabajo. Aprobé el examen escrito y oral, pero me rechazaron por mis conocidas simpatías políticas en contra de los acuerdos de Oslo, que son contrarios a nuestros derechos nacionales.

En esa época me di cuenta de las dificultades de la vida. No tenía trabajo y mi marido tampoco, y no nos llegaba para criar a nuestros hijos, lo que me hizo pensar que la lucha de clases debería ser paralela a la lucha nacional. Recuerdo que por entonces tuve un conflicto con uno de los miembros en torno a esta cuestión de clase, por lo que decidí quedarme en casa y durante la Intifada sólo participé en mi pueblo, porque no tenía dinero para pagar el transporte. Tomé parte en sentadas en contra de la confiscación de tierras, animando a la gente y despertando su conciencia, y así fortalecí mi relación con ellos y con grupos de solidaridad que solían venir al pueblo, y con quienes todavía me relaciono. Contribuyeron a apoyar el jardín de infancia del pueblo y el centro de salud. A través de ellos pude apoyar a los alumnos de padres sin trabajo y recolectar donaciones para mejorar la escuela del pueblo para niñas.

Entonces abrí una guardería para los niños de las mujeres que trabajaban. Funcionó bien durante cinco años, aunque no tanto financieramente, porque no contaba con el apoyo de ninguna organización.

En 2006 me presenté a las elecciones municipales y me propusieron para alcaldesa, pero rechacé el puesto por mi trabajo en la guardería. En esa época volví a mis actividades en la Unión y me eligieron miembro de la oficina ejecutiva de la Unión y miembro de la oficina ejecutiva del sindicato de trabajadores. Yo deseaba participar activamente en el desarrollo de mi pequeña región de Salfet y de mi pobre pueblo, que está rodeado de tierras confiscadas y asentamientos.

Las mujeres son como los hombres, si encuentran apoyo y un buen entorno, pueden desarrollar un gran papel en el desarrollo de sus hogares y sociedades.

Al casarme descubrí que las mujeres están expuestas a la cultura que las oprime aunque se casen con un hombre progresista, porque en la práctica la vida es diferente de la teoría. Yo misma pienso que incluso cuando una mujer abandona su familia, su casa y su pueblo para marcharse al pueblo de su marido está siendo de alguna forma oprimida porque ha de dejar atrás su historia para vivir de acuerdo con la forma de ver las cosas de su marido y la familia de él.

Mi doble identidad unidas en una palabra: libertad

Andrea Lubbadeh¹

Todo el mundo comenzaría a contar su historia por el día de su nacimiento, pero yo no lo haré así. Mi madre vasca y mi padre palestino se conocieron en Portugalete mientras él estudiaba ingeniería aeronáutica en Santurce. Soy la pequeña de dos hermanos, nací en 1989 en Baracaldo, pero vivo en Getxo y soy musulmana a pesar de no practicar la religión. El primer colegio que pise fue *Saratxagas*. Allí estude infantil en *euskara*, no me atrevo a decir que fueron los mejores años de mi vida, primero porque no los recuerdo y en segundo lugar porque creo haber vivido años mejores. Estos años son muy difíciles de contar, no se te presentaba ningún tipo de problema ya que a lo único que te dedicas es a dibujar y a jugar.

Cuando terminé infantil me tocó marchar al «*cole de los mayores*», Andra Mari. En esta segunda etapa sí se presentaron problemas, es cuando los niños son más crueles y peor te lo hacen pasar; comencé a darme cuenta que todos los padres no son como los tuyos, todos no provienen de distintas culturas y países y que lo máximo que les podría separar a los padres de los otros niños, es que uno fuese de Burgos y el otro de Bilbao. Vivías en un mundo en el que pensabas que todo era como en tu casa, que todo era como te habían enseñado desde el primer día. Pensabas que aquello sería lo normal para todos, pero no.

¹ Estudiante vasco-palestina

Llegaba el primer día de clase y al pasar lista me preguntaban de dónde era mi apellido y contestaba con facilidad desde el primer día «*palestino*», el problema llegó cuando la pregunta cambiaba y te decían; «¿*de dónde eres?*». Otras preguntas frecuentes que te podían preguntar al contestar que tu apellido era palestino podía ser si eras musulmana, y a eso contestabas que sí. Al principio preguntaban con interés cosas que puede que ni yo sabría contestar, ya que en mi casa no se practica la religión y en esa época no había viajado lo suficiente allí como para contestar a las preguntas que me hacían.

Al terminar en *Andra Mari* pasé al instituto de *Aixerrota*. Del mismo modo que no puedo asegurar que mis mejores años fueron los de *Saratxagas*, con éstos, que doy gracias de que sólo fueran dos, me atrevo a asegurar que han sido los peores años de mi vida y no creo que halla peores que éstos. Ya tenía en *Andra Mari* piques con los de mi clase, a causa de muchas diferencias, pero al pasar al instituto lejos de arreglarse se magnificaron y fue horrible. El primer año de instituto fue el de 2001 y el segundo día coincidió con el 11 de septiembre. Este día marco a mucha gente, a mí también. Este día me di cuenta cómo de cruel podía ser la gente, y no sólo los de mi edad sino que los mayores también, cómo una persona que está en un aula para poner orden y enseñar, no hace nada porque está totalmente de acuerdo con la opinión racista de un niño de doce años que puede que ni fuese consciente de lo que decía. Aquel día llegue a casa llorando por el daño que me habían hecho, que no quiero ni recordar. A partir de ese día comencé a preguntarme de dónde era yo en realidad y si me debía de afectar lo que me dijeron. Cuando terminé primero de ESO tuve que hacer segundo de ESO; lo hice con desgana, no iba a clase contenta pero sabía que al terminar el curso habría una gran recompensa, que sería ir a otro centro, el cual había escogido yo misma.

Al irme de *Aixerrota*, me fui a un colegio privado, *Askartza Claret*. A mi madre no le hacía gracia, ya que apoya los centros públicos y además de privado era católico algo que yo no era, ni sabía nada sobre ello. Mis amigas, recuerdo el verano anterior a entrar al colegio que les conté que el centro era de curas, me dije-

ron *«pero cómo vas a ir a un colegio de curas si no sabes ni los diez mandamientos»*.

A pesar de no saber los diez mandamiento en este colegio me trataron fenomenal, respetaron lo que era y no ponían ningún tipo de pega. Fue tal el respeto que nunca olvidaré mi primera misa la primera semana de clase, el cura dijo abiertamente en la misa que había una alumna nueva en el centro, musulmana a la que había que tratar con respeto y me hizo levantarme para darnos las manos y así pedir la paz por Palestina. Aquel día llegué a casa anonadada, no me lo podía creer.

Al llegar a clase se debía leer una oración. Una vez cada equis tiempo había que ir a misa y esas cosas que se hacen en los colegios cristianos. Puede que lo más complicado fuesen las clases de religión, algo que no entendía ni nunca había dado, era algo completamente nuevo que a pesar de no haber aprobado por mérito propio me gustó y aprendí que la religión es un dogma de fe, o crees o no crees. Allí conocí a mucha gente de donde me he llevado dos muy buenas amigas. En este colegio pasé el 11-M y a diferencia del centro anterior los alumnos no me hicieron de menos por ser musulmana ni por mi mitad palestina.

Luego, muy a mi pesar, tuve que irme del centro para hacer bachillerato a un instituto de Getxo. Decidí cambiarme de modelo D a A para estar con mis amigas. En este último centro, donde ahora estoy empezando segundo de bachillerato, repetí primero. Desde el primer día no me importó lo que pensase la gente, yo estaba con mis amigas, no me cerraba a conocer a nueva gente, pero lo que pensasen me daba igual. Yo ya había hecho amigas en el centro anterior con quienes aún mantengo contacto, tenía a mis amigas en el de ahora y no iba a permitir que me afectasen las cosas como en el instituto anterior.

Ahora que tengo dieciocho años soy capaz de contestar a las preguntas que me hacían antes sin dificultad ninguna. Considero que soy una persona mestiza, ya que no puedo escoger una de las culturas que tengo en mi sangre y apartar la otra, sería como escoger a uno de tus padres, no creo que ninguna de las dos sea más importante que la otra, por lo tanto, si me preguntasen contestaría que soy medio euskaldun medio palestina, aunque siempre habrá

alguien que me diga «¿pero te sentirás más de una que de otra?» pues les diré rotundamente que no. No puedo dejar de ser palestina y olvidar la tierra en la que he pasado la mayoría de mis veranos, ni tampoco puedo dejar de ser vasca para olvidar la tierra en la que he nacido.

Creo en el Islam y soy musulmana en un país occidental donde la gran mayoría de la gente es cristiana y lo digo en voz alta sin tapujo ninguno y sin miedo a que me señalen por la calle, que aunque penséis que vivimos en el siglo XXI lo siguen haciendo. Ésta es mi historia y mi forma de sentir y pensar, si hubiese vivido en Palestina, sólo Dios sabe cómo de distinta hubiese sido mi vida, pero lo que sí sé es que me hubiese sentido igual de orgullosa de mi doble procedencia y de la oportunidad que me dieron mis padres, al conocerse, de haber conocido, entendido y vivido dos culturas tan distintas.

Intento trabajar dentro de mis posibilidades, y como mi tiempo me lo permite, en la causa Palestina, en el centro cultural Palestino Biladi, porque he tenido la suerte de ver y vivir la cruda realidad del pueblo palestino, uno de los pueblos más bestialmente torturados. ¡Viva Palestina libre!

Anexos

Estadísticas de las mujeres palestinas: Grandes mujeres para un gran pueblo

Datos generales

Las mujeres ocupan un 49,4% de la población en los Territorios Ocupados, esto supone aproximadamente 1,86 millones.

La esperanza de vida es de 73 años

La media de edad en la que se casan es a los 19,4 años. Los hombres a los 24,72.

Educación 2006

El porcentaje de mujeres con el Bachelor es un 6,1% frente a un 9,6% los hombres.

En secundaria superan incluso las mujeres con un 20,4% frente a un 20%.

En preparatoria están prácticamente igualadas.

Es en analfabetismo cuando hay más desnivel, un 10,2% las mujeres frente a 2,9% en los hombres. De todas formas hay que resaltar que el analfabetismo de las mujeres ha pasado de ser un 23% en 1995 a un 10,2 % en 2006.

Según Médicos Mundi los países que han cosechado adelantos más acelerados en la educación femenina son los Estados Árabes, donde se ha duplicado ampliamente la tasa de alfabetización femenina en las últimas dos décadas.

Trabajo y Desempleo

El nivel de participación en la fuerza de trabajo de las mujeres es muy baja comparada con los hombres, un 12,2% respecto a un 66,8% para los hombres.

Ese nivel de participación es más alto que en Jordania y más bajo que en Israel.

Las mujeres ocupan el 14,1% de la población trabajadora.

El porcentaje de desempleo en el primer trimestre de 2005 entre mujeres era un 20,2% comparado con el 27,3% entre los hombres.

La tasa de desempleo en Palestina se considera muy alta comparada con otros países. Por ejemplo, en Jordania alcanza un 12,5% y en Israel el 10,7%. Se ha incrementado en los últimos tiempos.

Trabajo cualificado

9% de juezas

31,2 % de abogadas

21,4% de periodistas

11,7% de doctoras

Porcentaje de mujeres en escaños parlamentarios

Las mujeres de países árabes en general sólo ocupan un 4% de los escaños parlamentarios en sus países. Este nivel es muy inferior al promedio del mundo en desarrollo, que se sitúa en el 10%.

Por el contrario, en Palestina el porcentaje de mujeres entre los miembros del Consejo legislativo se incrementó de un 5,75% en 1996 a un 12,9% en el año 2006, debido al sistema de cuotas usado en las elecciones de 2006.

La proporción de mujeres diputadas en los grupos parlamentarios representados en el Congreso en España se eleva al 16%, según la Coordinadora Española para el Lobby Europeo de Mujeres.

Fuentes

PCBS: Es la Oficina Central Palestina de Estadísticas. Su función es proporcionar estadísticas oficiales y exactas sobre estados y tendencia demográficos, sociales, económicos y ambientales. <http://www.pcbs.gov.ps/>

Palestina Lliure

Instituto Nacional de Estadística de España

Médicos Mundi

Breve Historia Moderna de Palestina

Al estallar la Primera Guerra Mundial, Inglaterra prometió la independencia de las tierras árabes bajo el gobierno otomano, incluyendo Palestina, a cambio de su apoyo contra Turquía, aliado de Alemania.

En 1917, el ministro de Relaciones Exteriores británico envió una carta al barón Rotschild (conocida como «Declaración Balfour») en la que comprometía los esfuerzos de Inglaterra para la creación de un Hogar Nacional Judío. Los palestinos realizaron su primera conferencia en 1919 y se opusieron a la Declaración Balfour, pues aspiraban a la creación de un Estado Palestino independiente, tal como los británicos habían prometido a cambio de su apoyo durante la guerra.

En 1920 la Conferencia de San Remo garantizó el mandato británico sobre Palestina. Dos años más tarde el Consejo de la Liga de las Naciones promulgó un mandato que promovía el establecimiento en ese territorio de un Hogar Nacional para el pueblo judío. Durante seis meses los palestinos realizaron huelgas y movilizaciones en protesta por las confiscaciones de tierra y la inmigración ilegal, que tenía por objeto aumentar la escasa población judía y justificar sus aspiraciones territoriales.

El gobierno inglés publicó un nuevo «Libro Blanco», que restringía la inmigración judía y ofrecía la independencia de Palestina al cabo de 10 años. La resolución fue rechazada por los sionistas, quienes organizaron milicias y lanzaron una campaña sangrienta contra británicos y palestinos. El 9 de abril de 1948, un destacamento de la organización «Irgun», comandado por Menahem Begin, invadió la aldea de Deir Yassin y asesinó a 254 civiles. El terror provocó el éxodo de decenas de miles de palestinos.

Al fin de la Segunda Guerra Mundial, Naciones Unidas aprobó la partición de Palestina (Resolución 181). Los palestinos, que constituían el 70% del total de la población y tenían el 92% de la tierra, fueron reducidos al 43% del territorio. El resto fue entregado a los judíos, que representaban el 30% de la población y poseían sólo el 8% de la tierra. Jerusalén se consideró dentro del 1% que quedaría como zona internacional.

El 14 de mayo de 1948 los judíos proclamaron el Estado de Israel. Al día siguiente estalló la primera Guerra Árabe-israelí y nació el «conflicto de Oriente Medio». Palestina quedó dividida en tres partes: la que ocupaba Israel; la ribera occidental del Jordán (Cisjordania) que pasó a Jordania, y Gaza, que quedó bajo la administración de Egipto. Unos 700 mil palestinos fueron expulsados de sus hogares, huyeron a los países vecinos y se instalaron en campos de refugiados.

En 1964 se creó la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), para defender los intereses del pueblo palestino y afirmar su identidad a nivel regional e internacional. En 1969 Yasser Arafat fue elegido presidente de la organización.

Los grupos palestinos que actuaban en la clandestinidad, como Al Fatah, desconfiaban de esa organización promovida por los gobiernos árabes y también de su énfasis en la lucha diplomática. Convencidos de que la recuperación del territorio sólo sería posible a través de operaciones militares, el 1 de enero de 1965 realizaron la primera acción armada en Israel.

En 1967 estalló la Guerra de los Seis Días: Israel ocupó todo Jerusalén, el Golán sirio, el Sinaí de Egipto y los territorios palestinos de Cisjordania y Gaza. La ONU llamó a Israel a retirarse de los territorios árabes ocupados por la fuerza y declaró el derecho de los palestinos al retorno y a la autodeterminación.

La derrota de los ejércitos árabes reforzó la convicción de que la lucha guerrillera era el único camino. En marzo de 1968, durante un combate en el pueblo de Al Karameh, los palestinos obligaron a los israelíes a replegarse. La escaramuza pasó a la historia como la primera victoria de las armas palestinas. Los grupos armados se integraron a la OLP y obtuvieron el respaldo de los gobiernos árabes.

El fortalecimiento político y militar de los palestinos fue percibido como una amenaza por el rey Hussein de Jordania, que hasta entonces había actuado como su representante y portavoz. En septiembre de 1970 esta situación se volvió insostenible. Elementos de la resistencia palestina en Jordania, conocidos como fedayines (del árabe fida'i, «el que sacrifica su vida por la causa») fueron atacados por fuerzas del rey Hussein, compuestas mayoritariamente por beduinos, en respuesta a varios secuestros de aviones civiles perpetrados por el Frente de Liberación de Palestina, liderado por George Habash. Una guerra civil de 10 días derivó en 3.500 muertes y gran destrucción material en Jordania. La OLP fue expulsada de Jordania e instaló su cuartel general en Beirut.

El nuevo exilio redujo la posibilidad de realizar acciones armadas dentro de Israel y surgieron grupos radicalizados como «Setiembre Negro», cuyo nombre derivó de la lucha entre fuerzas del gobierno jordano y fedayines palestinos, que realizaron atentados contra instituciones y empresas israelíes en Europa y otras partes del mundo.

La dirección de la OLP pronto comprendió la necesidad de cambiar su táctica; sin abandonar la lucha armada, inició una gran ofensiva diplomática y pasó a dedicar gran parte de sus esfuerzos a consolidar la unidad e identidad palestinas. La Conferencia de Argel de los No Alineados, celebrada en 1973, identificó por primera vez el problema palestino, en lugar de la rivalidad entre Israel y los países árabes, como la clave del conflicto en Oriente Medio.

En 1974 una conferencia cumbre de la Liga Árabe reconoció a la OLP como «único representante legítimo del pueblo palestino». En octubre de ese año la OLP fue admitida como observadora por la Asamblea General de la ONU, que reconoció el derecho del pueblo palestino a la autodeterminación e independencia. El 10 de noviembre de 1975, la Asamblea General de Naciones Unidas adoptó, por una votación de 72 a 35 (con 32 abstenciones), la Resolución 3379, que estableció que el «sionismo es una forma de racismo y discriminación racial». La resolución fue revocada el 16 de diciembre de 1991, por una votación de 111 contra 25 (y 13 abstenciones).

El programa de la OLP, acordado en 1968, llamaba a sostener la lucha armada contra la «ocupación sionista», para liberar toda Palestina, incluyendo las fronteras internacionales del Estado de Israel, reconocidas antes de la guerra de 1967. «La lucha armada es la única vía para liberar Palestina. Ésta es la estrategia general, no meramente una fase táctica». Ello implicaba, necesariamente, el fin del actual Estado de Israel. No obstante, sin renunciar a esta meta, la OLP pasó a admitir como «solución temporal» el establecimiento de un Estado palestino independiente «en cualquier parte del territorio eventualmente liberado por las armas o del que Israel se retire».

En 1980, el primer ministro israelí Menahem Begin y el presidente egipcio Anwar Sadat firmaron, con mediación estadounidense, un acuerdo de paz en Camp David. Israel se comprometía a retirarse de la península del Sinaí. Poco después se multiplicaron los asentamientos en Cisjordania, con apropiación de tierras palestinas aumentando la tensión en los territorios ocupados. Sucesivas votaciones contrarias a estas medidas en Naciones Unidas quedaron desprovistas de todo efecto práctico, ya que el veto estadounidense en el Consejo de Seguridad hacía imposible cualquier tipo de sanción contra Israel.

En julio de 1982, en un intento de «resolver definitivamente» el problema palestino, fuerzas israelíes invadieron Líbano. Buscaban destruir la estructura militar de la OLP, capturar el mayor número posible de sus dirigentes, que desarrollaban ataques a lo largo de la frontera norte de Israel, anexionar la parte sur del Líbano e instalar en Beirut un gobierno dócil. La masacre ocurrida en los campamentos de refugiados de Sabra y Shatila, llevada a cabo por el Ejército Libanés bajo las ordenes del Ministro de Defensa Israelí, Ariel Sharon, hizo surgir la simpatía internacional para con el sufrimiento del pueblo palestino. El cuartel general de la organización pasó a instalarse en Túnez y, en recorrida por Europa, Yasser Arafat fue recibido con honores de jefe de Estado en varios países, en particular en el Vaticano.

Discretamente la OLP inició conversaciones con dirigentes israelíes proclives a una solución negociada con los palestinos. La invasión del Líbano hizo surgir grupos pacifistas pequeños

pero activos dentro de Israel, que reclamaban un diálogo con la OLP. Algunos grupos palestinos radicales cuestionaron esa aproximación y discreparon con la línea política de Arafat. La OLP se dividió y sus fracciones se enfrentaron, a veces violentamente.

En 1987, tras años de dificultades internas, el Congreso Nacional Palestino, reunido en Argel, recompuso la unidad de la OLP.

Ese mismo año los funerales de varios jóvenes palestinos muertos en enfrentamientos con patrullas militares israelíes llevaron a nuevas confrontaciones, huelgas generales y protestas civiles. Comenzó la Intifada (levantamiento popular) en la franja de Gaza, Cisjordania y Jerusalén Oriental. La Intifada marcó una nueva etapa en la lucha palestina: por primera vez la población –jóvenes, niños y ancianos– se levantaba contra el ejército de ocupación. Muchos civiles desarmados arrojaban piedras en las luchas callejeras, hecho que causó impacto mundial debido a la utilización, por parte de la ocupación israelí, de armamento pesado para reprimir las protestas. La Intifada duró aproximadamente cinco años y socavó la ya precaria economía de los habitantes de los territorios ocupados.

El 14 de noviembre de 1988, el Consejo Nacional Palestino (parlamento en el exilio), reunido en Argel, proclamó el Estado Palestino Independiente, de acuerdo a la resolución 181 de Naciones Unidas de 1948 que dividía Palestina en dos Estados, uno judío y otro árabe palestino. Esto implicaba aceptar al Estado de Israel. Días después, 54 países reconocieron al nuevo Estado.

Arafat fue elegido presidente palestino y en esa condición habló en la Asamblea General de la ONU. Repudió el terrorismo, aceptó la existencia de Israel y pidió el envío de fuerzas internacionales a los territorios ocupados. Como consecuencia de su discurso, el presidente estadounidense Ronald Reagan decidió iniciar conversaciones con la OLP.

Al estallar la Guerra del Golfo en 1991, las simpatías proiraquíes del pueblo palestino se expresaron claramente. Este apoyo privó a la OLP del sostén financiero de las ricas monarquías del Golfo, contrarias al régimen de Irak.

En setiembre de 1991 Arafat fue confirmado como presidente de Palestina y de la OLP, y el Consejo Nacional Palestino aceptó

la renuncia de Abu Abbas, líder del Frente de Liberación de Palestina. Abbas fue condenado en rebeldía por un tribunal italiano a cadena perpetua por el secuestro del crucero «Achille Lauro», en 1985.

En 1991, auspiciada por Estados Unidos y la ex URSS, comenzó en Madrid la primera Conferencia de Paz para Oriente Medio. Palestinos e israelíes acordaron el reconocimiento mutuo.

En setiembre de ese año se firmó en la Casa Blanca la Declaración de Principios entre Israel y la OLP, que estableció un plazo de cinco años para la retirada de Israel de los territorios ocupados y para la discusión del estatuto definitivo de la franja de Gaza, Cisjordania y Jerusalén oriental, culminando con el establecimiento de un Estado Palestino independiente.

El parlamento israelí ratificó el reconocimiento de la OLP y la Declaración de Principios. El Consejo Central de la OLP aprobó, por su parte, el texto acerca de la autonomía.

Hamas y Hizbollah en el campo palestino, así como los colonos de los asentamientos ubicados en los territorios ocupados y la extrema derecha, del lado israelí, se opusieron al acuerdo. En un clima de hostilidad, se pospuso la retirada militar israelí de Gaza y Jericó, prevista para el 13 de diciembre.

En mayo de 1994, Rabin y Arafat firmaron el acuerdo de autonomía «Gaza y Jericó primero», mientras continuaba la retirada israelí, lo que permitió el regreso de soldados del Ejército de Liberación de Palestina exiliados en Egipto, Yemen, Libia, Jordania o Argelia.

Tras 27 años de exilio Arafat llegó a Gaza en julio y asumió como jefe del Ejecutivo de la Autoridad Nacional Palestina (ANP). En las zonas donde regía la autonomía palestina comenzó una afluencia de inversiones de capitales palestinos y extranjeros, además de la ayuda internacional, para preparar los cimientos del futuro Estado.

La lucha entre el histórico líder de la OLP y sus adversarios islamistas, opuestos a los acuerdos con Israel, se hizo cada vez más violenta. Arafat quería que Hamas participara en las elecciones generales palestinas de enero de 1996, lo que le hubiera dado mayor legitimidad a su liderazgo. Los islamistas boicotearon los

comicios. Arafat fue elegido presidente con 87% de los votos y los candidatos oficialistas obtuvieron 66 de las 88 bancas en juego.

La elección de Benyamin Netanyahu, líder conservador del Likud, como primer ministro israelí (ver Israel) en mayo agravó la tensión entre ambos países.

Las difíciles negociaciones culminaron con la retirada de las tropas israelíes de la ciudad de Hebrón en 1997. Ese mismo año, y en base a los acuerdos entre ambas partes, se logró la liberación de presos políticos palestinos de las cárceles israelíes. A fines de 1997 se produjo un quiebro en las conversaciones, debido a que Netanyahu desconoció lo acordado y continuó con la construcción de nuevos asentamientos ilegales. El hecho originó fuertes enfrentamientos y duras condenas internacionales. Arafat manifestó que, vencido el plazo de cinco años establecido en compromisos asumidos, él declararía un Estado Palestino independiente con capital en Jerusalén Oriental.

En 2000, el presidente estadounidense Bill Clinton invitó a Arafat y al primer ministro israelí Ehud Barak a reunirse en Camp David. Las propuestas norteamericanas e israelíes para un acuerdo definitivo no cumplían las demandas palestinas básicas: no se desmantelaban los asentamientos ilegales de Cisjordania, no se contemplaba el retorno de los refugiados ni el control palestino de las fronteras. Jerusalén, ciudad santa para musulmanes y judíos, se convirtió en el mayor obstáculo para la negociación ya que las partes pretendían erigir allí su capital.

La tensión se agravó con la visita del ex ministro de defensa israelí Ariel Sharon a la explanada de las mezquitas, en Al Quds/ Jerusalén, lugar sagrado para musulmanes y judíos. Fue el inicio de una nueva Intifada; una serie de ataques suicidas con bomba en centros urbanos israelíes provocaron numerosas víctimas civiles israelíes y Tel Aviv retomó sus bombardeos sobre poblaciones palestinas que dejaron 400 muertos.

La victoria de Sharon en las elecciones israelíes de febrero 2001 fue un nuevo golpe al proceso de paz. Ese mes la secretaria general de Naciones Unidas dio a conocer un documento que señalaba que el bloqueo económico impuesto por Israel en

Cisjordania y la franja de Gaza ponía al gobierno de Arafat al borde del colapso por falta de fondos.

El enviado especial de la ONU a Medio Oriente, Terje Roed-Larsen, advirtió que si otros países no apoyaban monetaria y urgentemente a los palestinos (según el informe se necesitaban 1.000 millones de dólares para el resto de ese año) la violencia se incrementaría.

Durante los meses siguientes los combates aumentaron. La arremetida israelí y el estancamiento de las negociaciones aumentaron la resistencia contra la ocupación y Sharon respondió con asesinatos selectivos a presuntos terroristas y amplió su ofensiva atacando núcleos y pueblos palestinos con helicópteros y barcos de guerra. Varios cientos de palestinos murieron durante la rebelión y las acciones militares continuaron con la ocupación de los territorios bajo relativo control palestino.

Tras los ataques contra Nueva York y Washington del 11 de setiembre de 2001, Sharon creyó que la opinión pública internacional y la actitud de los gobiernos occidentales podrían volverse a su favor, y profundizó su ofensiva contra la rebelión palestina. Debido a la necesidad de sumar aliados a su campaña antiterrorista contra el régimen talibán afgano, George W. Bush prefirió mantenerse distante y evitar confrontaciones con el resto de los países árabes.

Numerosos atentados suicidas realizados por militantes radicales palestinos señalaron una nueva fase del enfrentamiento. Para reforzar la seguridad, Sharon limitó el tránsito de bienes y personas a través de las fronteras de Cisjordania y la franja de Gaza desde el inicio de la insurrección. La medida perjudicó tanto a obreros como a empresas palestinas.

En diciembre Sharon cortó toda negociación con Arafat. La nueva estrategia israelí pasaba por no considerar al líder palestino como interlocutor válido.

Las restricciones al movimiento de bienes y personas en Israel y los territorios ocupados tras 18 meses de rebelión situaron a la economía palestina al borde de la quiebra. El cierre continuado de los puestos fronterizos causó daños irreparables. El desempleo se triplicó, afectando a casi el 30% de la mano de obra palestina.

En marzo se celebró en Beirut la cumbre de países árabes, a la que Arafat no pudo asistir porque Sharon lo mantuvo sitiado en su búnker de Ramala durante más de un mes.

Pese al caos que marcó su inicio, la cumbre culminó con la aprobación de un plan de paz que incluía una decisión histórica: los firmantes se comprometían a reconocer al Estado de Israel, siempre que éste se retirara a las fronteras anteriores a 1967 y permitiera el regreso de los tres millones de refugiados palestinos, y la formación de un Estado palestino con parte de Jerusalén como su capital. Israel calificó de «inaceptable» la propuesta.

En abril Al Fatah, Hamas, Jihad Islámica, el Frente Popular y el Frente Democrático para la Liberación de Palestina, acordaron por primera vez un plan de lucha común «para hacer frente a todo ataque israelí». La mayoría de los 82 suicidas que habían atacado objetivos en Israel y en los asentamientos judíos desde el comienzo de la Intifada, militaban en esas organizaciones.

Ese mismo mes, el campo de refugiados de Jenín fue escenario de sangrientos bombardeos israelíes y cientos de palestinos murieron. Terje Roed-Larsen, el enviado de la ONU, calificó de «desastre humanitario moralmente repugnante» lo ocurrido en Jenín y declaró a Sharon «persona no grata». Tras las incursiones en Jenín y otras áreas bajo relativo control de la ANP, Israel hizo prisioneros a unos 5.000 palestinos.

En junio de 2002 Bush llamó a los palestinos a repudiar el liderazgo de Arafat y buscar un líder que no estuviese «comprometido con el terrorismo». En diciembre Arafat postergó la realización de elecciones, responsabilizando a Israel.

En marzo de 2003, Mahmoud Abbas (un político moderado, conocido como Abu Mazen) asumió como primer ministro palestino. En abril, Bush presentó a Sharon y a Abbas un nuevo plan de paz conocido como «Hoja de Ruta», impulsado por el denominado «Cuarteto de Medio Oriente» (EE.UU., UE, Naciones Unidas y Rusia), que debía conducir a la creación de un Estado palestino y a la solución de todos los problemas pendientes para el año 2005. Acusado por los sectores radicales de hacer demasiadas concesiones a Israel, Abbas renunció en julio.

La violencia se intensificó. A ello se sumó la construcción de un muro de separación en Cisjordania, que según Israel buscaba impedir el ingreso de terroristas. Los palestinos consideraron el muro como un intento por demarcar unilateralmente las fronteras con un eventual Estado palestino, en condiciones ventajosas para Israel. La Asamblea General de la ONU exigió que Israel detuviera la obra, pero la Unión Europea y EE.UU. pidieron a la Corte Internacional de Justicia que se abstuviera de pronunciarse sobre la legalidad de la construcción. La barrera privó a miles de palestinos de acceder a servicios esenciales como el agua, la salud y la educación, así como a fuentes de ingresos como la agricultura y otras formas de empleo.

En marzo de 2004, tras un doble atentado suicida de Hamas en el puerto de Ashdod, Israel respondió con un plan de «asesinatos selectivos» de líderes de movimientos radicales palestinos. Con un misil disparado desde un helicóptero, Israel mató al líder espiritual de Hamas, el jeque Ahmed Yassin, de 67 años, cuando salía de una mezquita de Sabra (Gaza). Aunque el asesinato provocó el rechazo unánime de la comunidad internacional, EE.UU. vetó en el Consejo de Seguridad de la ONU una moción de condena.

Sharon anunció, en abril de 2004, el «Plan de separación unilateral con los palestinos» que incluía la evacuación de los asentamientos de la franja de Gaza y el desmantelamiento de seis colonias de Cisjordania. A cambio, Israel pretendió el apoyo de EE.UU. para el mantenimiento de «bloques de colonias» en Cisjordania, donde vive la mayoría de los 230.000 colonos israelíes, y una declaración del presidente Bush negando el derecho al retorno de los refugiados palestinos.

En octubre, las fuerzas israelíes demolieron las casas de cientos de palestinos y derribaron obras de infraestructura, matando a más de 70 personas en lo que constituyó el ataque más cruento en la Franja de Gaza en años. El ataque se realizó luego de que dos niños israelíes murieran a causa del disparo de un cohete por parte de Hamas.

El 11 de noviembre de 2004, Arafat murió en París. El funeral de Estado se realizó en El Cairo (Egipto). Finalmente Arafat sería enterrado en la sede del cuartel de la Autoridad Nacional Palesti-

na en Ramala, pese a su deseo de ser enterrado en Jerusalén (denegado por Israel).

Rauhi Fatuh, presidente del Consejo Legislativo Palestino, asumió la presidencia de la ANP por 60 días, hasta la celebración de elecciones generales, mientras Abbas fue nombrado presidente del comité ejecutivo de la OLP.

En las elecciones de principios de febrero de 2005, Abbas, candidato del Fatah, fue elegido presidente de la ANP con 62% de los votos e inmediatamente intentó persuadir a los grupos radicales Hamas y Jihad Islámica para que suspendieran sus ataques sobre Israel.

En febrero, Abbas consiguió convencer a Hamas y a la Jihad de que declarasen un período extraoficial de alto al fuego. Con este frágil marco, Abbas y Sharon anunciaron la voluntad de encontrarse en Egipto para iniciar conversaciones, pero este encuentro nunca se produjo.

En agosto, el ejército israelí concluyó el operativo de retirada de Gaza, que incluyó la evacuación –en muchos casos forzosa– de unos 8.500 colonos, poniendo fin a 38 años de ocupación militar de la zona. La continuación de este proceso se convirtió en una incógnita cuando Sharon sufrió una hemorragia cerebral y entró en coma en enero de 2006.

Ese mes, inesperadamente, Hamas ganó las elecciones parlamentarias y obtuvo 76 de los 132 escaños en disputa. El Fatah se negó a participar del nuevo gobierno formado por Ismail Haniyeh, quien asumió como primer ministro en febrero. El primer ministro israelí interino, Ehud Olmert, anunció que no negociaría con el nuevo gobierno a menos que Hamas renunciara a la violencia y reconociese al Estado de Israel, y dejó de transferirle los fondos derivados de impuestos e ingresos aduaneros recaudados por Israel en nombre de la ANP.

El congelamiento de las transferencias de fondos israelíes y la suspensión de la millonaria ayuda económica de EE.UU. y la UE, dejaron al gobierno palestino al borde de la asfixia financiera. El gobierno de Hamas resistió las presiones internacionales para lograr que reconociese a Israel y solicitó ayuda a los países musulmanes para poder pagar sueldos públicos atrasados durante meses.

Durante todo el período, Israel continuó con su política de «asesinatos selectivos» de líderes y militantes de organizaciones palestinas.

En mayo, enfrentamientos entre policías leales a Fatah y una nueva fuerza de seguridad creada por Hamas hicieron surgir temores de una guerra civil entre palestinos. Abbas, en una difícil situación desde la llegada de Hamas al poder, anunció que convocaría un referéndum sobre el reconocimiento a Israel y la viabilidad de la coexistencia pacífica de dos Estados –uno israelí y otro palestino– como solución al conflicto.

El primer ministro y líder de Hamas, Ismail Haniya fue sustituido por Abbas en junio de 2007 por Salam Fayyad. El presidente justificó la decisión aduciendo una «emergencia nacional».

El premier israelí Olmert y el presidente Abbas se reunieron, en agosto de 2007, en Cisjordania. Ambos se mostraron conformes y optimistas sobre la posible creación de un estado palestino. Haniya, dijo que se trataba de un nuevo «largo camino que no produciría ningún efecto positivo para el pueblo palestino».

Fuente: Guía del Mundo

Nº 8

Palestina tiene nombre de mujer

Isaías Barreñada. Político. Experto en mundo árabe.

Juani Rishmawi. Coordinadora de Proyectos en español H.W.C.

Lidon Soriano. CC. de la Educación Física y el Deporte. Universidad Camilo José Cela. Madrid. Miembro de Komite Internasionalistak

Teresa Aranguren. Periodista y escritora

Leila Al-Safadi. Jefa de redacción del diario *Baniyas* en el Golán.

Khawla Al Azraq. Directora de Psychosocial Counselling Center for Women.

Khitam Saafin. Ramala. Union of Palestinian Women Committees (UPWC).

Lana Khalid. Comunidad de Jayyous, región de Qalqilya.

María Rishamawi. Estudiante de Derecho. Universidad de Alcalá (Madrid)

Smad W.T. Aghbar. Jerusalem. Centro Cultural palestino Biladi

Khaleda Alratrout Jarrar. Nablus. Diputada Palestinian Legislative Council.

Ina'am Samara. Comité de mujeres de Beit Aour, Cisjordania. UPWC.

Naima Shkeir. Deir Estia (Nablus) y Coordinadora en Salfit para la UPWC.

Andrea Lubbadeh. Estudiante vasco-palestina

ISBN 978-84-96993-03-7



9 788496 993037